

FUTURO INCOGNITO



El TRIUNFO del Tiempo

James BLISH



NOVELA DE CIENCIA FICCION



EL TRIUNFO DEL TIEMPO

JAMES BLISH

EL TRIUNFO DEL TIEMPO

PROLOGO

...Así pues, hemos visto que la Tierra, un planeta igual que otros mundos civilizados, teniendo tras de sí una historia de mirladas de años limitada por su atmósfera, y habiendo iniciado vuelos espaciales tripulados en su año 1960, no adquirió importancia a una escala galáctica hasta su descubrimiento del generador de gravitones en su año 2019. Sus habitantes tuvieron su primer contacto con la Tiranía de Vega en 2289, y el antagonismo entre las dos grandes culturas, una en su decadencia y la otra en un rápido desarrollo, culminó en la batalla de Altair en 2310, el primer encuentro que debería llamarse guerra de Vega. Unos sesenta y cinco años más tarde, la Tierra lanzó la primera de las flotas de ciudades aéreas, los “Okies”, mediante la cual intentó dominar la galaxia por un largo período, y en 2413 el largo combate con los veganos dio fin con la conquista de la misma Vega, y la batalla de los Fuertes. El consiguiente arrasamiento del sistema Vegano por la tercera escuadra Colonial, bajo el Almirante Alois Hrunta, obligó a la Tierra a procesar a su almirante *in absentia* por sus atrocidades e intento de genocidio. El caso fue juzgado, también *in absentia*, por el tribunal Colonial; Hrunta fue declarado culpable, pero se negó a someterse a la sentencia. Un intento de capturarlo por la fuerza dio a conocer por primera vez, que la tercera Flota Colonial había desertado en masa y dio lugar en 2464 a la batalla de BD 40° 4048. Ambos bandos sufrieron fuertes pérdidas, pero no hubo decisión y a continuación Hrunta se proclamó a sí mismo Emperador del Espacio —el primero de los muchos “imperios” de baratillo que surgieron al margen de la jurisdicción de la Tierra durante los llamados Años Vacíos. Este período empezó oficialmente en 2522 con el colapso del gobierno local de la Tierra — el Estado Burocrático, iniciado en 2105-— lo que después de un breve interregno policíaco permitió a un gran número de ciudades Okie a desarrollarse en una anarquía de hecho, situación que correspondía a la proliferación de las rutas comerciales a través de la galaxia conocida y desconocida.

Ya hemos relatado el hundimiento, bajo su propio peso, del Imperio de Hrunta y el sometimiento de sus fragmentos por la policía de la Tierra, durante el período 3545-3602. Hemos insistido en este aspecto relativamente menor de la historia de la Tierra, no por su carácter único sino porque fue típico de la balcanización del poder oficial de la Tierra durante el mismo período en que su poder real estaba en pleno crecimiento. Nuestro relato de una de las ciudades Okies, New York, N. Y., que empezó su carrera espacial en 3111 y que repitió muchos de los aspectos del Imperio Hrunta, puede servir para ilustrar la diferencia de tratamiento otorgado por la Tierra a sus distintos

hijos, Imperios Okies, y la historia demuestra la sabiduría de esta elección; pues fueron los Okies quienes convirtieron la galaxia en un jardín para la Tierra por período relativamente largo en relación con la historia galáctica.

Las costumbres y las culturas consideradas oficialmente muertas tienen, sin embargo, forma de reaparecer de nuevo mucho después de su supuesto entierro. En algunos casos se trata simplemente de una sacudida refleja; por ejemplo, aunque el grandioso colapso de la cultura de la Tierra pueda asegurarse que empezó en la batalla de la Jungla en la constelación de Acólito en 3905, encontramos solamente cinco años más tarde el Regente de Acólito, Lerner, proclamándose a sí mismo Emperador del Espacio; pero la flota de Acólito, ya considerablemente castigada en su encuentro con los Okies de la Jungla, fue aniquilada por la policía de la Tierra a su llegada un año más tarde, y el emperador Lerner murió el mismo año en una choza en un planeta de Acólito, de décima categoría, llamado Murphy, a causa de una dosis excesiva de hierba de sabiduría. En una mayor escala, la batalla de la Tierra en 3913, en la cual la Tierra se encontró peleando contra sus propias ciudades Okie, fue marcada también por una resurrección inesperada de la tiranía vegana, cuya fuerza orbital construida secretamente, escogió este momento para conseguir en un último intento, el poder en la Vía Láctea. Su fracaso fue una repetición en miniatura del fracaso de siempre de la Tiranía de Vega, pese a su superior armamento, en cualquier conflicto con los Terrestres, que eran mucho mejor luchadores. En particular, los Veganos dejaban las predicciones a los cerebros electrónicos, que carecen de la habilidad intuitiva, así como de capacidad, de decisión.

La ciudad Okie, que había vencido al fuerte orbital de Vega, nuestra ciudad tipo New York, se encontraba suficientemente adelantada para poder abandonar la galaxia hacia el 3918 por la Gran Nebulosa Magallánica. Dejaba tras de sí una Tierra que había desaparecido como poder galáctico en el paso del llamado anti-Okie Bill. Aunque el planeta Magallánico que Nueva York colonizó en 3925 señala la muerte de la Tierra en el plano estelar. Cuando abandonaban una de las mayores y más hermosas constelaciones de la galaxia, aparecían las primeras tentativas de esta extraña cultura llamada la Tela de Hércules, que estaba destinada a convertirse en la IV gran civilización que desde todos los puntos de vista se podían dar el nombre de la Vía Láctea. Y así, otra civilización muerta se negaba a permanecer totalmente enterrada. El rastrero, inexorable crecimiento de la Tela de Hércules hacia el corazón de la galaxia estaba destinado a quedar interrumpido por aquel cataclismo físico totalmente revolucionario, totalmente universal, conocido como el Vacío Ginnagu; y aunque debemos a la Tela de Hércules, conservamos recuerdos de la historia galáctica de antes de este cataclismo, y de esta manera, se mantenga una continuidad con el pasado del universo seguramente sin precedentes en los anteriores círculos, debemos hacer notar, con considerable respeto, la crítica y repentina reaparición de los Terrestres en este momento de caos y confusión y creación, y en el drástico y provechoso papel que

escribieron para sí mismos en el drama universal.

Acreff-Monales: La Vía Láctea:
Cinco retratos culturales.

CAPITULO I

NUEVA TIERRA

En los últimos años, John Amalfi se sorprendía con frecuencia ante la evidencia de que hubiese algo en el Universo que fuera más viejo que él, y la irracionalidad del hecho de sorprenderse por tal verdad, le volvía a dejar perplejo. Esta aplastante sensación de la edad, del peso consumado de la muerte con miles de años sobre sus espaldas, era en sí mismo un síntoma de algo que no marchaba bien en él como prefería pensar, de algo que no marchaba bien en Nueva Tierra.

Se había sorprendido así mientras deambulaba amargado y abandonado en la ciudad, un organismo con muchos más años de los que él tenía, pero como correspondía a una tal antigüedad ahora solamente era un cadáver. Era, en verdad, el cadáver de una sociedad completa; pues nadie en Nueva Tierra pensaba ahora construir de nuevo ciudades aéreas o reanudar en alguna forma la vida aventurera de los Okies. Los de la tripulación originaria de Nueva Tierra, diluidos entre los nativos y sus propios hijos y nietos, se referían a aquel período con una especie de impersonal y remota aversión, y hubieran, sin duda, retrocedido ante la idea de volver a ello, en el caso de que alguien hubiera tenido la mala educación de proponerlo. En cuanto a la segunda y tercera generación, sabían de los días de Okie sólo como una historia, y contemplaban el armazón de la ciudad volante que había traído a sus padres a Nueva Tierra como un monstruo chapucero y pasado de moda, de la misma manera que un piloto de una antigua línea atmosférica había contemplado un todavía más antiguo tirrene en un museo.

Nadie, excepto Amalfi parecía tomar aún algún interés en lo que había podido haber sucedido a la sociedad Okie en conjunto, allá en su pasada patria, la galaxia de la Vía Láctea de las que las dos Magallánicas eran satélites. De darles crédito, descubrir qué había ocurrido hubiera sido en todo caso una tarea casi imposible; toda clase de radiomensajes podrían capturarse fácilmente de la antigua patria, literalmente millones de ellos, si alguien se preocupaba de escucharlos, pero había transcurrido tanto tiempo desde la colonización de Nueva Tierra, que ordenar estos mensajes en un cuadro con sentido, hubiera requerido años de trabajo, hecho por un equipo de expertos, y nadie podría encontrar interés en un esfuerzo tan infructífero y esencialmente nostálgico. De hecho, Amalfi había venido a la ciudad con la vaga esperanza de cargar la tarea a los Padres de la Ciudad, aquel enorme banco de cerebros electrónicos y máquinas almacén de memoria a los que se había encomendado los millares de problemas técnicos, operacionales y gubernamentales de la ciudad durante su vuelo. Lo que Amalfi haría en la formación, en el caso de de que consiguiera la información, no tenía ni él mismo la menor idea; ciertamente no era posible el interesar a ninguno de la Nueva Tierra con aquello, a no ser en forma de una charla de media hora.

Después de todo, los nuevos terrestres tenían razón. La Gran Nebulosa Magallánica se estaba dejando, y alejando velozmente de la antigua patria, a unas 150 millas por segundo, una velocidad nada excesiva sin embargo, sólo un poco mayor que el diámetro medio del sistema solar al año, pero que simbolizaba una nueva actitud entre los nuevos terrestres; a los ojos de la gente estaba el futuro, y todo aquello pertenecía a la historia antigua. Existía un enorme interés en una nave que había aparecido en el espacio intergaláctico, algo detrás de la Pequeña Magallánica, que en toda la panoplia de la galaxia patria, aunque ésta dominaba visiblemente el cielo nocturno de horizonte a horizonte en ciertas estaciones del año. Había, desde luego, todavía vuelo espacial, pues el comercio con otros planetas dentro de la pequeña galaxia satélite era una necesidad; el comercio se realizaba en su mayor parte por medio de enormes flotadores, y existían cierto número de unidades mayores, tales como plantas móviles de elaboración que necesitaban todavía el suministro de generadores de gravitones; pero se tendía sobre todo, al desarrollo de industrias locales autosuficientes.

Fue mientras esperaba a los Padres de la Ciudad para los problemas del análisis de los millones de pliegos transmitidos desde las emisoras de la antigua patria, solitario en lo que fue la oficina del mayor, cuando se le espetó a Amalfi un fragmento de los escritos de un hombre muerto once siglos antes de que Amalfi hubiera nacido. Posiblemente la pronunciación de este inesperado fragmento había sido simplemente un fallo en el proceso de puesta en marcha, como a la mayoría de los cerebros electrónicos de su edad y grado de complejidad —a los Padres de la Ciudad les costaba unas dos o tres horas llegar a comportarse correctamente después de haber estado un tiempo fuera de servicio— o quizás los dedos de Amalfi, trabajando con seguro automatismo después de todos estos años, habían sido más listos que su cabeza, y sin intervención de la conciencia de Amalfi habían introducido en el problema elementos de aquello que realmente le preocupaba: Los Nuevos Terrestres. En cualquier caso, la cita vino ciertamente a propósito.

—Si este ha de ser el fruto completo de la victoria, es decir: si generaciones de la humanidad sufrieron y perdieron sus vidas; si los profetas y mártires cantaron en la hoguera, y todas sus sagradas lágrimas fueron derramadas sin otra finalidad más de los que sucediera a una raza de criaturas de una insipidez jamás vista, cuya única finalidad fuera el prolongar *in saecula seculorum* sus satisfechas e inofensivas vidas, porqué no ha de ser mejor ganar una batalla, o en todo caso correr la cortina antes del último acto, de forma que una empresa que empezó de forma tan importante pueda salvarse de un final tan bajo.

—¿Qué es esto? —inquirió Amalfi por el micrófono.

—UN EXTRACTO DE “LA VOLUNTAD PARA CREER”, POR WILLIAM JAMES; MISTER MAYOR.

—Pues es desatinado; vuelva a poner sus botellas y cargadores en el problema más importante. Espere un momento. ¿Es usted el bibliotecario?

—Sí, míster Mayor.

—¿Cuál es la fecha de la obra que ha citado?

—1897, míster Mayor.

—Muy bien, cierra y enganche el lado analítico de la atadura; usted no tiene nada que ver con el aspecto final del problema.

La aguja de un medidor de corriente movió hacia arriba, mientras el circuito de la máquina biblioteca se interrumpía, luego descendió de nuevo. Sin embargo, él no continuó con su proyecto durante un rato, sino que simplemente se sentó y se puso a pensar sobre el fragmento de la máquina que le había ofrecido. Debía existir, suponía, algunos Okies no reconstruidos todavía vivos, aunque el único que él conocía personalmente era John Amalfi. Él mismo no sentía una especial nostalgia por toda la historia que había vivido, aunque difícilmente podría olvidar que había sido por su iniciativa que se fundó Nueva Tierra. Durante un período de quizás cuatro años había tenido cantidad de cosas con las que ocupar su mente: el descubrimiento de que el planeta, entonces sin nombre, era el refugio y a la vez el feudo de una importante banda conocida con el nombre de "Perros Locos", que habían constituido un considerable obstáculo para la colonización, cuya solución tenía que ser a la fuerza drástica, y lo fue. Pero la situación de "Los Perros Locos", en 1948 en la batalla del Erial Maldito había dejado a Amalfi por largo tiempo sin problemas y sin ocupación, y él se había encontrado a continuación incapaz de acostumbrarse a vivir en una sociedad estable y ordenada. La cita de James resumía casi perfectamente sus sentimientos acerca de los ciudadanos de Okie que habían estado a sus órdenes en otro tiempo, y de sus descendientes; desde luego tenía que excusar a los nativos, que no habían conocido nada mejor y que se encontraban con los problemas del autogobierno después de su servidumbre bajo "Los Perros Locos".

Viajar por el espacio local, lo sabía muy bien, no era solución para él; en la Nebulosa tenía solamente 20.000 de luz de diámetro, un hecho que hacía a la Nebulosa muy apropiada para organizar desde un centro administrativo, pero de ninguna relevancia para un hombre que en otro tiempo había conducido a su ciudad a través de 280.000 años de luz en un solo vuelo. Lo que encontraba a faltar, después de todo, no era espacio, sino la misma inestabilidad, el sentirse en camino hacia un destino desconocido, incapaz de predecir qué sorpresas le estaban esperando en la próxima escala planetaria.

El hecho era que ahora la longevidad le aplastaba como un castigo. Una vida indefinidamente prolongada había sido un requisito para una sociedad Okie. Ciertamente, hasta el descubrimiento de las drogas anti-agáticas a principios del siglo XXI, los vuelos interestelares habían constituido una imposibilidad física; las distancias eran sencillamente demasiado grandes para recorrerlas un hombre de corta vida a cualquier velocidad finita, pero ser virtualmente inmortal en una sociedad estable era tan poco interesante para uno mismo, para Amalfi, al menos, como para una bombilla eternamente encendida; sintió como si hubiera sido atornillado y olvidado.

Era verdad que la mayoría de los antiguos Okies habían sido capaces de cambiar, los más jóvenes en particular, cuya experiencia de vagabundo estelar había sido limitada, estaban ahora empleando correctamente sus esperanzas de larga vida: iniciando vastas investigaciones o proyectos de desarrollo del disfrute de los cuales no podía esperarse hasta al cabo de cinco siglos o más. Había por ejemplo, un completo equipo de investigación trabajando duramente en Nueva Manhattan en el supremo problema de la antimateria. Los cerebros electrónicos y teóricos de este proyecto habían sido ampliamente suministrados por el Dr. Scholss, un físico ex-Hruntano que había arribado a la ciudad como refugiado en 3602 durante el aplastamiento del Ducado de Gort, último reducto sobreviviente del extinto Imperio de Hrunta; la administración del proyecto estaba en manos de un hombre relativamente más joven llamado Carrel, quien no hacía mucho tiempo había sido el co-piloto de la ciudad. El objeto inmediato del proyecto era, según Carrel, el descubrimiento de las estructuras moleculares teóricas para los átomos anti-materiales, pero no era un secreto para nadie que la mayoría de los jóvenes del grupo, con el activo apoyo del mismo Dr. Scholss, esperaban terminar en pocos siglos la obtención, no solamente de unos compuestos químicos, lo que podría conseguirse en pocas décadas, sino de un artefacto visible microscópico compuesto enteramente por anti-materia.

Todo estaba muy bien; pero le era imposible para Amalfi, que no era un científico, el participar. Era, desde luego, perfectamente posible para él terminar su vida; no era vulnerable, ni siquiera verdaderamente inmortal; la inmortalidad es una palabra sin sentido en un universo donde las leyes fundamentales no permiten a nadie evitar los accidentes y donde una vida por prolongada que sea, no es al fin y al cabo más que una discontinuidad local y temporal de la Segunda Ley de la Termodinámica. La idea, sin embargo, no se le ocurrió a Amalfi; él no era un tipo suicida. Jamás se había sentido menos cansado, menos gastado, menos desesperado que hoy; estaba simplemente aburrido y demasiado afirmado en sus milenarios cauces de pensamiento y emoción para poder contenerse y contentarse en un solo planeta y en un único orden social, por utópico que fuera; sus mil años de continuo traslado de una cultura a otra había creado en él una enorme fuerza de inercia que ahora parecía lanzarle contra una pared inerte e inamovible rotulada: NINGUN SITIO A DONDE IR.

"¡Amalfi! Así que eres tú; debía de haberlo supuesto."

Amalfi cerró convulsivamente el interruptor de mando y dio media vuelta sobre su taburete. A pesar de todo había reconocido la voz al momento, debido a estar familiarizado desde siglos. La había oído con frecuencia, aproximadamente desde 3500 cuando la ciudad había admitido a su dueño como jefe de la sección de astronomía: un pequeño hombre quisquilloso y difícil, de movimientos sinuosos que no había sido precisamente nunca el director astrónomo que la ciudad necesitaba, pero que tenía la experiencia suficiente para evitar que los Padres de la ciudad le destinasen a otra ciudad

Okie, durante el período que tales destinos eran aún posibles en la ciudad de Amalfi.

—¿Qué tal, Jake? —dijo Amalfi.

—¡Hola!, John —dijo el astrónomo, escudriñando el cuadro de mandos—. Los Hazletons me dijeron que podría encontrarte deambulando cerca de este viejo armazón, pero tengo que confesar que para cuando decidí venir aquí ya me había olvidado. Quería utilizar la sección de los cómputos, pero no pude entrar. Las máquinas estaban todas en funcionamiento, conectándose, apartándose, como si fueran una masa demente de doscientas toneladas de bailarinas. Pese a que tal vez uno de los niños había subido a la Torre de control, y estaba jugando con los mandos. A usted, ¿qué le parece?

Era una pregunta extremadamente delicada que, hasta ahora, Amalfi no se había hecho. Incluso el considerar la respuesta a Jake describiéndole el proyecto de los análisis en mensaje ya había sido rechazado; a Jake le importaba poco cualquier explicación, pero Amalfi sabía que la respuesta era sólo una evasiva. Dijo:

—No sé. Deseaba inspeccionar este lugar de nuevo. Me fastidia ver cómo se oxida y no puedo dejar de pensar qué aún debe de servir de algo.

—Claro que sí —dijo Jake—. Á pesar de todo, no hay cómputos como los de la Ciudad de los Padres en ningún otro sitio de la Nueva Tierra, ni en todas las Magallánicas donde suelo ir con frecuencia cuando veo algo realmente complicado para resolver. Schloss también va, creo. Después de todo los Padres de la Ciudad saben mucho más que nadie de los que les rodean y por muy lentos que vayan aún son razonablemente rápidos.

—Creo que debe de haber algo más en todo esto —dijo Amalfi—. La ciudad fue poderosa y aún lo es; la batería central se puede utilizar, como mínimo, durante un millón de años, y algunos cuadros de mandos pueden ser operables aún —siempre y cuando necesitemos todo poder de elevación que tenemos concentrado debajo de nosotros para algo de suficiente importancia.

—¿Para qué? —dijo el astrónomo mostrando poco interés—. Está todo pasado y superado.

—¿Realmente? No dejo de pensar que ninguna de las máquinas de la sofisticación y complejidad de la ciudad debe de quedar inutilizada. Y no quiero decir que se usen sólo para cosas marginales, como consultas a los Padres de la Ciudad, o que se compulse la batería para obtener una fracción del cargo total. Esta ciudad se hizo para volar y debería seguir volando.

—¿Para qué?

—No lo sé exactamente. Tal vez para explorar o trabajar la clase de trabajo que solíamos realizar. Debe de haber algunos casos en la Nube para los cuales sean necesarias por lo menos una máquina de este tamaño, aunque es obvio que aún no hemos dado con este caso especial. Valdría la pena de tratar de encontrar uno.

—Lo dudo —dijo Jake—. Además está bastante ruinosa desde que tuvimos aquella diferencia con la IMT. ¿Qué me dice de aquellos cohetes que

nos lanzaron? Y creo recordar que aquel viejo cuadro de mando 23rd St. desapareció para siempre cuando llegamos nosotros aquí. Me parece que a duras penas la podría mover si tratase de levantarla.

—La verdad es que no me proponía poner todo en funcionamiento otra vez —dijo Amalfi—. Sé muy bien que no se podría hacer. Pero la ciudad está super-sofisticada para un campo de acción tan pequeño como él de la Nube. Si pudiésemos rehabilitar aunque sólo fuese una parte de la máquina la podríamos volver a utilizar.

—¿Sólo una parte? —dijo Jake—. ¿Cómo puede proponer el seccionar una ciudad que tiene una quilla de granito? ¿Especialmente compuesta como una anidad? Se encontraría que la mayoría de las unidades que necesita en su fracción estarían en las partes de fuera y no podrían ser transportadas y cortadas, la manera como fue construida fue en todo una pieza.

—Esto es verdad —dijo Amalíi—. Pero suponiendo que pudiese hacerse, ¿qué sentirías Jake? Fuiste un Okie durante casi cinco siglos. ¿No lo echas a faltar un poco ahora?

—En absoluto —dijo el astrónomo bruscamente—. Si te he de decir la verdad, Amalfi, no me gustó nada. Lo que sucedía es que no había otro sitio a donde ir. Pensaba que todos estaban locos en sus cacerías por el cielo, los incesantes enredos con los polizontes y sus guerras, y los períodos de hambre y todo lo demás, pero me dieron una plataforma volante para trabajar, desde donde podía ver de cerca el sistema solar y las estrellas que nunca hubiera podido ver desde un observatorio fijo con un telescopio y además me alimentaba. Por todo ello estaba bastante satisfecho. Pero ¿volver a hacerlo ahora que puedo escoger? Desde luego que no. De hecho, sólo he venido hasta aquí para hacer unas computaciones sobre la nueva estrella que se ha arrimado justo detrás de la Nube Lesse; se está comportando de una manera terrible, es el problema teórico más bonito con el que me he encontrado en estos dos últimos siglos. Desearía que me dijese cuándo acaba con los cuadros de mando; necesito los Padres de la Ciudad cuando sea posible.

—Ya he acabado —dijo Amalfi levantándose del taburete. Como si hubiese tenido un mal pensamiento, volvió a los cuadros y borró los círculos con las instrucciones del problema que había planteado, problema que lo sabía demasiado bien para ser imitado.

Dejó a Jake martilleando mientras preparaba su nuevo problema; y anduvo sin dirección concreta hacia el centro de la ciudad, tratando de recordarla como había sido; un organismo vivo y vibrante; pero las calles vacías, las ventanas cerradas, hasta la quietud del aire bajo el cielo azul de la Nueva Tierra, era como un insulto. Incluso la sensación de gravedad bajo sus pies parecía en estos barrios familiares una declarada negación de las causas y valores a las cuales él había dado la mayor parte de su vida; la gravedad afectada que era tan fácil de mantener con masa pura, y sin el sonido constante de los mandos que antes siempre, desde su distante y casi olvidada juventud, había significado que la gravedad era una cosa hecha por el hombre,

y mantenida por él.

Deprimido, Amalfi dejó las calles y fue hacia los almacenes de la ciudad. Allí, por lo menos su recuerdo de la ciudad como una entidad viva no sería burlado por la naturalidad de un día cualquiera. Pero esto no fue mejor. Los graneros vacíos y el carbón almacenado le recordaba que no había necesidad de mantener la ciudad provista para expediciones que podían durar más de un siglo entre las caídas de los planetas; los vacíos toneles de aceite resonaban, no tocándolos sino tan sólo al sonido de sus pisadas al pasar por delante, los dormitorios vacíos estaban llenos de estos fantasmas peculiares que dejan detrás, , no los muertos, sino los vivos cuando cambian de manera de vivir; las clases vacías que eran pequeñas como eran costumbre en las ciudades Okies parecían una caricatura al solo recuerdo de los millares de niños que Okies ponían en su planeta. La Nueva Tierra, que no se veía obligado a considerar la necesidad de cuantos niños necesitan una ciudad Okie y puede mantener confortablemente. Y junto al mismo borde de la quilla, encontró la última señal de su próxima derrota: las masas fundidas de dos cuadros de mando, estropeadas e inservibles por el aterrizaje del 3944 en Blatead Heath. Claro está que podían volver a ser construidos e instalados sacando los viejos; pero el proceso sería largo ya que no había talleres adecuados para ello en Nueva Tierra, desde que las ciudades habíanse extinguido.

A pesar de todo, rodeado por los tristes recuerdos y sus cuadros de mando, Amalfí resolvió probar.

—Pero ¿quién demonios espera ganar? —dijo Hazlenton exasperado, por quinta vez—. Creo que no está en sus cabales.

Aún no había nadie en Nueva Tierra que hubiera tenido la osadía de hablar de aquel modo a Amalfi; pero Mark Hazlenton había sido el gerente de Amalfi en 3301 y conocía muy bien a su antiguo jefe. Hazlenton era un hombre sinuoso, difícil, perezoso, convulsivo, impulsivo y a veces peligroso por haber sobrevivido a muchos desatinos que los Padres de la Ciudad habrían castigado con la muerte en caso de tratarse de otro administrador de la ciudad —como ya hicieron con el anterior— y también había sobrevivido a su injustificable seguridad en que podía leer la mente de Amalfi.

Seguramente no había otro ex Okie en Nueva Tierra que pudiese comprender tan bien el estado actual de Amalfi, pero Hazlenton nos estaba dando una buena demostración de ello. El y su mujer Dee —una chica procedente de un planeta llamado Utopia que había bordeado la ciudad sobre el mismo tiempo que lo hacía el Dr. Schloss, durante la reducción del Gran Ducado de Gort— tal vez habían olvidado que una tradición Okie prohíbe al alcalde de una ciudad Okie casarse o tener hijos, y que Amalfi como alcalde de Nueva York desde 3089 estaba condicionado sin redención a este estado mental y no le agradaría estar rodeado de los hijos y nietos del administrador de la ciudad, en ningún momento y particularmente menos, cuando lo que necesitaba con urgencia era el consejo de alguien que recordase las

tradiciones lo suficientemente bien para comprender por qué otro hombre estaba aún aferrado a ellas.

Una de las virtudes de Mark es que trataba de reaccionar en conjunto más que como entidad separada. Cuando los niños hicieron alguna gracia después de la cena, Amalfi sabía que era por mandato de Hazlenton. También sabía que Hazlenton no lo hacía porque sospechase remotamente la disconformidad de su amigo ante los frutos del proceso de acoplamiento, era sólo que el administrador de la ciudad había intuido la necesidad de Amalfi en conferenciar con él y lo había organizado en el horario o compromisos sociales de Dee.

Los niños se excusaron por marcharse tan pronto debido a que los nietos se acostaban temprano, aunque Amalfi sabía que cuando todo el clan cenaba en el comedor lo solían celebrar como una gran ocasión y pasaban la noche en el edificio anexo donde los Hazlenton habían criado a su numerosa familia; los Hazlenton solían permanecer en un enorme salón en el cual acababan de cenar. Ahora que se había terminado la comida, Amalfi trataba de resistir la procesión de los grandes y pequeños Hazlentones que le cumplimentaban. Hasta los más pequeños decían su párrafo de despedida al gran hombre, sus padres sabían desde la infancia que el atareado alcalde no se molestaría en recordarles.

A Amalfi no se le ocurrió admirar el disimulo de los niños por tener que retirarse tan pronto, ni tan sólo se dio cuenta. Simplemente oyó sin escuchar. Uno de los chicos medianos le llamó la atención, pues desde el momento que Amalfi llegó no apartó la mirada del invitado. Era desconcertante. Amalfi pensó que acaso se había olvidado de algo de su aseo personal. Cuando el niño que le había obligado a acariciarse la barbilla, alisarse sus cejas y tocarse las orejas para ver si tenía residuos de jabón, habló y Amalfi escuchó con atención.

—Soy Webster Hazlenton, señor, espero volverle a ver para un asunto de gran importancia —dijo el muchacho. Lo dijo como si hubiese estado ensayándolo durante semanas, con un tono que casi impulsó a Amalfi a fijar día y hora para una entrevista.

En vez de contestar, murmuró:

—Webster, ¿eh?

—Sí, señor. Me pusieron en la lista grande para que naciera cuando Webster deseara.

Amalfi se sorprendió considerablemente. ¿Podría hacer tanto tiempo? Webster había sido el ingeniero de la Batería, que eligió dejar la ciudad antes de aterrizar en Utopia, sobre el año 3600. Claro está que se detuvo de invertir mucho tiempo en llenar los vacíos del escalafón de la ciudad después del sanguinario intento de las ciudades de los bandidos para impedirles llegar a un acuerdo con él y las considerables pérdidas cuando bordearon la ciudad de la peste en la selva de Acolyte; y además habían nacido muchas niñas en principio. Pero este Webster no debía tener más de catorce años, según

aparentaba.

Dee intervino:

—John, Web llegó mucho después de que la Gran Lista fuese abandonada, pero a él le gusta tener su patrono, eso es todo, como en otros tiempos.

El muchacho miró brevemente a Dee con sus claros ojos castaños y desterrándola de su mundo masculino dijo:

—Buenas noches, señor.

La procesión continuó mientras él se volvía a sumergir en la indiferencia, de pronto se encontró encerrado con Dee y Mark —si es que se podía llamar encerrado el estar en una habitación tan grande y evocando tantas personalidades—. Una fuerte aureola hogareña rodeaba a los Hazlenton y se interponía entre Amalfi y lo que trataba de decir, por lo que hacía la exposición de su problema a trompicones; y fue entonces cuando Hazlenton le preguntó qué se proponía ganar.

—¿Ganar? —dijo Amalfi—. No espero ganar nada. Yo quisiera volver a subir, eso es todo.

—Pero John —dijo Dee—. Piensa por un momento. Supón que consigues persuadir a unas cuantas personas de antes para ir contigo. Ya nada tiene significado. Te convertirías tan sólo en un Holandés Volante, navegando sin rumbo fijo.

—Tal vez sea así —respondió Amalfi—. Pero no me asusta, Dee. De hecho, me da como una perversa satisfacción, si quieres saberlo. No me importaría llegar a ser una leyenda; por lo menos volvería a situar la historia y desempeñaría cargos iguales a los del pasado. Y sobre todo deseo estar arriba que es lo importante. Empiezo a creer que no hay nada más importante para mí.

—¿Se puede hablar de lo que es importante para nosotros? —dijo Hazlenton—. Tal aventura dejaría la Nube sin Alcalde. No sé la importancia que tiene en sí y para ti ya me parece que te importaba mucho en los tiempos que veníamos hacia aquí, porque aunque ya no te importe, tú corriste a coger el puesto, e incluso alteraste las elecciones. Carrel y yo éramos los únicos candidatos, pero tú engatusaste a los Padres de la Ciudad para que creyeran que era una elección de alcaldía y por lo tanto te escogieron a ti.

—¿Quieres el puesto? —preguntó Amalfi.

—¡Por nada del mundo! Quiero que lo conserves. Ejerciste un ingenio considerable para obtenerlo y no soy el único que espera que te mantengas en él ahora que lo tienes. Nadie más lo solicita y ya que te comprometiste es natural que sigas.

—Nadie aspira al cargo porque no sabrían lo que hacer una vez lo tuvieran —contestó firmemente Amalfi—. Ni yo mismo sé qué hacer. El oficio de alcalde es un anacronismo en esta nube. Durante muchos años nadie me ha pedido que diga o haga algo o aparezca en algún sitio para ser de alguna manera útil. Yo ocupo un cargo honorífico y eso es todo. Como todo el mundo sabe, tú eres el hombre que gobierna esta nube, y es como debería de ser. Es

hora de que seas nombrado ya que de hecho lo eres. Yo he dado todo lo que podía dar al cargo inicial y mis cualidades no son las que requieren la situación actual; todos en la Nueva Tierra lo saben y sería más honesto que le pusieran un nombre. Si no, Mark, ¿cuánto tiempo seguiría en este puesto? Aparentemente, según tus suposiciones, para siempre. Esa es una sociedad nueva; suponte que siguiese siendo el jefe titular durante mil años más, cómo es posible. Mil años en los cuales una nueva sociedad continúa sirviendo insinceramente viejas actitudes e ideas establecidas cuando yo representaba cuando algo significaban. Todo esto sería demente, y tú lo sabes. Ya es hora de que te hagas cargo tú.

Hazlenton permaneció en silencio durante largo rato, y al final dijo:

—Lo veo claramente. De hecho he pensado en ello varias veces. Sin embargo, Amalfi, he de decirte que esta proposición me perturba bastante. Me figuro que el cambio de Alcalde, se haría automáticamente, lo que sería una objeción. Lo que me preocupa es la salida que te estás buscando no sólo porque es peligrosa, que lo es, pero a ti no te importa y a mí tampoco, sino que es peligroso sin objetivo alguno.

—A mí me conviene —dijo Amalfi—. No sé si hay otros objetivos a los cuales pueda convenir en esta coyuntura. Si lo supiera no me iría, Mark. Ya lo sabes, pero me parece que por primera vez en mi vida soy ahora un agente libre; por lo tanto puedo hacer lo que quiera.

Hazlenton se encogió de hombros.

—Desde luego —dijo—. Sólo puedo decirte que desearía que no fuera así.

Dee inclinó la cabeza y no dijo nada.

El resto quedó sin decirse. Que Dee y Mark quedarían desolados sin Amalfi, era indudable. Este era un argumento que podía utilizarse pero Hazlenton lo consideraba como un chantaje emotivo, precisamente porque era emocionalmente irracional, y Amalfi le agradeció que no saliera a relucir. Parecía no haber razón por la cual Dee no lo hubiese hecho, pues antes hubiera hablado sin un momento de duda; Amalfi pensó que le conocía lo bastante para saber que tenía buenas razones para intervenir. Ella había esperado mucho antes que la Nueva Tierra fuese fundada y cualquier cosa que la amenazase, ahora que tenía hijos y nietos, debería provocar el que usase toda clase de armas a su alcance; y sin embargo, permaneció callada. Quizás ella era lo suficientemente vieja para darse cuenta de que ni siquiera John Amalfi podía ocultarle una galaxia satélite entera; en todo caso, si era esto lo que ella pensaba, no dio muestra de ello y la velada en casa de Hazlenton terminó en una formalidad afectada que, aunque fría, no era todo lo mala que Amalfi había esperado.

El conjunto del área residencial que se ofrecía a los ojos de Amalfi bullía de perros. Los que tenían libertad para correr, retozaban y se zambullían por las anchas avenidas. Pocos de ellos se aventuraban por las carreteras y los que lo hacían eran inmediatamente expulsados, pero estos cuadrúpedos eran un constante peligro para los viandantes. Durante el día, los insolentes perros se

paraban simplemente ante los forasteros —pero se paraban y brincaban hasta abrazar con sus zarpas los hombros de cualquiera que ellos conocieran— y todo el mundo, incluyendo, al parecer, a la totalidad de los perros de New Manhattan, conocían a Amalfi. Un poco corriente svengali, procedente del Altair IV — originariamente un raro ejemplar en el Zoo de la ciudad aérea, pero más tarde producido en los laboratorios de Nueva Tierra durante la campaña de fertilidad de 3950, medio planta y medio animal— yacía en medio de la avenida y fijaba sus enormes ojos en todo objeto que se movía, hasta que algo suficientemente pequeño y helado para ser ingerido se le acercaba por equivocación. No hizo nada provechoso en Nueva Tierra. Aquel ser de dos piernas intentaba concentrarse en su mirada hipnótica hasta que conseguía incorporarse; este svengali se ponía morado y exudaba un líquido que debió haber sido nauseabundo en Altair IV, pero que en Nueva Tierra tenía efectos simplemente eufóricos. Ello solía ocasionar una repentina amistad, explosiones de canto, incluso una breve y delirantemente feliz borrachera, después de la cual, el desanimado svengali volvía reptando hacia adentro a descansar y a recibir, normalmente, un tazón de sopa gelatinosa.

Por la noche, por las carreteras de New Manhattan, había gatos que se agarraban con rápidos zarpazos a las capas flotantes y a las elegantes sandalias. A través del aire de la ciudad, volaban y planeaban criaturas brillantes: pájaros cantores, pájaros graznadores, parlantes y mudos. Amalfi los detestaba a todos.

Cuando él iba andando a algún sitio —y ahora que ya no funcionaban los taxis aéreos de la ciudad, iba andando a casi todas partes—, contaba con tener que desembarazarse de los abrazos de algún ciudadano rebosante de alegría o de algún perro ladrador, antes de conseguir llegar adonde se dirigía. La moda de los perros caseros había surgido después de la abdicación. ¿Qué capricho de desocupados había llevado a tantos descendientes de los exploradores a adoptar a los condenados animales? Era incomprensible para Amalfi.

Alcanzó su casa desde la de Hazlenton sin ninguno de estos encuentros; en vez de ello, llovía. Enrolló su capa más estrechamente a su alrededor y se apresuró, gruñendo, pues su propia habitación podía haberse desarmado a causa de la tormenta. Su casa, sus campos, se hallaban protegidos por un campo gravitatorio de un 0,02 por ciento.

Amalfi llegó a su entrada y dejó caer la palma de la mano sobre la palanca de inducción que amortiguó el campo gravitatorio lo suficiente para dejarle pasar bajo la rociadura de las resplandecientes gotas, y observó con la ceñuda satisfacción que habíase convertido habitual en él, que la tormenta había amainado y se despejaría en cosa de minutos. Una vez dentro, tomó una copa y permaneció de pie, frotándose las manos y mirando a su alrededor. De acuerdo que su casa era un anacronismo, pero a él le gustaba de esta manera, tanto como no le gustaban las demás cosas de Nueva Tierra.

"¿Qué es lo que pasa?" —pensó repentinamente. Los falderos de la gente no era cuestión suya, después de todo—. "Si prácticamente toda la gente está

contenta con esta época. ¿Qué importancia puede tener el que yo no lo esté? Ni siquiera Jake se toma interés por este asunto, como tampoco Mark...”

Oyó cómo el distante, eterno y reconfortante murmullo del campo gravitatorio bajo sus pies se alteraba, por un momento. Alguien más había decidido entrar. Su visitante no había estado nunca antes en aquella hora, y ciertamente no había estado nunca antes solo, pero él lo conoció, sin un momento de duda supo quién era el que lo había seguido hasta su casa.

CAPITULO II

NOVA MAGELLANIS

—Me harás sentir muy bienvenida, John —dijo Dee.

Amalfi no respondió. Bajó la cabeza, como hace el toro delante de un bulto, movió un poco los pies, y se cogió las manos por detrás de la espalda.

—¿Y bien, John? —insistió Dee amablemente.

—Tú no quieres que vaya —dijo tartamudeando—. O, acaso sospechas que si voy, Mark eche la dirección del barco y toda la Nueva Tierra con él, y se marche conmigo.

Dee se paseó despacio por la habitación y por fin se paró dudosa detrás de un gran cojín.

—Estás equivocado, John, en todos los aspectos. Tengo otra idea metida en mi mente. He pensado... bien, ya te contaré luego lo que he pensado. De momento, ¿me podrías ofrecer una copa?

Amalfi no pudo hacer otra cosa que abandonar su posición y hacer los honores a su huésped.

—¿Así pues, te mandó Mark?

Ella se hecho, a reír.

—El rey Mark me manda para muchos y buenos recados, pero creo que éste no sería precisamente de su agrado. —Luego añadió amargamente—. Por otra parte se siente tan ligado con el grupo de Griffor Bonner, que hace meses que me ignora literalmente.

Amalfi sabía a lo que se refería: El doctor Bonner era el cabecilla de un grupo filosófico llamado Stochastics; Amalfi no se había preocupado demasiado en conseguir informes y detalles de los principios de Bonner, pero sabía en líneas generales que el Stochastitas era el último de los muchos intentos para construir una completa filosofía, desde la estética a la ética, usando la moderna física como base metafísica. El positivismo lógico había sido el primero en aplicar tal sistema; Amalfi estaba seguro de que el Stochasticismo iría mucho más allá.

—He podido apreciar que había algo que lo distraía de su trabajo, recientemente —dijo haciendo un guiño—. Haría mejor estudiando las doctrinas de Jorn el Apóstol. Por el momento, los Guerreros de Dios, controlan no menos del quince por ciento de los planetas limítrofes, y la fe no carece de adheridos aquí en Nueva Tierra. Es una llamada al tipo patán... y sintiéndolo mucho, he de reconocer que últimamente nos hemos vuelto de esta manera.

Si Dee reconoció que esto era parte de las culpas que echaba al sistema Educativo en Nueva Tierra que ella había ayudado a implantar, no lo demostró.

—Acaso tengas razón —respondió—. Pero no lo podría persuadir, y dudo que tú puedas hacerlo. No cree que pueda haber una verdadera amenaza; él

piensa que un hombre de mentalidad simple para ser un Fundamentalista, tiene una mentalidad demasiado simple para conducir una armada.

—¿Oh? Mark haría mejor en preguntar a Bonner algo acerca de Godfrey de Bouillon.

—¿Quién era...?

—Un capitán de la Primera Cruzada.

Ella se encogió de hombros. Posiblemente sólo Amalfi, como el único hombre de Nueva Tierra que había nacido y criado en la Tierra, sabía algo de las Cruzadas. Sin duda, para los otros era una verdadera Utopia.

—Bien, de todas formas no he venido aquí para hablar de esto.

La movediza pared se abrió y salieron las bebidas flotando. Amalfi cogió los vasos y le pasó uno en silencio, esperando.

Ella le tomó el vaso, pero en vez de sentarse y empezar a hablar como él pensó que haría, anduvo nerviosamente hasta la puerta y tomó un sorbo como si lo fuera a dejar y se marchara de un momento a otro.

El descubrió que no le gustaba que se marchase. Quería que paseara un poco más. Había algo en la bata que llevaba...

El que hubiera otra vez distintas modas era una demostración de estar atado a la Tierra. Durante centurias, tanto hombres como mujeres habían llevado unas ropas utilitarias para sus desplazamientos. Ahora que los ex-Okies seguían la ley de Franklin, según la cual la gente se podía procrear en cualquier espacio disponible, perdían el tiempo con tonterías, minuciosidades, y modas. Las mujeres, durante este año 3995, flotaban con diáfanas creaciones. Dee, sin embargo, llevaba una túnica blanca que terminaba en una pasa negra completamente diferente a las demás. Lo único diáfano en ella era algo iridiscente que le envolvía el cuello y le colgaba por su aún delicado y redondeado pecho, como el día que la muchacha apareció en New York, mandada por Utopia, en un buque de guerra, pidiendo ayuda.

Se dio cuenta en el acto.

—Dee, pareces igual al primer día que te vi.

—¿Cierto, John?

—Esto negro...

—Una blusa caja —corló en su ayuda.

—...Me di cuenta en cuanto saliste. Nunca había visto nada semejante. —Ahora se retuvo en decirle que durante todas aquellas centurias la había amado, que se la había imaginado con aquella cosa negra volviéndose ha cia él en vez de Hazlenton. ¿Hubieran las cosas cambiado si lo hubiese hecho? ¿Pero podía haber hecho alguna otra cosa?

—Has tardado rato en darte cuenta de ello esta noche —dijo ella—. Me lo he hecho especialmente para la cena de esta noche. He estado atada. Esencialmente continuo siendo un producto de Utopia, creo. Me gustan los vestidos severos, los hombres fuertes y una vida dura.

Indudablemente ella le quería decir algo, pero él no se encontraba en condiciones para entenderla, como a merced de las olas. La situación en que

se encontraba resultaba imposible. No podía discutir sobre moda con la mujer de su mejor y más viejo amigo, cuando iodos los sensibles guías planetarios necesitaban ayudarse. Dijo simplemente:

—Es muy bonito.

Ante su asombro ella se echó a llorar.

—¡Oh, no seas murrio, John! —Luego dejó el vaso y se acercó para coger el manto.

—Bien, Dee. —Amalfi separó el manto de su alcance—. Su rey Mark suena razonablemente severo y duro. Creo que sería mejor que te sentaras y me lo contaras todo.

—Quiero marchar contigo, John. No serás el mayor de New York, no te encontrarás atado por las viejas reglas, si levantas la ciudad ahora. Quiero... quiero...

Esto ocurrió semanas más tarde, una vez ella expuso su último deseo. Hablaron frenéticamente después de aquellos primeros balbuceos. Cuando finalmente penetró en su cabeza, siempre cautelosa, que el mensaje de la mujer no era un recuerdo del pasado, sino una calurosa actualidad, la tomó en sus brazos, permaneciendo en silencio largo rato. Luego volvieron a hablar apresuradamente. Se preguntaban cómo podía haber ocurrido aquello y cómo ocurrió. Se quedó atónito al saber que ella había llevado a su casa, aunque por poco tiempo, a aquellos oficiales a los que él había honrado durante aquellos años de celibato oficial. En su posición de primera dama de Nueva Tierra, durante aquellos familiares años, había podido instalar a más de cien muchachas simultáneamente, sin atraer la atención de nadie, como cuando lanzaba las modas y hacía de jefe en las nuevas directrices que había hecho a Nueva Tierra de la manera que actualmente se encontraba. El que Dee había sido tan cruelmente tratada, no se le había podido ocurrir nunca.

Pero ella le contaba su completo estado de desagrado, con muchos más detalles que lo que a él le hubiera gustado oír. Se pelearon como dos amantes jóvenes... a excepción de que después de la pelea siguió una serie de lamentaciones que no le hicieron gracia alguna.

—John —dijo ella—, ¿es que no piensas llevarme nunca a la cama?

Se cogió las manos con desesperación.

—No estoy nada segura de que quieras llevar a la cama a la mujer de Mark. Por otro lado —continuó, sabiendo que empezaba a ser cruel—, ya lo has obtenido repetidas veces. Has sondeado a todas las mujeres de que has echado mano durante el último medio millar de años. Deberás pensar que te voy a aburrir como todas las demás.

Sus reconciliaciones no se diferenciaban de cualquier joven amante. Pero por otra parte, algunas veces parecía más y más la casa de un viejo padre en perpetua riña con su rebelde hija. Y él continuaba con su duro empeño. Ahora podía tomar lo que había soñado durante años y años, pero descubrió otra vez que se esperaba la inasequible y que se obtiene el deseo y lo más importante de ello continúa esperando. Especialmente desde que el objeto del deseo

siempre parece estar en otro universo.

—Tú no me vas a creer, John —dijo ella amargamente—, pero es verdad. Cuando tú te marches quiero venir contigo... siempre... ¿no quieres entenderlo? Quiero... quiero darte un hijo.

Le miró a través de sus ojos llenos de lágrimas... nunca, en todas aquellas centurias, la habían visto con lágrimas en los ojos, pero actualmente todo le parecía posible en Nueva Tierra... y esperó. Vio que había roto su pieza; éste era el supremo regalo que Dee Hazlenton quería darle.

—¡Dee, no sabes lo que te dices! No puedes ofrecerme esto... es de Mark y lo sabes. Por otro lado no quiero... —Se paró. Ella volvía a llorar. No quería hacerla daño a pesar de que sabía que lo había hecho muchísimas veces sin tener intención de hacerla sufrir.

—Dee, tengo un hijo.

Ahora ella escuchaba atentamente con los ojos muy abiertos, dejando al dolor posesionarse en donde sólo había habido resentimiento. El dejó que el dolor bajara como el cuchillo de un cirujano ante una herida sangrante.

—¿Recuerdas el exceso de población después de que hubimos aterrizado y había tantas mujeres? ¿Recuerdas también el programa de inseminación artificial? me pidieron que contribuyera con ellos. El viejo argumento era que no sabía qué chiquillo llevaba el germen... y solamente una revisión de los médicos podría asegurarlo. Por entonces había una serie de precedentes, de frustraciones... y algunos supervivientes no deberían haber sobrevivido; todo consistía en una serie de desventajas. Me lo contaron y yo como mayor, tenía que decidir lo que se haría con ellos.

—John —susurró ella—. Para, para por favor.

El continuó implacable. Darle un niño normal, sano y perfecto, era un favor que ella no podía concederle, y no había forma de decírselo más que de esta manera.

—No podíamos afrontar el obtener gérmenes malos. Ordené a los supervivientes que... se ocuparan de ello; y di una pequeña conferencia sobre los gérmenes. Tenía planeado el no decirme nada, pero yo ya había estado por el espacio durante muchos años. Mi germen está perjudicado y no puedo ser un contribuidor. ¿Me entiendes, Dee?

Dee trató de cogerle la cabeza y apoyarla en su pecho, pero Amalfi se separó violentamente. Le irritaba sin razón el que ella continuara pensando que no tenía nada para darle.

—La ciudad era tuya —dijo casi sin alterar la voz—. Y ahora que ha crecido, se separa de ti, sin apenas acordarse de tus favores. Veo lo que te oprime, John, y no lo puedo soportar... Oh, no quiere decir esto el que pretendiera tu reacción. Te quiero y creo que siempre te he querido. Pero debería haber sabido que nuestro tiempo ha pasado. No hay nada que te pueda dar, que tú no hayas recibido abundantemente.

Ella levantó la cabeza y él le sacudió la cabellera, pensando que lo que terminaba de aquella manera, era mejor que no hubiese empezado nunca.

—¿Y ahora, qué? —dijo—. ¿Ahora que la vida con el padre, se ha vuelto en nada más que esto? ¿Puedes dejar otra vez tu casa y marcharte con Mark?

—¿Mark? No, tan sólo sabe que... me he marchado. Como esposa estoy muerta y enterrada. —Esto lo dijo en un tono muy bajo—. El vivir parece un proceso de volver a nacer continuamente. Supongo que el quid está en saber vivir este círculo sin sufrir demasiado a cada golpe. Adiós, John.

No le miró, como si empezara a poner en práctica su deseo y él tampoco hizo absolutamente nada para impedir su marcha. Se iba a volver a encontrar como antes. Era su destino.

El pensó que lo que le había dicho, posiblemente era la verdad... para una mujer. Para un hombre, la vida es un proceso de morir una y otra vez. Y la solución era ir despedazándose.

Por primera vez, después de muchos años, se paseó por las calles de Nueva Manhattan, otra vez. Nunca se había sentido tan totalmente entregado a su gente. Y ahora que empezaba a gozar, sintió urgentemente que debería buscar de ellos algún propósito.

Inevitablemente se encontró dejando gatos, pájaros, svengalis, perros y Dee por las calles sucias de la ciudad Okie. Se iba dirigiendo hacia la Ciudad de los Padres, cuando un sentimiento extraño de que le seguían le hizo volverse. Por un momento el pánico se apoderó de él, pensando que acaso sería Dee, desbaratando la existencia de los dos; pero no era ella.

—¿Bien, quién eres? —dijo—. Para de soplar y dame tu nombre.

—Usted no se acordará de mí, míster Mayor —dijo una voz asustada seguida de una serie de ecos.

—¿Recordarte? Desde luego que sí. Eres Webster Hazleton. ¿Quién es tu amorfo? ¿Qué estás haciendo aquí en la vieja ciudad? Estás fuera de los límites de los niños.

El muchacho se puso muy tieso.

—Esta es Estelle. Los dos estamos juntos. —Web parecía que tuviera alguna dificultad en continuar—. Se nos ha dicho... quiero decir el padre de Estelle, que se llama Jake Freeman, nos ha medio entredicho e insinuado que... la ciudad volverá a resurgir. Míster Mayor...

—Acaso. Aún no lo sé. ¿Qué os importa?

—Si es así, queremos seguir —dijo el muchacho apresuradamente.

Amalfi no tenía ningún plan para convertir a Jake, el cual estaba ciertamente tan perdido en la causa como el mismo Hazleton. Pero la amistad de Freeman-Hazleton, representada por Web y Estelle, significaba que tendría que citar a Jake ahora o más tarde para hablar de este objeto. Desde luego, estaba fuera de discusión el que los muchachos no podrían ir, y a su pesar no podía decidir nada hasta que no supiera la opinión de sus padres sobre ello. Los críos habían tenido distintas aventuras en muchas ciudades Okies, en tiempos anteriores; pero desde luego, esto pertenecía al pasado, cuando las

ciudades estaban tan bien equipadas como cualquier comunidad de la Tierra, para cuidarlos, al menos casi siempre. Parecía que por aquellos días, todos los hilos que Amalfi iba tocando estaban repletos de nudos.

Temporalmente, el destino salió a su paso para salvarle parte del problema; Jake le estaba esperando en un estado de excitación tal, que la visión de su hija y Web detrás de él casi pisándole los talones, sólo le hizo levantar las cejas.

—Has llegado justo al momento —dijo como si ya tuvieran una cita planeada—. ¿Te acuerdas de la Nova (estrella que de repente resplandece con mucho fulgor, y luego vuelve a aparecer oscura)? Bien, pues no es ninguna Nova y por lo tanto, ya no es ningún problema astronómico. De hecho es tu problema.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado Amalfi—. Si no es una Nova, ¿qué es?

—Esto era lo que me estaba preguntando a mí mismo —respondió Jake. Una de las cosas que más le irritaba era el no poder asegurar una cosa una vez lo había dicho o supuesto—. He obtenido una serie de fotografías de esta cosa; si tú las miras y observas bien, llegarás a la conclusión de que pertenecen a una estrella del catálogo, y no a un sujeto simple... y el catálogo contiene estrellas de todo el diagrama de Russell. Sobre éste, se ven unos cambios azules, particularmente en las líneas de la propia atmósfera de Nueva Tierra, que tampoco tiene sentido alguno, de momento.

—Para mí, todo esto carece de sentido —admitió Amalfi.

—Bien —dijo Jake—, míralo por este lado: cuando la aparición se volvió demasiado opaca para un objeto de una magnitud aparente como esta cosa... recuerda que se vuelve más y más brillante todo el rato... le pregunté a Schloss y los suyos que alargaran lo suficiente para conseguir un análisis ondeado de la incipiente luz. Se han conseguido unas setenta y cinco falsas fotos; la cosa debe dejar a su detrás un falso resto, si pudiéramos conseguir verlo...

Amalfi espetó:

—¿De dónde condenado viene este retardo? Pero como puedes ver, un objeto de esta medida... no espera. ¿Sabes actualmente su medida?

El astrónomo hizo un ruido con la boca, típicamente suyo, que a Amalfi le recordaba el de un loro.

—Creo que tenemos la medida y todas las otras respuestas, al menos en cuanto concierne a la astronomía —dijo—. El resto, como ya he dicho, es cuestión tuya. La cosa en un cuerpo planetario, y de unos setenta y cinco metros de diámetro y más cerca de lo que al principio creíamos... de momento, está dentro de la Magallánica Mayor, y se acerca a nosotros, directamente por el sistema de Nueva Tierra. El cambio continuo de brillo, demuestra simplemente que no es ella la que brilla, sino que refleja la luz de los diferentes soles por los que pasa, y la manda azul por las rayas Fraunhiferlines, es decir las rayas oscuras en el espectro solar que se observan

en la Tierra, demuestran que tiene una atmósfera muy semejante a la nuestra. No sé aún lo que eso te recordará, pero sé lo que te tendría que recordar... y los Padres de la Ciudad están de acuerdo conmigo.

Web Hazleton ya no se pudo contener más.

—¡Lo sé, lo sé! ¡Es el planeta He! ¡Es el planeta He! Se acerca a nosotros, ¿no es así, míster Mayor?

El muchacho conocía la historia de su ciudad muy bien; ninguno perteneciente a los viejos días podía confrontarlo y asegurar cosas como Jake. El planeta He había sido uno de los trabajos principales de la ciudad, el resultado del cual, por distintas razones, había instalado en el mismo planeta una serie de fuerzas suficientes para arrancar a He de su órbita alrededor del sol y mandarlo sin rumbo fijo y sin control, fuera de la galaxia y dentro y entre el círculo galáctico. La ciudad había llegado a distanciarse considerablemente con él, posibilitando una vuelta a la galaxia lejos del área de New York, N. Y., pero era algo cercano. Seguramente él se había lanzado hacia la galaxia Andrómeda, desde el momento que en 3850 se separara de la ciudad.

—No saltemos a una conclusión demasiado rápida —dijo Amalfi—. La punta de He se llevó a cabo hará sólo una centuria y media, y por entonces los Hevians carecían de la tecnología o de los recursos para controlar ninguna banda; de hecho no estaban demasiado distantes de los salvajes. Unos salvajes elegantes, lo confieso, más no por ello menos salvajes. ¿Es seguro que este planeta se acerca a nosotros completamente dirigido, o aún no lo sabes de cierto?

—Así parece —dijo Jake—. Esto fue lo primero que me atrajo la atención; me di cuenta de que había algo raro en el objeto. Continúa cambiando de velocidad y de línea de trayecto de manera totalmente racional, al menos que uno se haga a la idea de que es racional. De todas maneras, sean los que sean, saben adónde lo conducen. Y ahora van directamente hacia nosotros, Amalfi.

—¿Has probado de alguna manera ponerte en contacto con ellos? —dijo Amalfi.

—No, desde luego. De hecho aún no he hablado con nadie de esto. Ni tan siquiera a Mark. De manera que me da la impresión de ser cosa tuya.

—Esto es perder el tiempo, Jake. El doctor Schloss no es un completo idiota; seguramente puede leer en sus propias figuras, como tú puedes y dar obvias conclusiones de cada pregunta que le haces; ya se lo debe haber contado a Mark, y ha hecho muy bien. Mark estará probablemente llamando a tu objeto ahora mismo. Vámonos en seguida a la sala de control y nos enteraremos.

Hicieron una especie de procesión por las estrechas calles de la ciudad Okie: El calvo y ancho de pecho mayor, con sus dedos apretados contra el apagado cigarro, el astrónomo, de aspecto de ave de rapiña, los dos jóvenes con los ojos muy brillantes, unas veces delante y otras detrás de los dos mayores. La excitación hacía que Amalfi se moviera rápidamente, con la

esperanza de poder realizar algo y pensando que su ciudad volante siempre había sido, como ahora, muy frágil. Y esta llegada del planeta dirigido, fuera lo que fuese en potencia, podía traer una serie de tribulaciones; el frío de la madrugada parecía un principio fatal de sus sueños.

De repente se paró en una estación que conocía y llamó a un taxi-volador, asegurándose parcialmente a sí mismo el saber si los Padres de la Ciudad consideraban aquel servicio lo suficientemente importante para mantener a aquella cuidad ya desde largo tiempo muerta. Llegó uno, para delicia de los dos muchachos, dejando a Amalfi pensativo ante su falta de delicadeza; al cabo de un millón de años a partir de ahora, con los últimos ergios en la pila, los Padres de la Ciudad querrían desde luego mandar un taxi para el mayor; si quisiera saber si el garaje continuaba en la misma dirección o no, tenía que preguntarlo a los Padres de la Ciudad directamente.

Pero Web y Estelle estaban tan encantados de su paso a través de los angostos cañones de la ciudad y exploraban todos los puntos y rincones de la cabina de metal, que perdieron su dignidad de adolescentes echándose de repente a reír o a gritar horrorizados cuando la cabina pasaba por algún rincón estrecho. Por una parte fue para ellos una pena, cuando la cabina fue bajando despacio hasta la plaza situada delante del Ayuntamiento de la Ciudad. Los jóvenes no podían entender las palabras gravadas que habían sido la divisa de la vieja ciudad. ¿"Siegas tu césped, mujer"? Esta divisa pertenecía a tiempos antiguos y su significado había sido completamente olvidado. Sólo Amalfi recordó. Todo estaba hecho.

La sala de control de la casa Ayuntamiento dejó a los niños perplejos, como era natural en alguien que no había pasado de una centuria, pues no estaba permitida su entrada. En aquella pequeña habitación el todo hombre que ahora estaba con ellos, había vigilado la subida y bajada de la galaxia dominante... de la cual era cosa segura que aquellos muchachos eran una parte genética, pero que sus herederos nunca serían; la historia había pasado por ellos.

—Y no toquéis nada —dijo Amalfi—. Todo lo que hay en esta habitación está completamente o en parte vivo. Nunca hemos tenido tiempo para desarmar la ciudad totalmente; y ni tan siquiera estoy seguro de que lo podamos hacer. Esta es la razón por la que está fuera de los límites. Será mejor que permanezcáis detrás mío, Web y Estelle y miréis lo que hago; esto hará que no mováis otra cosa.

—No tocaremos nada —dijo Web muy seriamente.

—Yo sé que no lo harás intencionadamente. Pero es que no quiero ningún accidente. Será mejor que empecéis a aprender a tocar la tabla por aquí; acercaros aquí... tú también, Estelle. Llamad a la casa de tu abuelo, por mí. Eoc el claro plástico del bar... esto es. Ahora espera a que se encienda. Esto permite a la Ciudad de los Padres conocer que queréis hablar con alguien fuera de la ciudad; es muy importante. De otra forma os implicaría complicaciones, creedme. Ahora mirad los cinco pequeños botones rojos

encima del bar; el que tocas es el número dos; el cuatro y el cinco son los ultrateléfonos y las líneas de Dirac, que nosotros no necesitamos para una llamada local. La una y la tres son las líneas principales y por eso no se han encendido. Adelante, aprieta.

Web tocó el límpido botón rojo. Sobre su cabeza una voz dijo:

—“Comunicaciones”.

—Ahora me toca a mí —dijo Amalfi cogiendo el micrófono—. Soy el mayor. Ponme con el director de la ciudad. —Bajó el micrófono y añadió—: Esto requiere que las comunicaciones busquen a tu abuelo por todos los canales en los que se pueda y hacer la señal hasta donde esté: El Hospital de Nueva Tierra tiene un sistema de comunicaciones parecido para llamar a sus médicos.

—¿Podemos escuchar cómo lo llaman? —preguntó Estelle.

—Sí, si lo deseas —dijo Amalfi—. Aquí, toma el micrófono y pon tu dedo en el botón dos como ha hecho Web. Allí.

—Comunicaciones —dijo otra vez el invisible locutor.

—Di de prisa, por favor —susurró Amalfi.

—De prisa, por favor —la muchacha repitió.

Inmediatamente el aire de la vieja habitación se llenó de un extraño ambiente y de repente, como tonos puros de coros que salieran de la garganta de unos pájaros de plata, los envolvió. Estella, por poco deja caer el micrófono que lo tomó Amalfi gentilmente.

—Las máquinas no llaman a la gente por su nombre —explicó—. Sólo las más complicadas como las de la Ciudad de los Padres lo pueden hacer; un conmutador simple como el de las secciones de Comunicaciones lo encuentra más simple por medio de tonos musicales. Si escuchas por un rato, oirás una serie de melodías; hay una que es la llamada al abuelo de Web; las armonías representan los distintos lugares por los que lo están buscando.

—Me gusta —dijo Estelle. Al momento las melodías del pájaro invisible se convirtieron en un sonido metálico y la voz de Mark Hazleton dijo en medio del aire.

—Dueño, ¿me estás buscando?

Amalfi levantó el micrófono hasta sus labios con una sonrisa, olvidando instantáneamente a los muchachos.

—Creo que ya lo sabes. ¿Estás al corriente de este planeta dirigido que parece que se dirige a nosotros?

—Sí; no sabía que estuvieras interesado en él. De hecho no supe que era un planeta en vez de una estrella hasta ayer, cuando vinieron Scholss y Carrel a hablarme de ello. —Amalfi miró pensativamente a Jake—. Veo que me llamas desde la ciudad. ¿Qué piensan los Padres de la Ciudad?

—No lo sé, no he hablado con ellos aún —respondió Amalfi—. Pero Jake está aquí y he llegado a la obvia conclusión, que estoy seguro que es la misma que la vuestra. Lo que quiero saber es si tú o Carrel habéis hecho algo para poneros en contacto con el objeto.

—Sí, pero no puedo decir que haya sido provechoso —dijo la voz de Hazleton—. Los hemos llamado cuatro o cinco veces por el Dirac, pero si nos han contestado, las ondas se han perdido en Dirac, mientras se dirigen a nuestra galaxia. Esto me preocupa algo; parece que se vayan acercando sin preguntar nada, pero es difícil saber qué clase de nuestras señales usan para continuar moviéndose.

—¿Crees que esto significa que El vuelve otra vez?—dijo Amalfi cautelosamente.

—Sí, lo creo —respondió Hazleton con aparente cautela, también—. No creo que se pueda llegar a otra conclusión con los datos que tenemos ahora de ellos.

—Entonces, usa la cabeza —dijo Amalfi—. Si realmente es El, nunca podrás alcanzarlo con el Dirac. Cuando estuvimos en El, nunca dejó usar a los Hevians el Dirac, ni tan sólo ver un retransmisor de Dirac; no tienen razón para sospechar que exista este transmisor universal, ni aún siquiera que exista en posibilidad. Y si no es El, pero algún objeto explorador que se acerca a nosotros por y desde otra galaxia, y fuera de cualquier cultura que nosotros conozcamos, es también obvio que no conozca el Dirac, de otra manera hubieran captado uno de los muchos millones de mensajes Dirac que hemos usado desde su descubrimiento para mandarlos fuera de nuestra galaxia. Trata y prueba el ultrateléfono.

—Tampoco tienen el ultrateléfono, cuando le vimos por última vez —dijo divertida la voz de Hazleton—. Y si nosotros no sabemos cómo llevar el llamamiento, sospecho que ellos tampoco lo sabrán. Si fuéramos a probar todos los métodos primitivos, tendríamos que empezar por la onda oscilante.

—Creo que hay, probablemente un ultramensaje desde este planeta que se dirige hacia aquí —dijo Amalfi—. Forma parte del más elemental sentido común dar una señal cuando un planeta se dirige y penetra en un área como la Gran Nube Magallánica, aunque tú no lo puedas hacer por el Dirac; una señal que se recibe uniformemente en todas partes y simultáneamente, no es precisamente una señal. No importa que sea El u otro visitante de un mundo desconocido; mandarán algo por adelantado, que lo tendrá que hacer por ultrateléfono, así que tendrás que oírlo de alguna manera; tú puedes devolverle la señal de la misma forma. —Respiró profundamente—. Por lo menos, Mark, no pierdas más el tiempo diciéndome que es imposible cuando no lo has ni tan sólo probado.

—Te lo digo —dijo Webster Hazleton a media voz, volviéndose rojo. Detrás suyo el padre de Estelle iba de un lado a otro.

El desenfreno, sin embargo, se había ido debilitando durante las últimas décadas en Hazleton, como Amalfi sabía muy bien. Acaso eso había empezado cuando Hazleton había empezado a interesarse en los Stochastics, de lo cual, Amalfi no sabía nada hasta que Dee se lo explicó. O caso era una impotencia de Hazleton paralela a la suya propia, mientras Amalfi iba perdiendo fuerza en Nueva Tierra.

—No importa —dijo Hazleton, gravemente—, haré lo posible, jefe, si puedo. De todas maneras continúan a unos cincuenta años solares atrás; cuando puedan oír alguna demostración nuestra y nosotros recibamos su contestación pasarán setenta y cinco, ya dentro del próximo milenio.

—Es verdad —admitió Amalfi—, Lo cual quiere decir que tendremos que mandar un barco. Creo que tardaremos unos diez años o más para ponernos en contacto. Necesitaremos algunos armamentos. Será mejor que le digas a Carrel que empiece a estar preparado para mandarme allí, no más tarde de principios de la semana próxima, y mientras tanto trata de mandar alguna transmisión por agua. Estaré esperando una contestación desde el barco.

—Bien —dijo Hazleton, terminando la retransmisión.

—¿Podemos ir nosotros también? —preguntó Web inmediatamente.

—¿Qué dices a esto, Jake? Estos chiquillos desean marchar conmigo, también.

El astrónomo sonrió y encogióse de hombros.

—No sé de dónde habrá mi hija sacado el gusto de semejantes viajes; desde luego no será de mí —dijo—. Pero ya sabía que lo iba a preguntar más o menos tarde. Es una experiencia que la tendrá que pasar antes no envejezca, y no sé ningún comando en las dos galaxias en la que pueda estar a salvo. Creo que mi mujer consentirá... aunque le haga tanta gracia como a mí.

Web se alegró; pero Estelle sólo dijo en un tono muy práctico.

—Me marcho a casa a recoger mi svengali.

CAPITULO III

LA CRIANZA DEL TIEMPO

Aún a medio millón de millas de distancia, le fue absolutamente posible a Amalfi, conocer el planeta que él dirigía, las transformaciones que había sufrido desde los años pasados, desde 3850. Loa Okies habían encontrado el planeta antes (cosa de unos seis años), el único vástago fértil de una estrella que ondeaba sola en el ancho campo del desierto de las estrellas, no en una de las áreas libres entre los brazos espirales de la galaxia, sino en un valle temporal llamado Rift, la mecánica de cuyos orígenes permanecía impenetrable, en los orígenes del mismo universo.

Ya en la primera señal, era aparente que la historia de él había sido más complicada que de ordinario. Entonces era un mundo verde-esmeralda que cubría una jungla de polo a polo, una jungla que había desaparecido ante una real civilización, cosa de pocos años antes. Los hechos de cómo emergieron después de tomar tierra, era complejo en extremo; era completamente comprensible y visible que no había habido nunca otro planeta de la galaxia que hubiera pasado por unos accidentes tan desgraciados y fatales. Los Hevians habían luchado contra ellos duramente, y cuando los Oldes llegaron les fue bien patente que sólo un milagro les podía salvar.

Para la civilización Hevians, los Okies habían sido el milagro, dando a los Hevians la fuerza sobre su propio local y destruyendo totalmente el planeta-jungla, de la única manera posible: cambiando bruscamente y permanentemente el clima de él: El hecho de que esa revolución geológica fuera acompañada y completada con la salida de todo el planeta fuera del control de la galaxia acaso fuera una desgracia, pero por aquel entonces Amalfi no lo creyó así. Se había formado una alta opinión de astucia y habilidad reformando los ceremoniales de los Hevians, y no dudó que los Hevians hubieran aprendido las técnicas necesarias para preservar su planeta como domicilio vital antes de que pudiera llegar a un punto verdaderamente peligroso. Después de todo, los Hevians habían sido importantísimos en otros tiempos y aún después de la larga batalla librada con la jungla y cada uno de ellos había conservado una serie de sofisticaciones como radios, proyectiles automáticos y supersónicos, cuando se hubiesen encontrado por vez primera con los Okies; durante las décadas que los Okies conservaron el contacto con ellos, éstos llevaron a prácticas técnicas de la Edad Media y Moderna, como perfectas visiones nucleares. Por otra parte conservaban una serie de cosas de la Ciudad, algún edificio nuevo, pero todo se fue dejando al pasado, mirado desde un punto de vista inteligente, ellos no hicieron otra cosa para los Hevians, que proveerlos de unas potentes disciplinas que no les sería demasiado difícil de hacer trabajar cuando los de la jungla hubieran marchado; mientras tanto, las máquinas mantendrían la atmósfera del planeta y su calor interno a pesar de los más rígidos fríos del espacio intergaláctico.

Bien, a pesar de todo, Amalfi había duramente esperado la vuelta de él, bajo el control durante más de una centuria y media, con su azul-verde cultivo bajo los bancos de las nubes que brillaban con una blanquecina luz cerca de la estrella Cefeo. El que el maravilloso cuerpo fuera él había sido ampliamente conocido por toda Nueva Tierra, tan pronto como Hazleton pudo identificarlo por los medios que Amalfi le había predicho; y al cabo de cinco minutos, Carrel trajo su nave, luego Amalfi habló con el mismo Miramon, el jefe de los Hevians con el cual los Okies habían empezado a comerciar hacía ciento cincuenta años... el mutuo atontamiento entre los dos continuaba vivo.

—No es que yo deba de sorprenderme — dijo Miramon moviendo la cabeza desde la negra mesa, brillante, hecha de madera de aceite—. Después de todo continuó vivo un año más que todos nuestros patriarcas; esto es sólo una pequeña porción de años de los que tú nos diste cuando nos encontramos. Pero los viejos hábitos del pensamiento mueren difícilmente. Nosotros sólo podíamos aislar y purificar unos pocos anti-agáticos producidos en nuestra jungla, antes de que la jungla desapareciera por completo y con ella las drogas que probamos no poder cultivar bajo las nuevas condiciones, así que teníamos que buscar la manera de sintetizar las diferentes mezclas. Teníamos que trabajar rápidamente, y por fin la búsqueda tuvo un feliz resultado en la tercera generación, pero durante aquella época sólo unos pocos pudimos subsistir. Entre nuestra gente, Mayor Amalfi, tú eres sólo una leyenda, un legendario, un hombre inmortal de infinita sabiduría, por encima las estrellas, y yo no he podido hacer otra cosa que el llegar a pensar en ti de la misma manera.

A pesar de que iba vestido con una gran capa bárbara, acompañado de los adornos que demostraban su autoridad, el Miramon de hoy, el que estaba enfrente de Amalfi, no se parecía demasiado al Miramon de otros tiempos, al perfecto bárbaro e inseguro, al pequeño ser que se había sentado en el suelo de manera semi-salvaje, porque las sillas le eran inconfortables y contrarios a los designios de su Dios. Su piel continuaba firme y oscura, sus ojos brillantes, aunque su abundante cabellera era ahora completamente blanca, se había aposentado en la época de la vida, ni joven ni viejo, característica de un hombre que ha pasado la natural edad media. Sus consejeros... incluyendo Retina de Fabr-Suithe, el cual en la época de Amalfi había sido un bandido que había destruido su ciudad antes de que fuera completamente destruida por El, y que ahora era una perfecta ciudad reconstruida en mármol rosa.

—Si te la has arreglado para sintetizar aunque sea sólo un anti-agático, habéis probado que sois los mejores químicos de la historia humana —dijo Amalfi—. Son las más complicadas moléculas que puedan aparecer en la naturaleza; ciertamente nunca hemos oído de ninguno que haya podido sintetizar una sola.

—Una es todo lo que hemos podido sintetizar —admitió Miramon—. Y la forma sintetizada tiene unos pequeños pero indeseables efectos de lado que no hemos podido eliminar. Otros resultan ser pequeños sapógenos que podemos

levantar en nuestro clima artificial, y modificarlos en anti-galácticos al cabo de un proceso continuo de fermentación. Finalmente hay otros cuatro que podemos conseguir con simple fermentación, usando microorganismos crecidos en soluciones dentro de barriles, los cuales resultan baratos y podemos mantener de forma simple.

—Nosotros tenemos uno parecido, el primero, de hecho, que se ha descubierto: elascomicin —dijo Amalfi—. Creo que mantendré mi primer juicio. Como químicos, vosotros tenéis todas las cartas en la mano.

—Es una suerte para nosotros, pero debo manifestar que no es como químicos el haberos buscado —dijo Retma haciendo una débil mueca.

—Lo que me trae es la pregunta principal —dijo Amalfi—. ¿Por qué volviste otra vez? No puedo imaginarme que me hayas estado buscando a mí personalmente porque podía estar entre los millares de áreas; últimamente antes de partir nos encontramos al otro lado de la galaxia. Obviamente vosotros dando la vuelta en cuanto habéis estado seguros de que habíais centralizado una instalación, mucho antes de que estuvierais a mitad de camino de la galaxia de Andrómeda. Lo que quiero saber es esto: ¿Cómo volvisteis atrás?

—Estás a la vez equivocado y tienes razón —dijo Miramon con una expresión que se podía tomar por orgullosa, aunque fuera difícil de decir porque su cara demostraba una extrema solemnidad—. Obtuvimos un razonable control de la anti-gravedad poco después de que disolviéramos nuestra compañía, cosa de unos treinta años después, Mayor Amalfi. Cuando nos dimos cuenta de lo que esto significaba tuvimos más coraje y confianza. Ahora tenemos un verdadero planeta, un planeta con todas las acepciones de la palabra, algo con lo que podemos ir donde escojamos ya sea en un sistema solar o en otro, dejándolo cuando nos plazca. Cuando nos creímos suficientes en nosotros mismos, no necesitamos ser unos trabajadores emigrantes como vuestra ciudad y sus enemigos. Y desde que estuvimos bien en la segunda galaxia, y desde que parecía que no teníamos en absoluto algún límite espacial, ni tan sólo de velocidad, pudimos contar con la masa de nuestro planeta para operar, empezamos nuestras idas y nuestras exploraciones.

—¿Por la galaxia de Andrómeda?

—Y, más allá. Desde luego que vimos muy poco de esta galaxia que es tan enorme como nuestra propia casa; creemos que no está habitada como la vuestra y la mía, pero de la manera que la recorrimos, pudimos muy bien dejar de percibir alguna colonia. Por entonces habíamos hecho el descubrimiento que llenaba nuestras vidas y pensamos que era el momento de volver a nuestra casa. Dejamos la nebulosa de Andrómeda por su satélite, la que tú has identificado para nosotros como la M-33 y nuestra vieja estrella se dirigió hacia la Gran Age y al cabo de un millón y medio de años luz llegamos a Lesser, nebulosa Magallánica. Fue durante nuestra transición desde la Lesser a la Gran Nebulosa que vosotros nos descubristeis. Esto fue, estoy seguro, un accidente; teníamos la intención de marchar directamente hacia la galaxia

nuestra y la Tierra, cuando nuestra experiencia a la cual tú has dado razón para creerla, nosotros podíamos encontrar una reserva de conocimientos suficientes para asegurar nuestros descubrimientos. El que nuestro conocimiento fuera insuficiente nunca ha sido puesto en duda por nuestra parte.

—Pero ha sido un gran accidente el que nos volviéramos a encontrar cuando tú volvías a casa, Mayor Amalfi. Seguramente los dioses han arreglado este accidente, que por otra parte hubiera sido imposible; por esto, si hay algún hombre en la Tierra que nos pueda ayudar, tú eres este hombre.

—Creo que anteriormente no eras un gran creyente en los dioses —dijo Amalfi, con una sonrisa.

—Las opiniones cambian con los años; de otra forma ¿por qué existe la edad?

—Al igual que la historia —-dijo Amalfi—. Y el que yo pueda ayudarte no es indudablemente un feliz accidente que te parara antes de lanzarte sobre el límite de los hombres. La Tierra ya no domina aquí. Es considerablemente difícil e incomprensible el saber lo que está sucediendo aquí; pero de una cosa estoy seguro: se está levantando un nuevo imperialismo que lo va a dominar todo, un imperialismo que va a ser tan fuerte como lo era la Tierra o antes Las Vegas. Se llama a sí mismo el Web de Hércules, y por lo que parece me recuerda muchísimo a la fuerza imperial de la Tierra. Si quieres seguir mi consejo debo advertirte que permanezcas fuera de nuestra galaxia por completo, o acaso también desaparezcas.

Alrededor de la mesa de los Hevians se hizo un completo y largo silencio. Al fin Miramon dijo:

—Esto nos deja muy poco para nosotros. Acaso no hay respuesta, como hemos sospechado tantas veces. O acaso sean los dioses que nos han vuelto otra vez aquí para aprender un río de sabiduría que necesitamos.

—Lo sabremos pronto —dijo Retma tranquilamente—. Si en aquel momento puede haber el tiempo suficiente para saber algo; o Juego pudiera quedar el tiempo suficiente para recordarlo.

—Probablemente no os podré advertir de nada, puesto que no tengo ni la más mínima idea de lo que estáis hablando —dijo Amalfi, impresionado a pesar suyo del tono terriblemente serio como los Hevians hablaban—. ¿Cuál es este descubrimiento del que estáis hablando? ¿Por qué habéis vuelto? ¿Cuál es el futuro que parece que habéis soñado?

—Nada menos —dijo tranquilamente Retma— que la inminente llegada del final de los tiempos.

Por un rato, después de que le hubieran explicado, Amalfi no podía creer lo que los Hevians le decían y pensaba que sería consecuencia de muchas supersticiones como las que abrigaba él o distintos pequeños planetas que los Okies habían encontrado años atrás. El que el tiempo tendría que tener un fin era algo que ni en los más remotos tiempos había cruzado seriamente por la

mente de Amalfi. Aún después de las claras explicaciones que Miramon y los Hevians le habían contado de lo que descubrieron en las profundidades, explicaciones que la propia gente de Amalfi —y entre ellos el Dr. Scholss y su grupo— podían documentar, él continuaba incapacitado para hacer algo que dejarlo a sus propias manos.

Así lo dijo en una conferencia celebrada en la nave con Miramon, Retma, Dr. Schloss, Carrel, y por medio del Dirac el mismo Jake y el Dr. Grifford Bonner, el último jefe del grupo de filósofos de Nueva Tierra con los que Hazlenton se había juntado recientemente, llamado los Stochastica. "Si lo que vosotros decís es cierto", dijo, "no podemos hacer nada". El tiempo llega a su fin, y esto es imposible de evitar. Pero el fin del mundo ha sido predecido infinidad de veces en el pasado; recordad la historia y sin embargo, continuamos vivos; no puedo dar crédito al enorme proceso de que toda la tierra y el universo desaparezcan así, como en un parpadeo, y como es así, que no puedo creerlo, pienso actuar como hasta ahora he hecho. No puedo ver cómo los demás son incapaces.

—¡Amalfi, tienes razón! ¡No lo comprendes—dijo el Dr. Scholss—. Desde luego que el fin del universo ha sido predecido anteriormente infinidad de veces. Este es uno de los razonamientos que todo filósofo debe hacerse: o bien, llegas a la conclusión de que el universo tiene que llegar a un fin, o bien concluyes pensando que este universo carece de él. Además hay una serie de teorías intermedias que puedes adivinar, como las del círculo, pero al fin todas tienen que llegar a un punto de partida. Si decides que la vida tiene un tiempo limitado, se tiene que llegar a la conclusión con una serie de datos de cuando esto puede suceder. Nosotros estamos de acuerdo en que el universo tiene que llegar a un fin, así que sólo podemos discutir sobre la fecha más o menos inmediata para fijar el final. Y tarde o temprano podremos llegar al momento en que podamos fijar esta fecha. Los Hevians, nos han traído suficientes documentos para fijarlo; así que la fecha está señalada, sin necesidad de mayores y ulteriores discusiones. Si tenemos que hablar de esta materia inteligentemente, se ha fijado el hecho con el que empieza la desintegración. No es una discusión abierta. Es un hecho.

—Creo —dijo Amalfi, con voz metálica— que vosotros lo lleváis todo de la forma menos sana. Tendríais que oír a los Padres de la Ciudad sobre este objeto, como yo he hecho; si quieres te puedo poner en comunicación Dirac con ellos desde esta misma nave, y podrás escuchar algunos argumentos y datos anteriores a los primeros vuelos; nuestra ciudad es muy vieja. Tendrías que oír particularmente las historias acerca del final del universo, que emergen inevitablemente como una planta, cada vez que uno se mete en la cabeza la creencia que tiene una línea directa hasta Almighty. Algunas de estas historias no son otra cosa que bromas, como las que hablaban del final del universo, hechas por un hombre llamado Voliva, que sabía que la tierra era plana; o las hechas por Armagedon que vino repetidas veces a formar una selección de Terrestres llamados los Creyentes, que se levantó y atrajo toda la atención de

la Tierra durante las décadas que empezamos a conocer el Anti-agático. Pero una inteligencia no te predispone a caer en esta clase de locuras; siete centurias antes de la época espacial en la Tierra, un gran científico de aquel tiempo, un hombre llamado Bacon, predijo la inminente llegada del Anti-Cristo, simplemente porque no pudo persuadir a sus contemporáneos a que adoptaran un método científico, que él había inventado. Mucho más tarde, debo añadir, sólo una década antes de la época espacial de la Tierra, todas las mejores mentes vieron que no había futuro para la raza humana y se metieron en una guerra nuclear que podía hacerlos desaparecer en menos de veinte minutos. En esto, el Dr. Scholss tenía razón; su mundo podía perfectamente terminar en un espacio comprendido entre estos veinte minutos; las posibilidades físicas estaban allí, pero alguien se las arregló para alargarlas hasta la época espacial, y pudieron producir luz con sólo tocar un botón.

Miró alrededor y vio las caras de los hombres que estaban aposentados alrededor de la mesa de la nave. Muy pocos quisieron responderle la mirada; la mayoría de ellos miraban detenidamente a la mesa o a sus propis manos. Sus expresiones eran las de aquellos hombres que habían estado escuchando un plan de crímenes a gran escala, lleno de insanidad.

—Amalfi —dijo bruscamente y de repente la voz de Jake por el Dirac— ha pasado el tiempo de los forenses. Esta cuestión no tiene dos lados, a no ser el recto y el equivocado, y nos estás demostrando que puedes ser un gran abogado del lado malo. Has hecho siempre lo mejor que has podido, pero desde que los que estamos con la razón no necesitamos un abogado, no haces otra cosa que perder tiempo y cansarte. Deja que pregunte al resto de esta conferencia: ¿Qué debemos hacer ahora? ¿No hay, como parece que llega la conclusión de los Hevians, nada a hacer? Me inclino a ponerlo en duda.

—Yo también —dijo el Dr. Scholss, a pesar que sus maneras no demostraban ninguna conclusión; parecía tan interesado como nunca lo había visto Amalfi en su vida—. Para las criaturas temporales, el querer sobrevivir el resto del tiempo y su fin parece igual pomo el pez, el querer vivir fuera de su ambiente, en pleno sol. La paradoja es inmediata, en la superficie, el fin es imposible de eludir.

—Ningún problema técnico es tan insoluble —dijo Amalfi lleno de exasperación—. Miramon, si puedes excusarme de que llegue a tal conclusión, y, en realidad no me importa el que me excuses, te diré que creo que padeces el mismo síndrome que el Dr. Freeman y el Dr. Scholss. Te has vuelto viejo antes de serlo. Has perdido todo sentimiento de aventura.

—No completamente —respondió Miramon mirándole con gravedad y algo dolido en su interior—. Nosotros, al menos, no estamos convencidos de que no hay ninguna respuesta; si no la encontramos aquí, tenemos la esperanza de continuar viajando hasta encontrar a alguien que nos pueda dar la solución que esperamos. Si vosotros no podéis dárnosla, continuaremos buscándola hasta el final y la encontraremos por nuestros propis medios.

—Bien, por ti —dijo Amalfi, con fiereza—. Y por Dios, que pienso ir

contigo. Realmente no podemos volver a entrar en nuestra galaxia, pero la más próxima es la NGC6822, que está a un millón de años luz de aquí... para ti, es sólo una esperanza. Y al menos estaremos en un medio; no podemos permanecer sentados aquí con las manos cruzadas esperando que llegue el desagradable momento.

—Esto no debe hacerse sin propósito alguno —dijo Miramon solemnemente—, Creo contigo que pueda resultar peligroso y a la vez estúpido el arriesgarnos esperando un riesgo con Web de Hércules, sea lo que fuere; pero no puedo ver otra mejor conclusión que el cruzar de una galaxia a la otra solamente con la simple esperanza de encontrar una más elevada civilización que nos pueda ayudar y con nosotros, al resto del universo. Tenemos esta esperanza, pero a la vez ésta no puede ser la meta de nuestro viaje; nuestro último destino debe estar en el centro de la metagalaxia, el centro de todas las galaxias del espaciotiempo. Es sólo allí, donde todas las fuerzas del universo permanecen en continua balanza, que uno pueda esperar el tomar una acción para modificar o escapar al final que se avecina. Después de todo no nos queda demasiado tiempo antes de este final. Y por encima de todo, debo decir, Mayor Amalfi, que no es un simple problema técnico. Es un final que ha sido escrito dentro de la fundamental estructura del universo, escrito desde un principio del tiempo por unas manos que no conocemos; todo lo que ahora podemos saber es que realmente no andaba equivocado y que nos conducía a todos al mismo fin.

Y de esta conclusión, de la cual Amalfi estaba completamente separado en cuerpo y alma y contra la cual quería luchar, no había posibilidad de escape. En su concepción, el universo había sido lo suficientemente confortable para vivir, desde una teoría atómica, que ofrecía la seguridad de todo, aire, tierra, fuego o agua, hierro y naranja, hombre o estrella, que se convertían en unos pequeños y microscópicos seres llamados neutrones, electrones y protones, que todos juntos construían un mundo perfectamente organizado. El punto clave era el átomo de hidrógeno, un protón aposentado, cambiando positivamente, mientras que un electrón negativo lo circundaba y aseguraba en su estructura. Este era el caso más simple; pero uno estaba seguro que los más complicados, como el de Plutón, consistía esencialmente en lo mismo, sólo se necesitaba añadir más partículas al sistema principal; era difícil algunas veces el distinguir uno del otro.

El primer augurio de que había algo que no funcionaba en el sub-microscopio y la tranquilidad universal, apareció, como todos los augurios en el cielo. Volviendo a la Tierra, cerca de media centuria antes de la aparición del espacio, algún astrónomo, cuyo nombre se ha borrado, estaba completamente seguro de que dos o tres millones de meteoros que habían entrado dentro de la atmósfera terrestre, exploraban diariamente a gran altura y con una violencia que no se podía contar dentro de la órbita y su velocidad; y en uno de aquellos grandes trabajos, él había soñado sobre algo que lo llamó

contra-terrestre materia, una materia hecha de fuego con forro de gato que era circundado por gatos en llamas: materia en la cual el hidrógeno fundamental tendría un núcleo que sería un anti-protón, con la masa de un protón pero cargando una carga negativa, alrededor del cual tendría en órbita un anti-electrón, con la indescifrable carga de un electrón, pero positivo. Un meteoro de átomos construidos bajo este modelo, pensó, explotaría con una especial violencia al primer contacto con la atmósfera que rodeaba la Tierra; y tales meteoros sugerían que en alguna parte del universo existían planetas enteros, soles enteros, completas galaxias compuestas de tales materias, cuyo simple contacto traería la muerte, o más que ella: la completa inhalación, cada materia convirtiendo a la otra en una gran llama.

Curiosamente, los meteoros contra-terrestres murieron en su teoría poco después, cuando la teoría en sí misma subsistió. Los meteoros explotados fueron explicados en otros términos, más convencionales, pero la anti-materia sobrevivió, y por los años medios de la Centuria Veinte, unos físicos especialistas, llegaron a construir unos pocos átomos. Estos curiosos átomos mostraron que no eran viables fuera de unos pocos millones de un micro-segundo, y al poco se hizo bien patente que a pesar de su corta vida, continuaban marcha atrás. Las partículas con las que estaban hechas habían nacido, en aquellas épocas, algunos micro-segundos en el futuro, y su reunión con los átomos anti-materia, en el momento que sus observadores lo experimentaron, fue de hecho su muerte. Obviamente la anti-materia no sólo era teóricamente imposible, sino que realmente podía existir; pero no podía existir en este universo en nada tan grande como un meteorito; si hubieran mundos y galaxias hechas de anti-materia, tendría que existir de forma completamente y continuamente separada. Tan continuo requeriría al menos cuatro dimensiones, como mínimo, extras, para contrarrestar las ya cuatro convencionales de nuestras experiencias.

Como el universo de una materia normal se extendía, la continua marcha lleva inevitablemente a una gran temperatura, algo imposible de ser sospechado por el hombre, por lo tanto un universo tan vasto como aquel, un duplicado hacía contradicción, acercando la suprema concentración de masa y energía llamada monobloc como una completa dispersión, la oscuridad y el silencio era el destino del universo, así que el universo anti-materia el final era masa detrás de masa, energía detrás de energía, en un poder no mayor de la órbita de Saturno. Y fuera de un universo puede venir otro; en un universo normal el monobloc será el principio, pero en un universo anti-materia será el fin. En un universo normal el monobloc es intolerable y debe de tener una explosión como consecuencia; en universo negativo, el calor es intolerable y debe de explotar condensándose. En ambos casos el imperio es: Dejemos la luz.

Lo que el visible y tangible universo había sido antes de ser monobloc era desconocido. El clásico dogma había sido hecho muchas centurias antes por San Agustín, el cual, cuando se preguntó lo que Dios había hecho antes de que

creara el universo, replicó que había creado un infierno para las personas que se hicieran tal pregunta. Aquel tiempo preAgustín, era algo que un historiador podía conocer y creer, pero para un físico no decía nada.

Hasta ahora, si los Hevians tenían razón, habían levantado una cortina un poco más lejos y habían conseguido cazar alguna luz de lo desconocido.

Si lo hubieran mirado cara a cara no podría resultar más fatal.

Durante el curso de su movimiento hacia la galaxia de Andrómeda, los Hevians descubrieron que su atmósfera empezaba a calentarse. Ciertamente corrieron con una nueva máquina proyectil, y no una de las que había vuelto a reconstruir después de su compañía con los Okies. Era un nuevo problema aunque pudiera ser efecto de la nueva máquina que corría salvajemente, luego cerraron el proyector mientras se hacían las pertinentes reparaciones, dejando sólo detrás un 0,02 por ciento de fuerza necesaria para proteger la atmósfera del planeta y su calor.

Y fue aquí y allí, en los silencios de los espacios intergalácticos, cuando sus instrumentos detectaron por primera vez en la historia humana los susurros de la continua creación; los diminutos ping de los nuevos átomos de hidrógeno empezaban a nacer, uno detrás del otro, saliendo de la nada.

Esto hubiera sido por sí mismo una soberbia experiencia para cualquier hombre, aún para uno que dejara la historia de las preocupaciones de los Hevians con preguntas más o menos religiosas. Nadie podía imaginarse la visión del nacimiento de la materia de la cual estaba el mundo hecho, fuera de que se pudiera demostrar, sin llegar a la conclusión de que había un escondido Creador, y que El debería estar muy cerca de donde se producía tal trabajo. Aquella serie de objeciones de los Hevians parecían no dejar espacio dentro de los largos argumentos de la cosmología para ninguna teoría cíclica del Universo, ningún continuo y eterno sístole y diástole desde el monobloc hasta la gran temperatura y otra vez de ésta al primero. Aquí había una creación en proceso: el invisible Dedo tocaba la nada y la nada se convertía en algo; la última absurda, la cual porque era un ultimátum, no podía ser otra cosa que divina.

Aún los mismos Hevians estaban lo suficientemente sofisticados para mostrarse sospechosos. Históricamente, los fundamentales descubrimientos eran completamente ambiguos; este descubrimiento, que de cara parecía probar una simple contestación a 25.000 años de teología especulativa, y de hecho volver a poner a Dios como el ser primero, no podía ser tan simple como parecía. No había ganado tan sencillamente; demasiadas cosas se implican a la continua existencia creativa de Dios, para demostrar que su existencia pueda ser comprobada por hechos tan sencillos como un simple dato físico, y esto en realidad puede ser probado y descrito como un accidente ordinario.

Gifford Bonner algo más tarde recalcó que había sido algo afortunado que tales descubrimientos de la continua creación de los pequeños átomos, fuera hecho por un pueblo como el de los Hevians, que si bien actualmente tenían

un cierto grado dentro de la ciencia, no por ellos dejaban de ser en algún sentido el antiguo pueblo lleno de creencias y de búsquedas teológicas. El típico hombre Terrestre de finales del Tercer Milenio, con todas sus pruebas y argumentos filosóficos, con una mesura extremada de los sentimientos comprendió que aquellos podían hacer de un dato más o menos valuable una total teoría y afirmó que el dejarse llevar por la mística era igual como el sueño de un fakir sobre un lecho de agujas.

Los Hevians se mostraban sospechosos; empezaron a preguntarse primeramente sobre el sujeto y lo que éste decía era la palabra. La teología podía esperar. Si la creación continua era un hecho, entonces implicaba que no debería haber sido un monobloc en la historia del Universo, o que debería haber sido el calor de la muerte; sin embargo, siempre continuaría así, sin fin. Por otra parte, si este descubrimiento era fundamentalmente tan ambiguo como otros descubrimientos anteriores, esto traería e implicaría todo lo contrario; preguntemos a esta pregunta y veamos lo que responde.

Tomando un extremado cuidado con aquellas máquinas que aún no les eran demasiado familiares y con la precaria vida de su propio planeta, los Hevians se concentraron para escuchar más intensamente.

En aquel terrible silencio, el indefinido susurro de la continua creación comprobó tener dos voces. Cada sonido parecía estar fundido en dos notas a dúo. Cuando cada átomo de hidrógeno saltaba y aparecía como un nuevo ser desde alguna parte tangible del universo de la experiencia, un siniestro, un átomo de hidrógeno de anti-materia, aparecía entonces en aquel instante para morir, desde... ninguna parte.

Y allí estaba. Aún lo que parecía ser fundamental, irrefutable prueba de una continua creación podía ser tomada con evidencia por un círculo cosmológico. Por una parte, para los Hevians, aquello resultaba satisfactorio. Aquel simple dato, fue además suficiente en sí mismo para admitir la existencia de un entero segundo mundo anti-materia, congruente punto a punto con el universo de la experiencia de materia normal, pero a la vez de distinto signo. Lo que parecía ser el nacimiento del átomo de hidrógeno anti-materia, simultáneamente con el nacimiento de un átomo de hidrógeno normal, era en la actualidad su muerte. No había duda de que el tiempo volvía otra vez al universo anti-materia.

El concepto, desde luego, era muy viejo, tan viejo, de hecho que Amalfí le costó recordar cuando en vida aquello había sido tan familiar, cómo lo olvidó completamente. Aquel descubrimiento aquí con los Hevians le conmovió hasta exasperarlo por el anacronismo, calculando sólo el camino para trabajar como hombre práctico. Se sentía desdeñoso ante la noción de un universo que su negativo podía operar como principio; bajo tales circunstancias, la causa y el efecto no pertenecían, en aquel universo, asociadamente; la energía se podía acumular, los hechos saldrían por sí mismos, el agua correría sin curso, el viejo hombre saldrá a una nueva existencia fuera del aire y del alma.

—Esto es lo que sucede cada vez —dijo gentilmente el Dr. Gifford Bonner

—. Pero actualmente, empiezo a dudar de que esto sea una paradoja, Amalfi. Ambos de estos universos pueden ser vistos como una continua baja, como una continua falta de energía a cada transacción. El hecho que desde nuestro punto de vista el mundo anti-materia vaya ganando energía es una simple manera de ver las cosas como hemos estado obligados. Actualmente estos dos universos probablemente no ganan nada en las dos direcciones. A pesar de que nos parece que se dirigen a dos direcciones opuestas, posiblemente los dos van de capa caída. Si lo que os preocupa es la dinámica, pensad que los dos son de cuatro dimensiones y desde este punto de vista los dos son estáticos.

—Lo que nos lleva a la cuestión crucial de la continuidad —dijo Jake alegremente—. El punto está en que estas dos cuatro dimensiones están en íntima relación, como los Hevians observaron llanamente; lo cual supone que al menos debemos admitir dieciséis dimensiones que comprenden en conjunto del sistema. Lo cual no es demasiado sorprendente en sí mismo; al menos se necesitan este número para acomodar el núcleo atómico en todo su complejo. Lo que es sorprendente es que los dos se aproximen continuamente el uno al otro; estoy de acuerdo con Miramon que las observaciones que han hecho su gente pueden ser interpretadas de alguna otra forma; de momento, teniendo en cuenta que la gravitación en los dos universos es opuesta de signo, parece que los tenemos que mirar aparte, pero la repulsión o presión, como queráis llamarla está obviamente, debilitándose. Alguna vez en el futuro, en un próximo futuro, esto terminará en cero, entonces llegaremos al Pitagórico punto a punto colisión entre los dos universos en uno...

—...y es difícil de imaginar cómo cualquier pieza física, aún las que contiene dieciséis dimensiones, pueda contener la energía que va a ser liberada —dijo el Dr. Scholss—. El monobloc aún no está en el movimiento; si alguna vez existió, fue solamente un juego artificial en comparación.

—Traslación —dijo Carrel.

—Es perfectamente posible que una cosmología racional pueda acomodar a los tres —prosiguió Grifford Bonner—. Quiero decir entre el monobloc, el cálido y esta tercera cosa... este hecho que parece caer entre los otros dos. Curioso. Hay una serie de mitos en la antigua filosofía que permite un tal rompimiento o discontinuidad en la mitad de la existencia; Giordano Bruno, el primer relativista de la Tierra, lo llamó el período de la Indestrucción, y un compatriota suyo, Vico, permitía esto en lo que probablemente sería el primer ciclo teórico de la ordinaria historia humana; y en la mitología escandinava éste era llamado Ginnangu-Gap. Pero me pregunto, doctor Scholss, si la destrucción va a suceder completamente como usted sugiere. Yo no soy un físico, debo de confesarlo, pero me parece que si estos dos universos están completamente opuestos punto a punto como todos los de este grupo, parecen dispuestos a predecir, entonces, el resultado no puede solamente dar una transformación general basada en los dos lados dentro de la energía. Será energía transformada en materia, también, en larga escala, después de la cual,

la gran presión de la gravedad será otra vez reconstruida y los dos universos, habiendo pasado uno por el otro, y cambiando puestos, empezaron a separarse una vez más. ¿O acaso me he dejado algo crucial?

—No estoy seguro de que este argumento sea tan elegante como parece a la superficie —dijo Retma—. Esto espera el análisis matemático del doctor Schloss, desde luego; pero por el momento, no puedo hacer otra cosa que preguntarme porqué, por ejemplo, si esta simultánea creación-destrucción-indestrucción ciclo es realmente cíclico, debe de aparecer ornamentado por esta continua creación. Una maquinaria de la creación que envuelve nada menos que tres cataclismos universales en cada ciclo no debería ser probada por una continua gotera: o bien el uno es demasiado grandioso, o bien el otro es suficiente. Por otro lado la continua creación implica un estado fijo, lo que es irreconocible.

—No sé nada acerca de eso —dijo Jake—. No parece nada que pueda ser sostenido por las transformaciones de Milne; probablemente es como un reloj de función.

—Definido, como he dicho, como una expresión matemática de no más tamaño que el de una botella de aspirina —dijo Carrel, lamentándose.

—Bien, hay una cosa de la que estoy completamente seguro —añadió Amalfi—. Y es que ningún condenado desgraciado va a permanecer preguntándose y tomándose el cuidado de saber exactamente los resultados una vez que la colisión haya acontecido. Al menos los que estamos aquí. ¿Hay algo que podamos hacer mientras esperamos o será mejor que pasemos el tiempo jugando al póker?

—Esto —dijo Miramon—, es exactamente lo que menos sabemos. De hecho parece que no sabemos nada y no lo sabremos nunca.

—Míster Miramon... —Web Hazleton, habló desde una sombra y luego se paró. Obviamente se le había dicho que no interrumpiera mientras ellos discutieran, pero era completamente comprensible para Amalfi, como para el resto que no había nada que interrumpir; su voz se había quebrado en desesperación.

—Continúa, Web —dijo Amalfi.

—Bien, sólo es que estaba pensando. Míster Miramon vino aquí buscando a alguien que pudiera ayudarle en lo que él no sabía hacer por sí mismo. Ahora él piensa que tampoco nosotros sabemos cómo hacerlo. ¿Pero qué era ello?

—Dijo que él no lo sabía —respondió Amalfi, gentilmente.

—Esto no es lo que yo quiero decir —dijo dudando Web—. Lo que quiero decir es, ¿qué le gustaría a él hacer aunque no sabe cómo hacerlo? ¿Aún si ello fuera posible?

La voz de Bonner emitió un extraño ruido.

—Esto es verdad —dijo— el final determina el significado. Como una gallina, es un huevo producido para producir otro. ¿Es así, nieto de Hazleton? Buen muchacho, Web.

—Hay una serie de buenos experimentos que se deberían trabajar, si al menos supiéramos cómo empezar —admitió Miramon, pensativo—. Primero de todo, tendríamos que tener una fecha más o menos aproximada a la catástrofe de la que tenemos. El futuro cercano es un bloque enorme de tiempo bajo las condiciones actuales, casi tan posible de alargar como una tangente; necesitaríamos poder medirlo por una milésima de segundo. Aplaudo el sentido común del joven terrestre, pero rehúso preguntar más; aunque parezca un caso desesperado.

—¿Por qué? —dijo Amalfi—. ¡Por qué quieres calcular esto? Si me das la lata, los Padres de la Ciudad harán los demás cálculos. Cuando los parámetros están llenos pueden hacer cualquier cálculo y por lo que conozco en un millar de años, nunca se han equivocado, y pueden realizarlo en tres o cuatro minutos; nunca han tardado más de un día.

—Recuerdo a tus Padres de la Ciudad — dijo Miramon con una pequeña ironía manifiesta por la elevación de las cejas, lo que acaso demostraba un pequeño resquicio de temor a las cosas de la ciudad—. Pero el parámetro que se debe llenar, debe de serlo con tal precisión como el nivel de energía de los otros universos.

—¡Cómo!, esto no va a ser demasiado difícil —dijo el doctor Schloss—. Esto no puede ser más que una transformación de la energía de nuestro propio universo. El mayor tiene razón, los Padres de la Ciudad pueden darnos un resultado antes de que tú puedas terminar con el problema. El T-tau transformadores pueden ser fundamentalmente rápidos como la luz del espacio... me sorprende que bayas podido ir continuando sin ellos.

—No tanto —dijo Jake—. No pongo en duda que el T-tau son congruentes en ambos lados de la barrera, no lo dudo ni por un segundo, pero recordar que estamos trabajando dieciséis dimensiones; ¿en qué eje vas a poner la congruencia? ¿Vas a asumir que el T-tiempo y el T-tau-tiempo se aplicará uniformemente y transformable a lo largo de los dieciséis ejes? No puedes hacer eso a menos que quieras envolver el universo y el sistema total en este doble, que el t-tiempo envuelve un monobloc para el aparato, esto no tiene razón de ser... Al menos para nosotros no nos sirve, en el tiempo que nos queda; vamos a perder nuestros días buscando unas diferencias ínfimas, cuestión de decimales. Puedes emprender a los Padres de la Ciudad para que nos den un resultado final en Pi.

—Empiezo a corregir —dijo el Dr. Schloss en un tono embarazado y de triste humor—. Tienes razón Miramon; hay una discontinuidad aquí que no podemos leer en teoría. ¡Qué inelegante!

—La elegancia puede esperar —dijo Amalfi—. Mientras tanto, ¿por qué es totalmente imposible conseguir una energía de nivel leída por el otro lado? Doctor Schloss, en tu grupo hablaban de sus esperanzas en construir un artefacto anti-materia. ¿Podríamos usar tal cosa como un arma arrojadiza exploratoria hasta el otro lado?

—No —dijo el doctor Schloss, rápidamente—. Olvidas que tal objeto no

puede hallarse en ambos lados... estará en el nuestro. Nosotros deberemos trabajar alguna otra manera para un futuro experimento; cuando nos sea posible ver esto, en el presente del experimento, ya estaría en estado de decadencia, para decirlo así, envolvería solamente en el estado en que nos encontramos envueltos. No conseguiríamos saber nada más que como la anti-materia trabaja en nuestros campos, en nuestro universo; no nos diría nada de los universos en que la anti-materia es normal en sí.

Después de unos momentos de pausa, continuó pensativo.

—Y, además, por otro lado es un proyecto difícil de realizar en menos de una centuria, en realidad estoy bastante inclinado en decir que antes de dos. Bajo tales circunstancias, me decido mejor a que matemos el tiempo jugando al póker.

—Bien, yo no —dijo repentina e insospechadamente Jake—. Creo que Amalfi tiene razón en un principio. Aunque el problema es completamente difícil, debe de haber alguna prueba que se extienda por la discontinuidad. Indudable, el artefacto anti-materia no es el necesario para aproximarnos; la cosa debe ser completamente inmaterial una construcción hecha enteramente fuera de lo que las manos del hombre pueda coger. Creo que no debemos ponerlo como un problema insoluble. Schloss, ¿qué piensa de ello? Si tú y tu grupo deseáis dejar el artefacto anti-materia por el póker, ¿querrías trabajar conmigo mientras? Necesito tus conocimientos, pero tú también necesitas mi punto de vista; entre los dos, acaso podamos mandar el mensaje. Como tú, Miramon, no tengo demasiadas esperanzas, pero...

—Tienes las esperanzas que sostienes —cortó Miramon con los ojos brillantes—. Ahora escucho de tus labios lo que esperaba escuchar. Esta es lo voz de la Tierra en mi memoria. Te daremos todo lo que podamos si está en nuestras manos; para empezar te daremos nuestro planeta; pero el universo, los dos mellizos universos, el incomprensible meta-universo, lo debes tomar por ti mismo. Te recuerdo ahora; nunca has tenido demasiada ambición —su voz se tornó opaca repentinamente—. Y nosotros seremos tus discípulos; esto también lo hemos sido siempre. Empieza, esto es todo lo que pedimos.

Amalfi miró alrededor de la mesa. El agradecimiento sólo lo podía expresar con el silencio.

—Creo —dijo despacio— que ya hemos empezado.

CAPITULO IV

Hacía mucho calor en la colina Hevian a la luz del mediodía de la Gran Cebeo, sobre el cual el planeta estaba en órbita a una respetable distancia de treinta y cinco unidades astronómicas, correspondiente a treinta y cinco veces la distancia de la Tierra al Sol. A esta distancia la estrella, que tenía una magnitud absoluta, era simplemente tolerable a la cima de su octavo día de círculo; al fondo del círculo, cuando la radiación de la estrella había bajado por un factor de veinticinco, se hizo el suficiente frío en El... se encontraban lejos de una situación ideal para el agricultor planeta, pero los Hevians no pensaban permanecer en su vecindad mientras la estación creciera.

Web y Estelle estaban echados sobre la hierba a lo largo de la colina. Web se encontraba muy alegre y optimista. Aquella mañana había empezado una completa exploración de Farb-Suithe, el mayor monumento de El en su pasado y el centro de su pura filosofía en su presente; hasta halló cuál fue el lugar que encontraron en El que les fuera posible y permitido explorar por sí mismo, tanto por los adultos Hevians como ellos mismos. Aquella mañana, sin embargo, su libertad había sufrido una inesperada, pero lógica consecuencia: habían descubierto que Farb-Suithe era, además, una de las pocas ciudades de El donde los chiquillos Hevians se encontraban libres para moverse. Por todas partes se encontraban infinidad de máquinas vitales para la vida en el planeta. Los Hevians no podían afrontar que sus chiquillos se perdieran en el trabajo, porque de hecho no podían afrontar el perder una simple vida en su planeta.

Web y Estelle se habían vestido como los Hevians al momento que se les había dicho que podían exploran la ciudad, a pesar de lo cual fueron reconocidos por los jóvenes Hevians, puesto que hablaban su lengua muy rudimentariamente. Esta diferencia de lenguaje fue al principio una dificultad —en realidad los Hevians adultos hablaban en una mezcla de Inglés, Ruso y Enter-lengua que habían aprendido años atrás entre los Okies, pero ninguno de los muchachos la conocía— pero más tarde fue además un aliciente, porque les empezaron a preguntar su propia cultura, mundo y conocimientos. Al poco tiempo se encontraron envueltos en una especie de trampa llamada Matrix, un juego tridimensional, que se jugaba en un edificio de veinte espacios separados con suelos transparentes, de tal forma que uno podía ver siempre la posición de los otros jugadores, y que consistía en un rápido cambio entre los distintos pisos. Web se dio cuenta de que el edificio había sido intencionadamente construido para este juego, o bien, que había sido después de construido dejado y abandonado para él, porque el suelo era muy resbaladizo y no parecía contener nada usable para otro propósito.

En un principio, Web encontró el juego agotador, de tal forma que fue el primer jugador eliminado. Había una serie de cambios bruscos en las reglas. Estelle, por otro lado, tomó el Matrix como si hubiera nacido y criado en él y al cabo de media hora consiguió competir animadamente con los otros

muchachos acostumbrados al juego. Su delicada y alta figura se movía con gracia. Cuando fueron llamados para el almuerzo, Web se sintió liberado de su amor propio como del poder volver a la ciudad.

—Son agradables, me gustan —dijo Estelle, levantando el codo para atacar a un verde-plateado melón que un muchacho Hevian le había dado, aparentemente como premio. Al primer mordisco, el aire todo quedó impregnado de un delicioso aroma; Estelle lo devoró en cinco veces. Pero al momento se echó a estornudar. Web no pudo contener la risa. Poco después, también él empezó a estornudar.

—Nos aman —dijo secándose las lágrimas—. Eres tan buena en este juego, que te han dado esto para mantenerte alejada en un futuro.

El olor fue desapareciendo poco a poco. No pasó nada más. El olor se tornó tolerable; Estelle le tendió la mitad del melón que no había tomado. E resultado le hizo cerrar los ojos; gustaba a música helada.

Terminaron en un silencio reverente, y una vez se secaron los labios, se echaron al suelo. Poco después, Estelle dijo:

—Desearía que pudiéramos hablarles mejor.

—Miramon puede hablar con nosotros lo suficientemente bien —respondió Web soñoliento—. No tuvo que aprender nuestra lengua de la manera más difícil. Lo hacen con una máquina, como nosotros lo hacíamos cuando éramos Okies. Desearía que continuáramos de aquella manera.

—¿Hipnopaedia? —dijo Estelle—. Pero creí que ya estaba muerto. Realmente no se puede aprender nada de esta forma; sólo hechos.

—Esto es, sólo hechos. No enseña a relacionar. Para esto debes tomar un tutor. Pero era bueno para aprender cosas como 1x1:10 o las tablas detrás del libro o las 850 palabras que uno debe necesitar para aprender un nuevo lenguaje. Sólo necesitas quinientas horas para metértelo todo en la cabeza, por medio de EEG, repetición oral y no sé qué otras cosas más... durante todo el tiempo estás hipnotizado.

—Suena demasiado fácil —dijo Estelle medio dormida.

—Las cosas fáciles, en sus partes más fáciles lo son —respondió Web—. ¿Por qué aprenderlas difícilmente? Tú sabes qué cosas que puedes aprender en diez repeticiones, o cinco, para otros les lleva treinta. Así que necesitas estar presente en veinte o veinticinco repeticiones que no te hacían ninguna falta. Si algo odio en la escuela, es el tiempo que hemos perdido, cuando por entonces podíamos hacer algo.

De repente Web se volvió consciente de algo peculiar que procedía de la punta de la montaña en que se encontraban. Sabía perfectamente bien que no había ningún animal en El, pero se dio cuenta de que había oído este ruido durante largo rato mientras hablaba; pensó que la noción de un animal peligroso acaso no era la misma que tenían de ellos, los Hevians. Fuera lo que fuera podía esperar; podía usar algo, algún artefacto. Se dobló rápidamente con sus manos y rodillas.

—No seas tonto —dijo Estelle sin ni tan sólo moverse un apéndice o abrir

los ojos—. Es Ernest.

El svengali apareció en la cima de la colina y atravesó la alta hierba con una sinfonía de completa desorganización. Casi ni se dignó mirar a Web y se aproximó a Estelle como un animal dañado, pero a la vez firme. Web se contuvo de reir, por el hecho de que podía maldecir a la pobre criatura; desde que no tenía cerebro, como tampoco sexo, a pesar de su nombre, le era mejor continuar con Estelle que unirse a aquellos que emprendían nuevamente el famoso juego de Matrix, una disciplina completamente equipada. Tuvo suerte de que los muchachos ni tan sólo le contaran cómo un jugador, o el pobre Ernest también entraría al final del tiempo, pensó Web.

—Podríamos empezar aquí —dijo Web de repente.

—¿Aquí? ¿Quieres decir Hipnopaedia? Tu abuela no lo querría.

Web se volvió y sentóse, mirando hacia la alta hierba y cogiendo un trozo entre sus dientes la mordió.

—Pero ella no está aquí —dijo.

—No, pero estará —dijo Estelle—. Y ella es una profesora de la Nueva Tierra. Creo recordar perfectamente cómo rivalizaba y discutía con mi padre cuando yo era una niña. Ella le decía que estaba fuera de su sano juicio. Acostumbraba a decir: "¿Por qué las criaturas necesitan todos estos cálculos e historia ahora? ¿Qué hará de bueno a alguien que debe marchar a un planeta virgen?"; por lo general hacía sentir a mi pobre padre la mar de confuso.

—Pero ella no está aquí —volvió a repetir Web con algo de exasperación. Se había dado cuenta de que Estelle con los ojos cerrados y frente a la luz blanca-azul de aquel largo día de verano, parecía mucho más encantadora y adorable que nunca, más de lo que había soñado y visto en su vida. Se encontró con que no podía continuar.

Al mismo tiempo el svengali se quedó quieto; se dio cuenta de que aquel continuo contemplar a Estelle no le hizo bien alguno. Una de las ramas del svengali se dobló contra el resto del melón y pasó al animal lo que quedaba del olor. Todo el resto de Ernest se alargó en aquel brazo y se movió. El chillido o más bien silbido de alarma fue algo que sorprendió a Web, pues nunca había oído a un svengali hacer ruido alguno.

—Allí va Ernest —dijo Web.

—Lo sé. Lo he oído. Es tan estúpido. Pero volverá. Tu abuela también vendrá. Una vez el Mayor, Miramon y el doctor Schloss decidan permanecer en El, debido al trabajo que deben realizar aquí, deben mandar una noticia a casa para que alguien cuide de nosotros. Ellos creen que no podemos cuidarnos solos. No querrán que vayamos corriendo de un lado a otro de este planeta sin compañía.

—Acaso no —respondió Web. Aprobó la proposición. Parecía sostener el agua—. ¿Pero por qué debe ser precisamente mi abuela?

—Bien, no será mi padre porque tiene que permanecer en Nueva Tierra y trabajar en ella una parte del trabajo que se está realizando aquí —dijo Estelle —. Y tampoco va a ser tu abuelo porque él debe permanecer en Nueva Tierra

ocupando el sitio de Amalfi, mientras éste permanezca trabajando aquí. No será mi madre, pues no tiene nada de científica o filósofa y se vería tan perdida en El, como nosotros mismos. Si van a traer a alguien hasta aquí, será a tu abuela.

—Eso creo —dijo Web—. Y nos va a fastidiar de lo lindo.

—Yo diría más —dijo Estelle, tranquilamente—. Nos querrá mandar a casa.

—¡No hará esto!

—Sí, lo hará. Esta es la manera como piensa. Se va a sentir muy práctica.

—Esto no es ser práctica —protestó Web— Es un engaño, esto es lo que es. No puede venir hasta aquí para cuidarnos en El, con la sola seguridad de volvernos a mandar a casa.

Estelle no replicó. Después de un momento, Web abrió los ojos dándose cuenta de que una sombra se había puesto delante suyo. El muchacho Hevian que había dado el melón a Estelle se encontraba delante suyo, indiferente, respetando su silencio, pero indudablemente, esperando renovar el juego cuando estuvieran a punto. Detrás suyo se veían las cabezas de otros muchachos hevianos, preguntándose qué hacían los extranjeros, pero esperando al otro a que empezaran la conversación.

—Hola —dijo Estelle sentándose.

—Hola —respondió como dudando el alto muchacho—. ¿Sí?

Por un momento pareció asustadizo; luego haciendo un esfuerzo se sentó a su lado y continuó hablando en las más simples palabras de Hevian.

—Estáis descansando, ¿eh? ¿Queréis jugar a otra cosa?

—No, por mi parte —respondió Web indignado—. Hemos jugado Matrix, y mañana puede que sea mejor. ¿Sí?

—No, no —dijo el muchacho Hevian—. Este es un juego más descansado. Puedes jugarlo sentado. Lo llamamos el yacente.

—¡Oh! ¿Cómo trabaja?

—Cada uno toma su turno. Cada uno cuenta una historia, pero debe ser real, aunque sin ninguna verdad en ella. Los otros jugadores son el jurado. Tú consigues un punto para cada cosa en la historia que sea verdad. El que tiene menos tantos, gana.

—He perdido cinco palabras claves por allí —dijo Estelle a Web—. ¿Puedes repetirlo?

Web se lo explicó rápidamente. A pesar de que la forma de hablar de los Hevianos era limitada en pasados, sus vocabularios se habían desenvuelto de tal forma que era completamente comprensible cuando hablaban despacio. Era posible que también él hubiese perdido cinco o seis palabras en el vocabulario del muchacho Hevian, pero había comprendido el significado de la explicación; Estelle, por lo visto, continuaba queriendo comprender y traducir palabra por palabra, en vez de tratar de comprender la idea general.

—Oh, ya entiendo —dijo Estelle—. ¿Pero cómo pueden coger una verdad por encima de otra? ¿Si en mi historia digo que el sol sale por la mañana y

que yo llevo esta ropa suya, quiere decir esto que cada vez voy a obtener un punto?

—Trataré de preguntárselo —contestó Web dudosamente—. No estoy seguro de que haya cogido todo el intríngulis de la cosa.

Preguntó al muchacho Hevian, encontrando que las respuestas parecían mucho más abstractas de lo que quería; por fin el muchacho, no sólo explicó otra vez el juego, sino que aún intercaló algunos ejemplos.

— El jurado decide —dijo el muchacho—, Pero hay una serie de reglas. Un vestido es sólo una pequeña verdad y solamente cuesta un punto. La salida del sol en un planeta como Nueva Tierra, es una ley natural y por eso te puede costar cincuenta. En un planeta como El, siendo sólo una verdad parcial, te puede costar diez. O acaso sea una completa mentira y entonces no te cuesta nada. Por eso tenemos el jurado.

Web tuvo que pensárselo primero para luego poder explicárselo a Estelle; por fin habían comprendido las reglas y el truco del juego. Para asegurarse pidió a los Hevians que empezaran, y así él y Estelle podrían verlo prácticamente. Además comprendieron la clase de mentiras que tenían más valor, y como jurado de jugadores castigaban las distintas verdades.

Las dos primeras historias le advirtieron que habían sido extremadamente cautelosos. AI final le pareció una cosa sencilla por la manera de expresarlo, y pensó que los Hevians eran una raza que carecía de imaginación. El tercer jugador, una muchacha que había estado esperando, impacientemente su turno, le asombró. Al momento empezó:

—Esta mañana he visto una carta, que la dirección era Cuatro. La carta tenía zapatos además de pies. Fue mandada por un botón, pero en realidad se paseó todo el camino. Aunque es cuatro por cuatro, es un tripli —se paró triunfante.

Hubo un corto silencio embarazoso.

—Esto no me suena a mentira —dijo Estelle a Web, en su propia lengua —. Me suena a acertijo.

—Esto no está bien —decía el jefe Hevian a la muchacha de nueve años—. No hemos explicado las reglas —se volvió hacia Web y Estelle—. Otra parte de la historia es el tratar de explicar una historia que sea enteramente real, pero que suene como una mentira. El jurado también te puede penar por mentir si te caza. Si no te caza, señal de que has explicado una perfecta verdad, que implica una perfecta mentira. Pero no ha sido bueno lo que ha hecho Pyla dando el golpe antes de que os dijera esto.

—Te desafío —dijo Web gravemente—. ¿Sucedió realmente esta mañana? Si fuera así, nosotros lo hubiéramos sabido; pero no nos hemos enterado.

—Esta mañana —contestó Pyla determinada a defender su juego ante la cara desaprobadora de los demás—. Vosotros no estábais allí. Vi como os marchabais.

—¿Cómo sabes esto? —dijo Web.

—Lo vi —contestó la muchacha. Luego señaló—. Os oí como hablabais

detrás de la colina.

Puesto que todas sus palabras fueron fácilmente comprensibles, ya no quedaba nada más para preguntar.

Web empezaba a sentirse poco civilizado con lo que respecta al sexo femenino, pero ofreció a Pyla una sonrisa cortés.

—En este caso —dijo formalmente— ganas. Te damos las gracias desde el fondo de nuestros corazones. Es una buena nueva.

No supo nunca cómo se había podido expresar en su mal Hevian; realmente no sabía lo que había dicho, pero Pyla se echó a llorar.

—Oh, oh, oh —chilló—. Este hubiera sido mi primer golpe. Pero me has dado, me has dado.

El jurado se había reunido. A los pocos minutos, Salvador, el jefe, cogió a Pyla gentilmente por la cabeza y le dijo:

—Al contrario, nuestro amigo Web, debe ser penado por mentir.

Sus ojos brillaban y ofreció a Estelle el brazo, al momento que ésta se levantó tambaleándose de la posición que había mantenido durante todo el rato que había durado el juego.

—La pena debe incluir además a tu amiga Estelle —añadió orgulloso—. Los dos debéis venir con nosotros, directamente a la ciudad y ser... —tomó otra posición—. Os pondremos a dormir por un rato.

—No —dijo Web—. Tenemos que marchar. Saltó sobre sus tacones.

—Por favor —dijo Salvador—. Nosotros no queremos haceros daño. Vosotros queréis aprender durmiendo. Nosotros podemos llevaros al maestro, ¿no es esto por lo que habéis preguntado esta mañana? Pyla tiene que ir dos horas esta tarde. Nosotros vamos a hacer que aprendáis el Hevian y así hablaremos.

—¿Pero cómo mentimos? —preguntó Estelle, con los ojos brillantes.

—Web dijo que eran buenas nuevas —respondió Salvador solemnemente — que su amiga Dee iba a venir. Dijo una mentira para salir cortés; esto cuesta cincuenta puntos.

Los dos muchachos de Nueva Tierra se miraron si uno al otro.

—Oh, gravedad —dijo Web de repente—. Vamos a hacerlo. Ya veremos a Dee lo suficientemente pronto.

Dee estaba furiosa.

—¿Qué diablos es as pensando, John? — preguntó—. ¿Cómo sabes que enseñan durmiendo aquí? ¿Cómo has dejado solos a los dos chiquillos por este planeta cuando estos salvajes les podían hacer cualquier cosa?

—Ellos no nos han hecho nada... —dijo Web.

—Ya sé lo que son. Yo estuve aquí la primera vez, cuando tú. Y creo que es un crimen dejar a estos salvajes que se aposenten de la mente de estas criaturas. O de cualquier mente civilizada.

—¿Cómo puedes reconocer a una mente civilizada? —preguntó Amalfi. Pero realmente sabía que hacía una pregunta absurda. Podía ver que

continuaba siendo la misma muchacha que encontró durante el trabajo Utopia-Gort, la misma mujer a la que había amado, la misma brillante figura humana que quería tener al lado al fin del tiempo. Pero en realidad ella se estaba volviendo vieja, y, ¿cómo decirle a una mujer vieja algo así? Para los Hevians y los chiquillos aquello de una aproximación al final del mundo era como una nueva experiencia, pero Dee, Amalfi, Mark y todo el mundo de Nueva Tierra, se aproximaba al fin por la edad, con otro pensamiento que el soslayar esta experiencia. El mismo no quería aceptar que esta experiencia pudiera suceder; Dee no quería que los muchachos aprendieran un nuevo idioma; ella estaba orgullosa y quería exhibir toda su vieja cultura. Las drogas continuaban trabajando; físicamente continuaban siendo jóvenes; pero la edad ya no tenía sentido para ellos. En sus largos viajes no existía el tiempo, ni tan sólo una esperanza que no fuera la de sus chicos y la de los Hevians. El gigante King de Budapest y la jungla de Acolyte era tan vieja como el mismo Amalfi y fue ahora que él lo había visto como una idea fija; físicamente estaba algo finito, pero mentalmente cansado.

Habían sólo dos caminos para dirigirse a la muerte. O bien aceptas a morir o bien te niegas a esta creencia. Negar este problema o bien es signo de niñez o de vejez; se para en el tiempo que se llama de madurez; y cuando los niños y salvajes están amarrados a la idea, tú la encuentras más fluida. De otra forma llegaría a enterrarte.

Dee, desde luego, no se había preocupado en hacerse tal pregunta; simplemente hacía una mueca. Este argumento se había expendido *sotto voce*. Los Hevians calculaban las radiaciones gamma que se desprenderían cuando los dos universos pasaran entre sí y su grado se disolvería en dos formas o habría el consecuente impacto. Dee se había encontrado con la fuerza exterior que la inducía a ir en búsqueda de Web y Estelle, quienes por entonces parecían ser unos silenciosos y buenos amigos.

—No estoy contenta con todo esto, en absoluto —estaba diciendo Rema—. El Doctor Scholss pretende que una sustancial parte de esta energía desaparecerá, como si el encuentro de los dos universos fuera como el de dos pelotas. Para admitir esto, uno debe de creer que los agujeros del Planck Constant están en el espacio Hilbert, de lo cual no tenemos evidencia alguna. Debemos pensar que es imposible superponer una utopía a los ángulos de una reacción que a la vez envuelven distintas a ambos lados de la ecuación.

—¿Por qué no? —repuso el Dr. Scholss—. Esto es lo que es para nosotros el espacio de Hilbert: proveer una selección de ejes para tal operación. Si tienes tal selección, el resto es simplemente una proyección geométrica.

—No lo niego —dijo Retma dulcemente— Me hago esta pregunta de forma aplicable. No tenemos ningún dato que nos especifique que el sostener tal problema no sea sólo un ejercicio, así que el que sea un simple o complicado ejercicio no es nuestra operación.

—Creo que será mejor que nos vayamos —dijo Dee—. Web, Estelle, por favor, venid conmigo; sólo hacemos que interrumpir y hay mucho que hacer

por aquí.

Su penetrante susurro dio un efecto más extremado que cualquier conversación normal. La cara del Dr. Scholss mostró sorpresa. Por un momento la cara de los Hevians se tornaron tremendamente corteses; luego Miramon se volvió y miró primeramente a Dee, luego a Amalfi, levantando delicadamente sus cejas. Amalfi afirmó algo embarazado.

—¿Tenemos que marchar, abuela? —protestó Web—. Quiero decir que estamos aquí por eso. Y Estelle es muy buena en matemáticas; ahora Retina y el Dr. Schloss quieren que ella apareje nombres Hevians para nosotros.

Dee se quedó pensativa un momento.

—Bien —dijo al fin—, no creo que esto pueda hacer daño alguno.

Esta fue exactamente la esperada errónea contestación, aunque Web no se hubiera anticipado a ella. El no sabía, como Amalfi sabía muy bien por experiencia anterior, que las mujeres en él habían estado consideradas peor que las esclavas, que se les consideraba un cruce entre el diablo y un animal; a pesar de ello, él se había dado cuenta de que las mujeres Hevians estaban subordinadas a los hombres y no era una bienvenida a esta criatura. Amalfi no vio ninguna oportunidad para explicar a Web —o al menos a Estelle— el porqué los dos muchachos se tendrían que marchar. Su explicación implicaba más conocimiento de cómo era Dee o cualquier muchacho. Tendrían que saber, por ejemplo que según Dee las mujeres en Hevian se habían emancipado algo pero no igualado en derechos a los hombres, y también tendrían que saber que para Dee todo ello constituía una emoción, más aún porque ella sabía que aquellas mujeres estaban contentas con la suerte que les correspondía en la vida.

Miramon dejó sus papeles, se levantó y se acercó a ellos con una expresión de gravedad pintada en su cara. Dee le miraba cómo se acercaba con cierta sospecha, cosa que hizo gracia y agradó a Amalfi.

—Estamos encantados de que se encuentre con nosotros, Mrs. Hazlenton —dijo Miramon doblando la cabeza—. Mucho de lo que hoy somos se lo debemos a usted. Espero que nos permitirá expresar nuestra gratitud; mi mujer y sus chicas esperan poder hacerle el honor.

—Gracias... pero yo no... realmente no quería decir...

Tuvo que pararse, obviamente buscando por un segundo en su memoria lo que quería haber sentido durante tantos años, aunque fuera o no consciente de ello. Por aquellas épocas anteriores, ella había sido uno de los pedestales que habían luchado para la emancipación de las mujeres en El, y Amalfi le agradó su vigorosa fuerza más que otra cosa porque por entonces se necesitaban ellas como medio de sobrevivir. Recordó que los primeros encuentros de Dee con las mujeres Hevians, habían sido cuando éstas ni se lavaban, llenas solos de cargos ceremoniales; algo en las maneras y forma de vestir de Miramon le recordó a Dee aquellos tiempos, y posiblemente se sintió otra vez entre barras; aunque habían pasado muchos años y él se mostraba tan cortés, no podía sentirse peor. Miró rápidamente a Amalfi, pero la cara de él permaneció

inalterable; lo conocía lo suficientemente bien, para saber que allí no encontraría ayuda.

—Gracias —dijo simplemente—. Web, Estelle es hora que nos marchemos.

Web se volvió a Estelle, inconscientemente haciendo burla del silencio que respondió a Dee en su llamada a Amalfi, pero Estelle ya se había levantado. A los ojos de Amalfi la muchacha aparecía algo divertida y contenida. Dee iba a tener trabajo con ella. En cuanto a Web todos podían ver que estaba enamorado, así que él no era de cuidado.

—Lo que yo sugiero es esto —dijo la voz del padre de Estelle en medio del aire de la habitación—. Supongamos que no haya cruce termodinámico entre los dos universos hasta el momento del contacto. En este caso, no hay posibilidad de aplicar la simetría, a menos que el cruce esté en un momento de completa neutralidad, sin importar cuán explosivo parezca a alguien a un lado u otro del equivalente signo. Creo que esto e razonable y así podremos deshacernos de Constan Plank — estoy de acuerdo con Retina que en un caso así sólo podemos jugar con un factor— y sostener los signos opuestos en términos de el viejo Schiff neutron-antineutron teoría de la gravitación. También podemos equivocarnos, después de todo.

—No en términos de los números de Grebe —dijo el Dr. Scholss.

—Pero es que éste es exactamente el punto, Scholss —dijo Jake excitado —. Los números de Grebe no se cruzan; se aplican en nuestro universo y probablemente al otro lado también, pero no se cruzan. Lo que nosotros necesitamos es una función que se crucen, o sino una suposición que una los hechos que nos liberen de que se crucen enteramente. Esto es lo que Retma decía, si es que lo he entendido correctamente, y creo que tiene razón. Si no tenemos una expresión que se cruce, lo que es perfectamente neutral en el espacio Hilbert, entonces estamos automáticamente haciendo suposiciones acerca de la Tierra del No-hombre. Estamos forzados a empezar aquí con NO.

Estelle se paró a la puerta de la habitación y se volvió hacia donde salía la voz.

—Papá —dijo—, te parece que traslademos las matemáticas Hevians, a los de Nueva Tierra. Si no hay la tierra del No-Hombre para negociar, ¿por qué no empezar con las balas?

—Vamos, querida —dijo Dee. La puerta se cerró.

En la habitación se hizo un largo silencio después de ello.

—Está dejando que sus muchachos se pierdan, Mayor Amalfi—dijo Miramon al fin—. ¿Por qué lo hace? Si al menos llenara sus cerebros con los hechos que ellos necesitan, y es tan fácil, como sabe muy bien, usted nos enseñó cómo hacerlo.

—Ya no es tan fácil con vosotros —dijo Amalfi. Nosotros somos más viejos; ya no puedo comparar vuestras preocupaciones con las esencias de las cosas. Perdería mucho rato explicándole cómo hemos llegado a estas conclusiones. Por ahora tenemos otras cosas en qué pensar.

—Si esto es verdad —dijo despacio Miramon— no creo que sea bueno escuchar más. De otra manera me siento tentado a sentirme triste por ti; y eso no debe pasar, o estaríamos perdidos.

—No es eso —dijo Amalfi sonriendo astutamente—. Nunca se tiene que llegar a este final. ¿Dónde estábamos? Esto es sólo el principio del fin.

—Donde el universo debe de permanecer para siempre, Mayor Amalfi —respondió Miramon—, nunca lo podré entender.

Y así empezó la traición. Web y Estelle nunca oyeron las duras y amargas palabras cambiadas entre Amalfi y Hazlenton, que cruzaron millones y trillones de millas de luz en el vacío espacio entre El y Nueva Tierra, cuyo resultado fue que Hazlenton se vio forzado a llamar a su mujer para que volviera a casa antes de que ella fuera causa de un nuevo antagonismo con los Hevians; tampoco comprendieron cómo la llamada hecha a Dee, tenía que ser también dirigida a ellos. Ellos se marcharon simplemente, intranquilos, tristes, expresando en su silencio lo que sentían contra la lógica insana de los adultos. En sus corazones supieron que se les había prohibido ver la primera cosa real que siempre hubieran esperado, a excepción hecha de uno con respecto al otro.

Y el tiempo continuaba corriendo impasible.

CAPITULO V

LA GUERRA RELIGIOSA

Aquella conversación había sido terriblemente dolorosa para Amalfi, a pesar de la experiencia en muchas centurias de continuas discusiones y divergencias con Hazlenton, finalizando reforzando la opinión de Amalfi de que ya no había nada que hacer. Había algo en aquellas discusiones que siempre había querido soslayar, pero que Amalfi sabía muy bien: el abortivo, sin pasión ni fruto otoñal amor con Dee. El mandarla a casa con Mark ahora se disponía a interpretaciones privadas, como la revancha de un hombre que había sido querido y que ya no tenía esperanza alguna. Tales cosas ocurren entre amantes y Amalfi lo sabía muy bien.

Pero tenía demasiadas cosas en la cabeza, demasiadas preocupaciones y problemas que resolver; así que cuando Dee y los chiquillos se hubieron marchado con la nave, lo olvidó todo. Sin embargo, no le estaría permitido dejarle en el olvido por largo tiempo... en realidad sólo por dos semanas.

La discusión referente a la próxima catástrofe había llegado a un momento que ya no se podía soslayar y penetró en un área que las solas palabras eran insuficientes, de hecho no servían para nada. Esto tuvo el efecto de trasladar a administradores y antiguos ingenieros, como Miramon y Amalfi, o a primitivos filósofos, como Gifford Bonner, a participar en donde no podían tomar parte; así sucedió en las discusiones que tomaron parte en el estudio de Retma. Amalfi trató de unirse a ellos lo más posible, sin saber cuándo Retma, Jake o Scholss bajarían de la simbólica estratosfera y dirían algo comprensible a sus oídos.

El clima en aquel estudio se estaba enrareciendo considerablemente. Retma decía:

—El problema como yo lo veo es que no puede ser retrógrado. Escribimos una ecuación como ésta, por ejemplo.

Se volvió hacia la pizarra, la inmemorial pizarra donde todos los físicos exponen sus teorías. Escribió:

$$\frac{Id^2G}{dx^2} \times \frac{d^2IG}{dy^2} \times \frac{d^2G}{dz^2} = a^2\frac{dG}{dt}$$

Sobre la cabeza de Retma, para ayuda de Jake se encontraba un ojo que captaba como televisor las formas que se iban escribiendo con el yeso. “En esta situación la “a” al cuadrado es una constante real, pero de tal forma que sólo es predecible para un tiempo futuro, pero no para un tiempo, porque las expresiones retrospectivas divergen”.

—De acuerdo —dijo asintiendo Scholss—. Esto significa que en ninguna situación termodinámica podemos tener una mejor información sobre el futuro que la que hemos tenido del pasado. En el universo de la antimateria debe de ser a la inversa, pero sólo desde nuestro punto de vista; un observador hipotético que pudiera vivir bajo sus leyes y composiciones enérgicas, creo que no pueda ver la diferencia.

—¿No podemos escribir la ecuación convergente? —dijo la voz de Jake—. ¿Una que pudiera describir lo que en su fondo es, lo que queremos ver si podemos? Si podemos, no puedo comprender cómo podemos dibujar los instrumentos para detectar cualquier diferencia.

—Se puede hacer —dijo Retma—. Por ejemplo. —Se volvió hacia la pizarra y empezó con los símbolos:

$$\frac{d^2G}{dx^2} \times \frac{d^2G}{dy^2} \times \frac{d^2G}{dz^2} = \frac{4\pi^m}{ih} \frac{dG}{dt}$$

—Ah-ah —chilló Schloss—. Esto nos lleva a una constante imaginaria en vez de a una real; pero su segunda ecuación no es un espejo de la primera; parcialmente no se conserva aquélla. La primera es de un proceso de igualdad, y ésta es oscilatoria. ¡Seguramente que el grado de la otra igualdad no se puede pulsar!

—La paridad no se conserva en estas débiles reacciones —dijo Jake—. Creo que la objeción vale para todas. Si la segunda ecuación describe algo, no puede invertirse. Tiene que ser por los dos lados, todo el sistema, tan vasto, se prevé que es cíclico, aunque no lo sabemos de seguro. No veo la manera de comprobarlo, para mí es una tesis completamente improbable como la Hipótesis de Mach.

La puerta se abrió en silencio y entró un muchacho Hevian que tocó a Amalfi por el hombro. Se levantó, los muchachos le estaban dando un duro día, y se encontró que había olvidado a Estelle. Su función había sido el permanecer en la reunión para los posibles fallos o cambios de Retma: por ejemplo, Retina estaba usando a D. que en la experiencia de Amalfi era un incremento en los cálculos, como expresión simple de constante; La G, que para Amalfi era la constante de gravedad, para expresar un término de termodinámica que Amalfi lo conocía siempre por la letra griega . ¿Podía por lo tanto Scholss estar seguro que la I de Retma era equivalente a la mínima que se usaba en las matemáticas de Nueva Tierra? Dudosamente el Dr. Scholss tenía buenas razones para estar de acuerdo en que el simple símbolo se había establecido entre Nueva Tierra y Retma desde hacía mucho; sin Estelle, Amalfi se encontraba poco confortable. Por otra parte él sabía que todas aquellas importantes batallas sobre problemas físicos no se ganaban escritas en una pizarra, ni en sesiones como aquellas; sin embargo no se

encontraba metido en ellas temporalmente. Le gustaba ver cómo las cosas sucedían.

Empezaron a ganar. Tan pronto como la puerta quedó cerrada y lejos de los visibles e invisibles físicos, el joven Hevian dijo:

—Siento el entretenerle, Mr. Amalfi. Pero hay una llamada urgente desde Nueva Tierra. Es del Mayor Hazlenton.

—Helleshin —dijo Amalfi. La palabra era de Vegas y ahora nadie conocía su significado—. Bien, vamos.

—¿Dónde está mi mujer? —pidió Hazlenton sin preámbulo alguno—. ¿Y mi nieto, y la hija de Jake? ¿Y dónde han estado estas tres últimas semanas? ¿Por qué no llamaste? Estaba perdiendo la cabeza y los Hevians han hecho todo lo posible para que así sucediera antes de ponerme en comunicación contigo.

—¿De qué estás hablando, Mark? —dijo Amalfi—. Termina de sollozar antes de decirme ¿qué es a lo que te refieres?

—Esto es lo que quiero decir y saber. Bien. Empiezo otra vez. ¿Dónde está Dee?

—No lo sé —dijo Amalfi pacientemente—. Hace tres semanas que la mandé a casa. Si no la encuentras es problema tuyo.

—Ella nunca ha vuelto aquí.

—¿Que nunca? pero...

—Sí, pero... La nave espacial nunca hizo tierra. Nunca oímos de ella. Ha desaparecido, con Dee y los muchachos y todo. He estado tratando de llamarte para saber si las mandaste tú mismo. Ahora sé que no. Bien, sabemos lo que esto significa. Será mejor que termines con estos físicos, Amalfi, y te vengas aquí para trabajar.

—¿Qué puedo hacer ?—preguntó Amalfi—. No sé nada más acerca de ello que tú.

—Puedes muy bien volver aquí y ayudarme en esta confusión.

—¿Qué confusión?'

—¿Qué has estado haciendo las pasadas tres semanas? —empezó a chillar Hazlenton—. ¿No vas a quererme decir que no sabes lo que ha pasado?

—No —dijo Amalfi—. Y para de chillar. ¿Qué quieres decir con que nosotros sabemos lo que esto significa? Si tú sabes lo que está sucediendo, ¿por qué no haces algo, en vez de llamarme por el Dirac? Tú eres el Mayor y yo tengo mucho trabajo que hacer.

—Seré el Mayor dos días más, si la suerte me acompaña —dijo Hazlenton en voz salvaje—. Y tú eres el directo responsable, así que no trates de sacarte el bulto de encima. Jorn el Apóstol empezó al otro lado de mí, tiene una nave propia. Su cuerpo está cerca de Nueva Tierra y va a llevarse a Nueva Tierra de la misma manera... todo el planeta está lleno de chiquillos con fanáticas expresiones. Tan pronto como me consigan, me voy a entregar... tú sabes muy bien lo que pueden hacer estas máquinas y los granjeros las están usando como armas de mano. No voy a sacrificar cientos de miles de vidas sólo para

mantener mi propia administración; si quieren sacarme, lo pueden hacer.

—¿Y esto es culpa mía? Ya te dije una vez que los Warriers de Dios eran peligrosos.

—Y yo no escuché. Bien. Ellos no se hubieron movido si no fuera por el hecho de que tú y Miramon censurasteis lo que hacéis. Esto a dado a Jorn su causa de movimiento. Ha dicho a sus seguidores que tú te estás entrometiendo con los pre-ordenador Armageddon y luchando contra sus leyes de salvación. Está proclamando algo contra los He-vians por instigar esto, y esto incluye a Nueva Tierra. Una lucha religiosa porque trabajamos con los Hevians...

Por encima del teléfono llegó un ruido seco de metal.

—¡Dios de todas las estrellas, ya está aquí! —dijo Hazlenton—. Dejaré la línea abierta todo lo que pueda... acaso no se den cuenta... —su voz se apagó. Amalfi con el ceño fruncido, se propuso escuchar cualquier sonido.

—Sinner Hazlenton —dijo una voz joven y casi desesperada de miedo, al momento—, se te ha encontrado. Por la palabra de Jorn, tú... tú estás para corregir la disciplina. ¿Quieres someterte humildemente?

—Si echas fuego a esto de aquí —dijo Hazlenton con la voz muy alta, posiblemente para ser mejor oído desde el otro lado— arrasarás a la mitad de la ciudad. ¿Qué bien te puede hacer esto?

—¡Moriremos en el Warriers! —dijo otra voz. Aún continuaba tenso, pero ahora que hablaban más débilmente parecía que iban asegurándose en si mismos—. Irás a las llamas.

—¿Y toda la otra gente...?

—Sinner Hazlenton, nosotros no amenazamos —dijo una voz profunda de algún viejo—. Nosotros creemos que hay algo bueno en cada uno. Jorn manda que nos redimamos y esto es lo que queremos hacer. Tenemos rehenes para tu buena conducta.

—¿Dónde están?

—Fueron cogidos por los Warriers de Dios —dijo la voz profunda—. Jorn en su misericordia fue lo suficientemente bueno para darnos un cordón sanitario para aquellos ateos del mundo. ¿Quieres rendirte para la salvación de aquella mujer y de los dos muchachos? Te advierto, Sinner... ¡Eh, qué diablos, este teléfono está abierto! ¡Jody, rompe el micrófono, y rápido! ¡Cómo uno puede convivir con semejantes...!

El micrófono empezó a amortiguarse y se apagó antes de que se oyeran los últimos chillidos.

Por un momento, Amalfi quedó completamente confundido. Había tenido demasiada información demasiado rápidamente; y ahora se encontraba mucho más viejo que en las circunstancias parecidas que le habían ocurrido en el pasado. Nunca había pensado que una cosa igual volviera a suceder... pero allí estaba.

¿Una guerra religiosa contra El? No, no era esto... al menos no directamente. Jorn el Apóstol no podría adentrarse en un mundo completamente misterioso para él, menos con las armas de que disponía:

palabras antes de que militares. Pero la Nueva Tierra era totalmente vulnerable; era el primer paso para cercar el planeta. Y ahora Jorn tenía a Dee y a los muchachos.

—¡A moverse!

Pero cómo moverse era ya otra cuestión; era necesario hacerlo con una nave que un posible cordón de Warrier no lo pudiera atacar, pero esta nave no existía en El. La otra alternativa era la de un pequeño y rápido barco con una detección muy baja de índice. Pero había la imposibilidad de cruzar una larga distancia, puesto que era de una medida tan pequeña aún para sólo una caja de mandos. ¿O lo había? Carrel estaba en El y Carrel tenía mucha experiencia diseñando cajas de mando relativamente pequeñas; una así había seguido el marzo en la Tierra todo el camino, sin que nadie pusiera la más mínima atención en ello. Desde luego el delegado lo había hecho magníficamente, ruidosamente detectable por otros medios, y solamente el piloto de Carrel podía distinguir las ciudades entre marcas que se habían hecho por medio de ordinaria materia estelar...

—¿Puedes hacerlo otra vez, Carrel? Recuerda aquella vez que lo conseguiste y tomaste todas las vistas de las distintas ciudades. Ahora debe de ser algo muy delgado para soslayar todos los instrumentos en órbita que circundan el planeta... y además no sabemos cuántos hay, como vigilan, si muy cuidadosamente a grandes rasgos...

—Presupón lo peor —dijo Carrol—. Ellos cogen el barco, después de todo, y no saben quién lo ha enviado. Pueden hacerlo, Amalfi, si dejas que yo haga las maniobras cuando los barcos están abajo; de otra forma creo que se te cogerá, no importa que el barco sea muy pequeño.

—¡Helleshin!

Pero no había otro camino; Amalfi tendría que sujetarse al menos por dos días a las violentas maniobras de Carriel, sin ni tan sólo tocar el espacio. Esto iba a ser muy duro para un hombre viejo, pero Carrel tenía razón, no había otro medio.

—Bien —dijo—. Pero asegúrate de que estoy vivo cuando llegue abajo.

Carrel guiñó.

—Nunca he perdido un cargo —dijo—. Prever ya es una seguridad. ¿Dónde quieres aterrizar?

Tampoco era ésta una pregunta fácil. Después de pensarlo, Amalfi se decidió por el Central Park, en el corazón de la vieja ciudad Okie. Acaso allí era algo peligrosamente cerca del centro de operaciones de los Warriers, pero Amalfi no quería sentirse forzado a recorrer muchas más millas solo para encontrarse con Hazlenton; había la oportunidad de que la vieja ciudad estuviera llena de tambores, o al menos la de evadir instintivamente. Jorn el Apóstol no dejaría aquel lugar desposeído de patrullas, pero era presumible que el mismo Jorn se encontrara al otro lado de la Nube con los suyos.

Desde que hay, aún con mandos de control, un límite de cantidad de poder que se puede reconcentrar en un pequeño buque, el viaje fue más que largo

para Amalfi para cazar, vía telefón, en la nube, lo sucedido. Mark le había contado algo, pero de forma desmesurada y poco precisa. Los propósitos de Jorn el Apóstol aún estaban lejos de Nueva Tierra, y su lucha religiosa había sido anunciada contra los no creyentes de todas partes, no justamente contra los Hevians. Los Hevians eran simplemente el artículo del día porque implicaba a Nueva Tierra también cuando se anunció el hecho de que trataban de aplomar el fin del tiempo, lo que era una verdadera blasfemia. Lo importante es que no tenía la suficiente fuerza militar y así se recogía para salvar barcos y hombres de una suerte más sospechosa.

O al menos eso fue lo que Amalfi pensó; pero se encontraba inconfortable al pensar que en Jorn el Apóstol tenía un enemigo que acaso no reaccionara así y pudiera equivocarse en toda su lógica, desde el principio hasta el fin.

La nave cambió de conducción. Amalfi dejó de pensar por completo y se suspendió.

Una vez en la atmósfera la astucia tenía que estar en manos de Amalfi; en El, Carrel había abandonado su remoto control Dirac. Amalfi podía hacer un trabajo de noche aterrizando en el Central Park, en una irregular depresión que la leyenda decía que una vez había sido un lago. El aterrizaje se efectuó sin accidente alguno; aparentemente no había sido detectado. A la mañana siguiente la pequeña nave podría ser vista por algún vuelo de los Warrier, pero realmente la ciudad estaba llena de ambiguas máquinas; uno debería ser un verdadero conocedor y estudiante de la ciudad, con un conocimiento como el de Schliemann sobre los nuevo Troys, para saber lo que era nuevo o no. Amalfi estaba lo suficiente confiado para dejar la pequeña nave detrás sin necesidad de camuflarla.

Ahora el problema consistía en cómo ponerse en comunicación con Mark. Seguramente éste se encontraba arrestado, o algo parecido a ello; la correcta disciplina fue una palabra que Amalfi había oído decir a los Warrier desde He. ¿Quería aquello significar que iban a hacer al cerebral y perezoso Hazlenton, trabajar barriendo los suelos, haciendo camas, y rezando seis horas al día? No parecía algo agradable para el hombre, especialmente la parte del rezo. ¿Entonces qué...?

De repente, volviendo hacia la desierta Quinta Avenida, hacia la torre de control, bajo la luna, Amalfi pensó que ya lo sabía. Recorrer una galaxia, aún una pequeña y casi inexplorada galaxia como 1 del satélite, no es una materia simple de papeles. Ello requiere centurias de experiencia y un alto grado de familiaridad con las comunicaciones, ya que el solo señalar las otras máquinas y llenarlas es trabajo de burro. En los viejos días Okies, por ejemplo, sucedía alguna vez, aunque no mucho, que un Mayor era retirado a otra ciudad bajo la ley de la discreción, después de que había perdido una elección; y generalmente perdía cinco o diez años hasta que se acostumbraba a recorrer esta nueva, aún en el sitio subordinado de asistente del director de la ciudad. No era un arte, aunque fuera asistido e inspirado por la divinidad que se

pudiese aprender en unas semanas.

La correcta disciplina de Mark debería consistir en su propia oficina. Debería estar recorriendo la Nube para los Warrier... y sin duda haciendo un trabajo peor en ello que lo que pudieran detectar, aunque fueran lo suficientemente sensibles y seguro que lo eran, a sospechar tal sabotaje. Amalfi, siendo un maestro cuando era necesario, en que las ruedas corrieran no dejaría este arte a Hazlenton. Este era conocido como un engañador de sus amigos, aunque fuera sólo un hábito que le saliera instintivamente.

Muy bien; así pues el problema de ponerse en comunicación con Mark estaba resuelto, aclarando el camino para las preguntas más difíciles: cómo atrapar a los Warrier, y cómo conseguir hacerse con Dee y los chiquillos.

Era difícil el decir cuál de estas dos cuestiones era la más dura. Como Mark había dicho, las cajas de mando en manos de locos como los Warrier resultaba terriblemente peligroso. Usada con precisión, la máquina podía degradar un simple oponente y mandarle chillando cielo abajo, bajo la fuerza centrífuga de la rotación del eje de Nueva Tierra; o el mismo efecto ocurriría contra una esquina o una pared de un edificio, si uno quisiera demoler un punto fuerte. Pero la amenaza consistía que en manos de aquellos pilotos el control no sería usado con precisión alguna. Había sido diseñado, no como arma, sino como un auxiliar para el control del clima y era algo más grande, pesado y más torpe que una Twentieth-Century fuego de aceite casero. Considerando las dificultades en tocando este objeto, especialmente con el pie, la tentación era abrumadora para colocarlo al máximo rendimiento antes de descerrojarlo desde el pedestal de cemento, y dejarlo sentado allí, de tal forma que la rigidez de brazos y hombros no pueda hacer nada en la función, sólo que apuntar y apretujar el botón para empezar. Esto quiere decir que muchas veces los muchachos pierden el control y temperamento, o apuntan nerviosamente a la sombra, o un repentino sonido familiar o un svengali, pueden levantar dos o tres bloques de la ciudad antes de recordar dónde se encontraba el botón “criminal”; o la máquina caída y abandonada por pánico puede subir a un nivel de dos o tres bloques antes de que se descarguen sus acumuladores y exploten.

El salvar a Dee y a los chicos era realmente muy importante, pero el desarmar a los Warrier tenía que ser un precedente para ello.

Se encontró respirando algo dificultosamente mientras subía las escaleras que daban al piso en que había la habitación control, y gruñó. Se sintió otra vez revivificar, después de tantos años de vida contemplativa y vegetativa. Este era lo clase de problema por los que había nacido, la clase a la que se lanzaba con gusto innato. El fin del tiempo se podía apreciar también como un gran problema; nunca se podría encontrar otro más grande y daba las gracias por ello; pero éste le proporcionaba el gusto de tenerle que resolver solo sin discusiones ni negociaciones aplastantes con otros.

Había pasado mucho tiempo; tenía que ponerse alerta contra cualquier confidencia. Era importante saber si se sabía que él había viajado y luego tenía

que ponerse en práctica. De hecho era sospechoso el ver qué camino había que tomar en la presente situación; éste no era el teorema; era su vieja piel como historiador —de hecho— como diagnóstico—, lo que le sostendría o haría caer en la situación que se avecinaba... y accidentalmente podría perder o salvar tres o cuatro millones de vidas, una de ellas la de Estelle.

Tenía que ir con cuidado, muy delicadamente, pero preciso y con decisión, como un cirujano cuando se enfrenta con un caso cardíaco. No podía perder el tiempo alternando y cambiando de sistema; uno tiene cuatro minutos para salvar la vida del paciente, si hay suerte; el hueso está en tu mano, debes abrirlo y actuar rápido.

La Ciudad de los Padres aparecía en efervescencia. Les dijo:

—Comunicaciones. Ponedme con Jorn el Apóstol, para la sobrevivencia de la ciudad.

Pasó algún tiempo antes que los Padres de la Ciudad se pudieran poner en contacto con Jorn; aunque ellos tenían todas las posibilidades y las harían servir de encontrar los medios adecuados para hacer llegar las ondas a los rincones más insólitos en donde se pudiera encontrar Jorn, las primeras llamadas no dieron resultado positivo alguno. Amalfi se lamentaba el que se tuviera que usar el Dirac para hablar con Jorn, puesto que esto implicaría que la conversación fuera escuchada desde cualquier parte de la Nube u otro sitio donde llegaban sus ondas... lo que en sí privaría la conversación de forma fluida; pero por encima de ciernas distancias el ultrateléfono estaba fuera de cuestión debido a dos cambios que se tendrían que producir, desde que su velocidad de propagación era de sólo 125 por ciento, de la rapidez de la luz y aún así se debía usar el paso de velocidad negativa, puesto que el portador era electromagnético y se movía a compás del aire, pero no más rápido.

Mientras esperaban, Amalfi reflexionó sobre todas las posibilidades. Esto era un cierto desenvolvimiento dentro de un asunto de lo más desagradable, como nunca se hubiera encontrado. Ahora vendría una serie de interludios y transiciones, para resolver lo que sólo con cierta dispersión de los puntos principales, se podría hacer. Una acción reflexiva estaba fuera de toda consideración; sólo se conseguiría por algún principio, tal como la “sobrevivencia de la ciudad”; tal axioma, si persiste y domina por largo tiempo, permite que muchas decisiones se hagan vía la reflexión, sin casi intervenir el intelecto... uno automáticamente salta hacia la propia dirección, como un gato salta de pies desde una terraza. Ahora no existía tal situación; los valores que se iban a sobrepasar eran completamente contradictorios.

Se tenía que saber, antes de nada, que Jorn no sabía la situación de Nueva Tierra con todo detalle; simplemente había reaccionado como un buen estratega, que espera una victoria en un lugar desconocido; y seguramente no sabía que tenía tres rehenes, dejando sin saber quiénes eran estos rehenes; era imposible el intimidar con él de semejante manera y por medio de esta materia; sería más inteligente el no darle tal información; después de todo el primer paso era el de desarmarles y dejar a los cuadros de mando fuera de

toda función; pero no iba a ser posible el convencerle que su golpe en Nueva Tierra era imposible de sostener, puesto que éste sería el resultado de sus teorías... Sería mejor el hacerse servir de tales fines, si podían oscilar de esta manera: El convencer a Jorn que sería mejor el abandonar el putsch, había perdido algo, ni de que podía perder pero no de forma que se le alarmara de que parte de su nave, si encontraba el tiempo suficiente para hacer desarticular los cuadros.

Parecía como una gran orden. Quiere decir que el peligro que Jorn el Apóstol podía sospechar era más ideológico que militar. Como jefe militar de considerable y probada habilidad, Jorn podría sentirse familiarizado con la corrupción de una fuerza de ocupación bajo el standard y costumbres de la nación que ocupaba... y guerras religiosas y cruzadas estaban particularmente sujetas a esta clase de corrupciones. Tanto si fuera un verdadero creyente de la doctrina fundamentalista que él predicaba como no podía querer que sus seguidores perdieran la fe en la doctrina por la que habían llegado tan lejos; así se habían ejercitado y así pensaba no perder nada bajo las creencias de su personal.

Por desgracia, no había ninguna ideología en Nueva Tierra que pudiera pervertir a los Warriers de Dios. Estos se movían dentro de un estrecho campo, de formas y ceremonias antiguas; pero no había una idea inherente en la cultura de Nueva Tierra que fuera lo suficientemente fuerte para sacar a los Warrier de su simple, directa y centralmente orientado punto de vista. Se debería de manufacturar; al menos no habían restos de tales materiales.

Un curso aparente era el tomar a Jorn el Apóstol y su propia evaluación pública y tratar de llegar y alarmar la parte de su mente donde vivía su verdadera religión; Amalfi no tenía ni la más remota idea del resultado que esto pudiera llevar consigo, y la prudencia le dictaba que era mejor el no probarlo; esto tendría gratas consecuencias si en vez de Jorn fuera un hombre de grandes éxitos, como él, pero dentro de un campo de sofisticación que podía pertenecer al teológico o no. El más allá estaba siempre fuera de vista; fuera donde fuera el lugar donde yacía la verdad, él tenía que ser rápido en detectar cualquier ateo para apretar los botones de la religión, desde que había probado que él mismo conocía tal arte.

Y, Amalfi pensó de repente, si Jorn resultaba ser tan devoto y lleno de supersticiones como sus apariciones públicas daban a demostrar, el apretar el botón de la religión podría traer consigo un completo desastre. Con tales gentes, aquel botón es el botón de la demolición; si lo tocas sucesivamente, destrozas al hombre. Desde luego sería necesario tratar a Jorn por forma como cada una de las palabras que pronunciaba en público; es decir mostrando sinceridad y cierta clase de creencia, no solamente porque Jorn estaría seguro de que era oído por otros, sino también para darle la idea de que se le trataba como a un personaje y no se lo atacaba la imagen reverente que seguramente se había construido de sí mismo. Las formas no habían llegado; sería peligroso el pensar que Jorn asumiría idéntica personalidad hablando con él

que con sus fieles. Si estaría mal el conocerle mejor, porque sus protestas estarían completamente basadas en sus mismas palabras basadas en el fundamentalismo; pero sería fatal el esperar que sintiera pánico si pensara que la línea Dirac era una llamada de Satán.

—Preparado con Jorn el Apóstol, Mr. Mayor.

Amalfi se encontró de repente buscando palabras de emergencia; el excusable lapso de los Padres de la Ciudad —era dudoso que nadie les hubiera dicho que ya no era mayor desde el problema de Ginnangu-Gap— le recordó que debería de decidirse a identificarse o no ante Jorn. Había la pequeña posibilidad de que Jorn perteneciera a los campesinos que los Okies habían encontrado en la ciudad de IMT; pero era completamente posible que fuera un descendiente de las reglas del IMT; pero estaba muy lejos de suponer que Jorn fuera un hijo o nieto de la propia gente de Amalfi. y entonces sabría muy bien quién era Amalfi. En este caso el presentarse acaso traería alguna consecuencia agradable, pero a la vez implicaba una serie.de desventajas...

Sin embargo la muerte estaba en la puerta; los padres de la Ciudad ya le habían llamado Mayor en el circuito, así que era mejor decirle a Jorn en seguida que no estaba hablando con Hazlenton. ¿Sería un bluff? Posiblemente; pero allí estaba el peligro usando el Dirac: el instrumento hacía posible de que algún oyente le explicara a Jorn, ahora o más tarde, los hechos por los que Amalfi tenía intención de comunicar con él.

—Preparado, Mr. Mayor.

Bien, ya no había ayuda posible. Amalfi dijo hacia el micrófono:

—Adelante.

Inmediatamente la pantalla cobró vida. Se sentía viejo; había olvidado de decir a los Padres de la Ciudad que se limitaran al auditivo solamente; así ya no le quedaba la posibilidad de esconder su identificación. Bien, mirar hacia atrás era absurdo; y de hecho se encontró mirando la cara de Jorn el Apóstol, bailando ante él con gran curiosidad.

Era una cara vieja, estrecha, huesuda y llena de arrugas, con espesas cejas que contrastaban con la oscuridad de sus negros ojos. Jorn había luchado y sido uno de los anti-agáticos por al menos durante los últimos cincuenta años. Indudablemente aquello le producía un sobresalto.

—Soy Jorn El Apóstol —dijo la antigua cara—. ¿Qué quieres de mi?

—Creo que puedes hacer desaparecer Nueva Tierra —dijo Amalfi—. Esto no era todo lo que había intentado decir; de hecho era completamente contrario al discurso que se había preparado. Pero había algo en aquella cara que le impidió decir lo que estaba en su mente.

—No estoy en Nueva Tierra —dijo Jorn—. Pero comprendo lo que quieres decir. Y creo que hay mucha gente en Nueva Tierra que comparte vuestra opinión, Mr. Amalfi, lo que es natural. No me afecta.

—No lo esperaba, es sólo una expresión de mi opinión —dijo Amalfi—. Pero puedo ofrecerte una serie de buenas razones.

—Escucharé. Pero no esperes que sea demasiado razonable.

—¿Por qué no? —dijo Amalfi genuinamente sorprendido.

—Porque yo no soy un hombre razonable —dijo Jorn pacientemente—. Sé que mis seguidores de Nueva Tierra han hecho cosas sin seguir mis órdenes, es decir sin esperarlas; es un don que el mismo Dios ha colocado en mis manos. En tal caso, la razón no cuenta.

—Ya —dijo Amalfi. Luego se paró. Esto iba a resultar más duro de lo imaginable; de hecho empezó a dudar de si podría tener alguna conversación —. ¿Se da cuenta, señor, de que éste planeta es el centro del Stochasticismo ?

Las espesas cejas de Jorn se levantaron débilmente.

—Sé que los Stochasticsos son más fuertes y numerosos en Nueva Tierra —dijo—. No puedo comprender cómo tal filosofía ha penetrado en toda la población de Nueva Tierra. Es una de las cosas que me gustaría ver desaparecidas.

—Encontrará muchas dificultades; de hecho es imposible. Una teología de muchachos granjeros no puede desbancar a una filosofía sistemática.

—¿Pero cómo es ello, mayor? —dijo Jorn—. ¿En términos de influencia? Debo de admitir que tengo la impresión de que Nueva Tierra pueda estar corrompida por ella, pero no estoy seguro de ello. En las distancias de Nueva Tierra en la que me veo forzado a operar, no consigo meterlo en la mente, precisamente siendo algo tan fuera de la Palabra de Dios; sería natural para mí el comprenderlo si el Stochasticismo fuera una creencia. Pero no sé que esto sea una verdad.

—¿Así que usted quiere arriesgar las almas de los Warriers de Dios para saber que no es verdad?

—No es necesario —dijo Jorn—. Considerando las fuerzas por las que usted habla, míster Amalfi, está claro que exagera la influencia del Stochasticos; quiere demostrarme con ello que no tengo ninguna ventaja. Sospecho que actualmente los Stochasticos, como los intelectuales de todos los tiempos y lugares, están muy separados de las creencias de la cultura en las que ustedes están operando; y creo que la gente de Nueva Tierra no son más Stochasticos que Warriers de Dios o que cualquier cosa descrita como escuela de pensamiento. Lo único que me parece que es verdad, es que son gente que ya no se les puede llamar Okies.

Amalfi se sentó y empezó a sudar. Había encontrado la lucha y lo sabía.

—¿Y si usted anda equivocado? —dijo al fin—. ¿Si el Stochaticismo está enclavado en este país como yo le he anunciado?

—Entonces —dijo Jorn el Apóstol—. Dejo de tomar el riesgo. Mis Warriers en Nueva Tierra son granjeros, como usted ha apuntado. Dudo que el Stochasticismo será más fácil con ellos; se opondrán porque está en contra del sentido común. Será una equivocación en esta estimación, pero, ¿cómo pueden saberlo? La ignorancia es la defensa que el Dios Padre les ha dado, y creo que será suficiente.

Esa era la llave. Amalfi sólo esperó que no llegara demasiado tarde.

—Muy bien —dijo, más ruidosamente de lo que había intentado—. Los

hechos nos pondrán la prueba; no hay nada más que decir.

—No —dijo Jorn—. Hay mucho más: usted actualmente acaso haya pensado que me hacía un servicio, míster Amalfi. Si se prueba esto, entonces daré al diablo su parte; uno debe ser honesto con el mismo diablo, no hay otra buena razón. ¿Qué quiere de mí?

Aquella verborrea había sido fluida y rápida; esta vez no podía permanecer ignorante y eludir la respuesta. No era política; era cuestión personal; y esta fue la manera como hablaron desde un principio.

—Usted puede devolverme tres rehenes que tiene —dijo Amalfi. Su boca estaba seca—. Es una mujer y dos chiquillos.

—Ya ha preguntado por ellos en un principio —dijo Jorn el Apóstol—. Se los daré. —¿Había realmente tristeza en su voz?—. Pero usted ha puesto sus vidas sobre su propia integridad, míster Amalfi. Es así. Si me convenzo de que debo perder Nueva Tierra a causa del Stochasticismo, quiero devolverle los tres rehenes antes de retirar mi escuadrón; de otra forma, no. Y, míster Amalfi...

—¿Sí? —susurró Amalfi.

—Métase en la mente lo que pasa y no deje que su ingenuidad lo cubra. Sé muy bien que usted es fabulosamente inventivo; pero la vida de los hombres no puede colgarse de una obra de arte. Vaya con Dios. —La pantalla se oscureció.

Amalfi se tocó la frente con la mano temblorosa; con sus últimas palabras Jorn el Apóstol, había explicado brevemente la vida de Amalfi, y esto no era nada confortable de escuchar.

Sin embargo, sólo dudó por un momento. Aunque Jorn había, probablemente, visto a través de la improvisación lo que le ocurría a Amalfi, no quedaba otro recurso que cargar con ello... el Dirac había esparcido aquellas palabras. La alternativa que Jorn había propuesto fue hacia el mismo fin: la transformación de una mentira en verdad. Si esto era un arte, como Amalfi tenía sus razones para saber que lo era, era al mismo tiempo, no una obra de arte, sino un artificio; era el mismo Jorn ahora que echaba las vidas humanas a los dictados de una obra de arte, aquella elaborada ficción que era su religión.

Con más cuidado esta vez, pidiendo que no fuera visto por la pantalla, Amalfi pidió c onexión con la oficina del Mayor.

—Este es el Comisariado de la Salvación Pública —dijo al secretario robot. En tiempos ordinarios, la máquina hubiera sabido muy bien que no existían semejanzas oficinas, pero las actuales confusiones que imperaban, le impidieron ver la equivocación. Como los días difíciles de los Okies, le pusieron rápidamente con Hazlenton.

—Llamas muy tarde —dijo la voz de Mark—. Tu información está vencida. ¿No puedes hacer un reportaje de tus encuentros en persona?

—La situación no me permite esto, míster Mayor —dijo Amalfi—. De momento estoy haciendo unos sondeos en los perímetros de la vieja ciudad.

Los que no están de guardia, los Warriers, tratan de ver más, pero, desde luego, con tanta maquinaria viva...

—¿Quién es? —dijo otra voz desde lejos. Amalfi la reconoció; era la voz autoritaria que había cortado la comunicación telefónica cuando los Warriers habían arrestado a Hazlenton—. ¡No podemos permitir esto!

—Es el Comisario de la Salvación Pública, un hombre llamado Ford —dijo Hazlenton. Amalfi gruñó. De Ford había sido el predecesor de Hazlenton en la dirección de la ciudad; había sido muerto hacía varias centurias—. Y desde luego, nosotros no podemos permitir esto. Dejando aparte todas las energías perdidas de la vieja ciudad, más es un delito. De Ford, pensé que sabía que los propios generales de los Warriers habían puesto a la ciudad fuera de sus límites.

—Ya se lo dije —dijo Amalfi sin poder contener su paciencia—. Sólo que se echaron a reir y me dijeron que no eran Warriers en su propio tiempo.

—¡Qué! —dijo la voz fuerte.

—Esto es lo que me dijeron —dijo Amalfi débilmente—. O si usted quiere me dijeron que no había nadie más que ellos, y que nadie se pertenece sino a sí mismo. Me sonó como si estuvieran impregnados de algo Stochastico. Supongo que los filósofos no tratan de enseñar la pura doctrina en las provincias.

—Esto está fuera de lo importante —dijo Mark—. Consérvelos fuera de la ciudad... es imperativo.

—Es lo que estoy tratando, míster Mayor —dijo Amalfi—. Pero hay un límite en lo que yo puedo hacer. La mitad de ellos tienen controles de mando y usted sabe lo que puede pasar si una de esas cosas se encienden sobre aquí, aunque sea sólo por una vez. No puedo arriesgar-me.

—Estoy seguro que no; pero trátelo. Puedo ver lo que puede ocurrir. Le daré instrucciones. ¿Dónde puedo llamarle?

—Deje la llamada en la oficina del sargento —dijo Amalfi—. Lo recogeré en mi próxima llamada.

—Muy bien —dijo Hazlenton y colgó. Amalfí aseguró la suficiente línea para la estación en la torre de control y se sentó, satisfecho por el momento, a pesar de que sabía que podrían surgir muchas dificultades. Estaba seguro de que Hazlenton lo había entendido. Era probable que el mismo Jorn el Apóstol ordenara hacer una serie de investigaciones en Tierra, preguntando por lo que Amalfí decía; ello llevaría consigo la respuesta de que no había ningún problema de aquella clase, pero el solo hecho de hacer la investigación ya era un paso para el objetivo.

Amalfi tomó el receptor FM de la torre de control y pidió la estación federal de Nueva Tierra. El próximo paso iba a ser más difícil para dar las órdenes a los Warriers para que se marcharan y quería oír el texto. A menos que los oficiales de Jorn dieran estas órdenes con gran sofisticación, algo pasaría en la ciudad, y, desde luego no había ningún perímetro, en realidad no lo hubo nunca, sólo en las mentes de los Padres de la Ciudad. Alguien iba a

hacerse daño.

Este sería un accidente que De Ford, no diría: "No sabía nada de esto. Lo siento, pero ya comprenderá que no puedo estar en todas partes a la vez. Estoy tratando de separar a estos muchachos de la Ciudad de los Padres. Ellos quieren preguntar mucho acerca de la historia de ideas que unen a las máquinas. Ya he dicho a los muchachos que no sé cómo operar la Ciudad de los Padres, pero si uno me apunta con un mando y me dice: "Póngame en comunicación o..."

Ello llevaría consigo la dimisión del propio Comisario de la Salvación Pública ya que había una patrulla Warrier rondando por la vieja ciudad Okie. Amalfi tendría que escaparse, y el resto quedaba en manos de Hazlenton. Lo que Mark haría no lo podía especificar y realmente Amalfi no quería saber lo que iba a pasar. Uno de los defectos del programa era que de hecho, estaba basado en la mentira, como Jorn vio desde un principio. De hecho, no había posibilidad de que los Warriers locales fueran corrompidos por los Stochasticistas, y nunca lo habían sido. Aunque el programa tuviera éxito y Jorn se llevara a sus hombres, él querría interrogar a los suyos personalmente antes de entegar a los rehenes a Amalfi. Esta era la razón que le obligaba a continuar con las improvisaciones de Hazlenton.

Era realmente una pieza muy pobre dentro de la ficción por donde colgaban las vidas de Dee, Web y Estelle; pero tenía que sostenerlas con lo que pedía.

Según pareció, el trabajo funcionó. Dentro de la misma semana, todos los permisos de los Warriers fueron cancelados para una mayor "orientación en la devoción". Aunque no era posible el saber cómo los Warriers se tomaban estas cancelaciones para seguridad de su fe, el accidente que había predicho, ocurrió dentro de la ciudad al día siguiente y el "Comisario de la Salvación Pública", tuvo que explicar a Hazlenton todo lo que sabía sobre lo ocurrido y cómo lo había permitido. Amalfi se las arregló para preparar una rápida mentira.

Los Warriers se movían por toda la ciudad Okie al día siguiente, en sus patrullas y Amalfi quedó aislado; el resto tenía que solventarlo Hazlenton.

Al final de la semana, los Warriers habían ordenado que cambiaran los mandos por les normales rifles y Amalfi supo que había ganado. Estaba seguro que al poco tiempo se irían disgregando. Cuando aquella orden del día fuera conocida por Jorn, éste actuaría rápidamente. Pero Amalfi ahora no podía hacer otra cosa que esperar.

El último Blec Warrier había tocado tierra antes de que Web y Estelle salieran.

—Tenemos un mensaje para usted —dijo Estelle sin poder respirar, con los ojos muy abiertos—. Es de Jorn el Apóstol. El capitán de la nave nos ha dicho que se lo entregásemos inmediatamente.

—Bien, no hay ninguna prisa —dijo Amalfi para esconder su aprensión—.

¿Estáis bien? ¿Os han cuidado?

—No nos han hecho daño alguno —dijo Web—. Eran tan limpios y corteses que tenía ganas de darles una patada. Nos daban cosas para leer. Después me empecé a aburrir de tanto leer y jugar con la abuela. —De repente hizo un guiño a Estelle; obviamente algo había pasado.

Amalfi sentía algo aunque no podía comprender qué clase de emoción era aquella; pasó rápidamente.

—Bien —dijo a Estelle—. ¿Dónde está el mensaje?

—Aquí —dijo entregándole un papel amarillo de la imprenta Dirac. Decía:

XXX CMNDR SSG GABRIEL SPG

32 JOHN AMALFI N. TIERRA V HSTGS RPT 32.

LE DOY EL BENEFICIO DE LA DUDA — SOLO USTED SABE LA VERDAD — SU INVENCION ES SEGURA. EL FINAL NO HA LLEGADO — PERO LLEGARA PRONTO.

JORN APOSTOL DE DIOS

Amalfi lo rompió y lo dejó caer.

—Vendrá —dijo.

Estelle miró hacia el amarillento papel y luego volvióse hacia la sobria cara de Amalfi.

—¿Sabe lo que quiere decir? —preguntó.

—Sí, sé lo que significa, Estelle. Pero espero que tú nunca lo sepas.

CAPITULO VI

OBJETIVO 4001-ALEPHNULL

Estelle nunca supo, a pesar de lo mucho que había corrido su mente, que el primer problema de cómo cruzar la barrera informativa del salto Ginnagu-Gap, desde su sugestión a su padre de que debería conocer la tierra del No-Hombre, era un estudio hecho con balas. Web y Estelle eran, ante todo, sólo unas criaturas, y por aquellos años nadie se preocupaba de escuchar a la gente joven. Por entonces, la especulación había sido abandonada en favor del hecho de encontrar; lo que se necesitaba era un aseguramiento directo del nivel de la energía, contemporánea al universo antimateria; una vez que se supo esto, uno podría esperar el dar la fecha del momento de la llegada de la inminente catástrofe, y conocer cuánto tiempo tenía uno para tales preparaciones para terminar con la muerte, cómo uno puede enfrentarse a una cancelación de todo sentido, y sobre el tiempo de experiencia que sólo da sentido al concepto de lo que significa.

Nadie tenía tiempo para perder con los niños; y así crecían ignorados, como los últimos niños del universo pueden ser vistos. Así no era sorprendente que se unieran más entre sí; esto se haría bajo cualquier circunstancia, pero el destino les había formado más el uno para el otro.

Estelle creció en su mundo de obvios adultos, y tomó sitio entre ellos, sin que aquéllos se dieran cuenta de que ella había vuelto alta, esbelta, de ojos verdes, pelo negro, blanca piel, faz serena y bella. Aquellos adultos eran inmunes a la belleza, como lo eran a la juventud; ellos se encontraban felices de que el ojo rápido de Estelle les ayudara matemáticamente a alguno de sus problemas, pero no vieron que a la vez era bella y no se tomaban la molestia de comprender que lo pudiera ver. Aquellos días sólo veían la muerte... o pensaban que la veían; Estelle no estaba segura de que lo hubieran visto tan claramente como ella, porque habían vivido sin esta obsesión, muchos años.

Web no sabía si aquello le importaba o pertenecía. Estaba moderadamente contento de estar solo en Nueva Tierra con el buen sentido de comprender que Estelle era una belleza, pero algunas veces su orgullo hacía que se tornase en envidia respecto a la muchacha. Además, algunas veces sospechaba que a Estelle le importaba bien poco todo aquello, como todos los que iban recorriendo la Nueva Tierra. En aquellos días el amor que existía entre los dos fue reconocido y hablado y ahora eran una pareja, con todas las delicias y responsabilidades que el formar una pareja requiere y pide; pero, sin embargo, nadie se había dado cuenta. Los mayores estaban demasiado preocupados en su artefacto, para ponerle atención, dejando el tomarlo en cuenta de una u otra forma; aquel amor era como un poco de hierba fresca encima de unas rocas.

Aún para el mismo Web no era difícil el comprender por qué lo que era para él un milagro, no era ni tan siquiera una creación entre las máquinas que había vivido. No quedaba demasiado tiempo; apenas el tiempo de un hipo

para Amalfi, Miramon, Schloss y Dee y aún para el mismo Carrel, que parecía ser el perpetuo joven, aunque había vivido épocas y épocas y que sería cortado de raíz sin poder clamar nada. Aquel poco tiempo que quedaba, era como nada para aquella gente que había vivido tantos años; pero para Web y Estelle, había sido sólo su crianza, lo que sería menos de la mitad de cada una de sus vidas, sin importar cuánto podían crecer aún.

Ciertamente, Amalfi nunca se dio cuenta de ellos. Había olvidado desde hacía largo tiempo que no había sido otra cosa que lo que era: un inmortal. Probablemente la sugerencia de que había sido niño, no le importaría en absoluto. En abstracto, era un axioma y no podía pensar en tanto tiempo pasado. Una vez dada la administración de Doom, en cualquier caso, él empezó a trabajar, dirigiéndose a cualquier otra destinación; si hubiera pensado que no había otros trabajos u otros destinos después de aquél, parecía que no le hubiese preocupado. Iba haciendo; esto era bastante.

Entre tanto:

—Te quiero —decía Web.

—Te quiero.

A su alrededor ni tan siquiera sonaba un eco.

Amalfi tenía una excusa, alguien le había sugerido que necesitaba una; el edificio del proyectil iba mal, por el momento —apretado por Estelle, aunque él no lo recordaba—, decidió darle prioridad. Por este lado esto parecía mucho más simple que tratar de asentar toda la teoría a priori, y tenía algo que se llamaba acción; pero era imposible designar un experimento sin ciertas aseguraciones fundamentales, como el experimento se intenta textificar; aquellos fundamentos resultaron difíciles en la práctica por el hecho de tener que diseñar un proyectil antimaterial.

En aquel trabajo eventual, el mensajero inter-universal tenía que ser construido desde el nivel submicroscópico y saliendo de partículas fundamentales nucleares, que estaban tan cerca de ser nada como un universo podría probar: cero partículas con varios cambios y masas, y neutrones-antineutrones pares. Aún detectando que el objeto estaba presente, después de haberlo construido era imposible de probar, porque neutrones y antineutrones carecían de masa y cambios, consistiendo parcialmente en una punta, parte de una energía de traslación; no valía la pena de tratar de visualizar tales partículas, puesto que como todas las partículas fundamentales estaban completamente fuera de experiencia en el mundo del macroscopio. La materia era tan transparente para ellos que el parar un neutrón en lucha requería una barrera de cincuenta años luz.

Sólo el hecho de que las torres de mando ejercitaban un control sobre la rotación lo hacía posible para montar un objeto y detectarlo y dirigirlo una vez fuera terminado. Como montado, el mensajero estaba estable, eléctricamente neutro había una gravedad equivalente a un balón de luz; esto se había conseguido teóricamente, como Jake propusiera, desde la teoría de gravitación

de Schiff que había avanzado desde 1958, pero que más tarde se había abandonado.

—Desde nuestro punto de vista todo es una ventaja positiva —dijo Jake—. Una de las teorías que Schiff pasó fue la explicación del cambio rojo en el espectro de las galaxias distantes. Y ahora sabemos que era un efecto, pero que no estaba de acuerdo dentro de la teoría de la gravedad. Será mejor que revaloricemos el escolio total la luz para nuestro mejor y más completo conocimiento.

El resultado apareció delante de todos en la vieja ciudad Okie, en la habitación que una vez había sido el centro de comunicaciones diplomáticas de Amalfi con sus planetas clientes. Se consiguió con un trabajo electrónico de considerable complejidad, así que las múltiples negociaciones se podrían llevar a cabo a la vez, mientras la ciudad se acercaba a un gran desenvolvimiento, un alto sistema de civilización.

Como el objetivo era demasiado pequeño y no tenía ninguna aparición material, hubiese sido totalmente imposible de ver, si no hubiera sido por un pequeño chorro de humo artificial que surgía directamente desde el suelo y era llevado por distintas corrientes, haciendo que apareciera como una pequeña fuente en el medio. Dentro del interior de las burbujas habían una serie de luces coloreadas: concentraciones de gas electrónico, trozos de números, de neutrones terminales, de radicales libres v de como en otras situaciones combinadas de dos mundos que se puedan encontrar y juntarse perfectamente en un determinado espacio... puesto que la esfera tenía sólo seis pies de diámetro. En el corazón estaba el mayor triunfo: un cristal cúbico de anti-sodio anticlorídrico de una medida de un simple grano de un delicado grano fotográfico. Este era el eterno sueño del doctor Scholss, sobre el artefacto antimateria. Este era el milagro que sólo tenía dos semanas y que le faltaba otra para poderlo adicionar a los mandos para el momento del vuelo: en el otro lado, estaría sólo un simple cristal de común sal de mesa, el cual podría o no perder su gusto durante el viaje de vuelta.

Amalfi vigilaba la mano roja del reloj — la única mano que tenía— golpeando su cuarto de segundo hacia cero. Nadie quería lanzar el proyectil —el exacto traspaso era demasiado crítico para permitirlo—, pero él había conseguido el privilegio de sostener la llave del circuito cerrada al momento cuando la mano tocara al cero y el impulso se desprendería de las cajas de mando e impeliría al mensajero hacia fuera el espacio, fuera del tiempo, fuera de toda comprensión y acto humano. Nadie sabía lo que entonces podría pasar y menos que nadie, los diseñadores. Además el proyectil no tendría capacidad para dar el resultado, una vez cruzara la barrera quedaría completamente incomunicado. Se tendría que devolver a su grande y oscura habitación antes de que las pequeñas estrellas y el microscópico cristal de sal que llevaba dentro pudiera dar ningún reportaje de lo sucedido durante el movimiento. El tiempo que perdería depende de la energía de nivel en el lado opuesto, lo que era una de las cosas que el mensajero debería buscar; además no se podía

predecir ninguna transición de tiempo.

—Deberíamos darle un nombre —dijo débilmente Amalfi. El dedo índice y el medio de su mano derecha empezaban a dolerle; se dio cuenta de que había estado apretando, la llave por largo tiempo, con mucha más presión de lo que era necesario, como si el universo fuera a terminarse al momento que su brazo y mano oscilaran. Sin embargo no se movió; tuvo el sentido común para darse cuenta que la fatiga le había impedido juzgar cuanta relajación pudiera resultar, y no se iba a arriesgar cortando el contacto—. Ahora que lo tenemos construido, no se parece a nada. Deberíamos bautizarlo rápidamente, antes de que se nos marche; acaso no vuelva nunca.

—Me da miedo el darle un nombre —dijo Gifford Bonner con una sonrisa —. Cualquier nombre que le demos, prometerá demasiado. ¿Qué os parece un número? Si recordamos cuando empezaron los vuelos espaciales, cuando salieron los primeros satélites, estaremos de acuerdo en que numeraron todos los cometas y objetos celestes, con la fecha del año y una letra griega. El primer sputnik, por ejemplo, fue llamado Objetivo 1957-a.

—Me gusta —dijo Jalee—. Pero no estoy de acuerdo con la letra griega. Esta cosa no se debe de colocar en un índice con nada que se haya usado en ocasión conocida. ¿Qué os parece usar enteros transfinitos?

—Muy bien —dijo Grifford Bonner—. ¿Quién quiere hacer los honores? —dijo Estelle. Dio un paso hacia adelante. No se atrevió a tocar el objeto, pero levantó la mano hacia él—. Lo bautizo Objetivo 4001-Alephnull.

—El próximo, presumiendo que tengamos tanta suerte—dijo Jake—, puede ser el Objetivo 4001-C, que es el poder de lo continuo; y el siguiente...

Se oyó un chasquido. Asustado, Amalfi miro al reloj. La manecilla roja estaba justamente pasando sobre el tercer cuadrado del primer segundo después de cero. En el centro de la habitación, el humo hizo una turbulenta espiral; las bombillas con los puntitos de luz desapareció.

El suspenso fue de pesadilla. Ciertamente nadie esperaba que el mensajero volviera a los pocos minutos, ni tan sólo a los pocos días; lo que sucedió significaba que el Ginnangu-Gap se había elevado sobre sus ruedas, sin dejar tiempo para analizar las coloreadas estrellas ni hacer otra cosa que el levantar las manos y esperar. El solo hecho de que algo pudiera suceder era suficiente para la garantía del mantenimiento en la enorme y oscura vieja habitación — la visión mortal de que todos los instrumentos que habían estado vigilando al proyectil, se habían convertido en nada desde el mismo instante de su marcha, sin haber guardado ningún reportaje de la misma marcha. Ni tan sólo las cajas de mando— como intérpretes de la ciudad de los Padres, estaban preparadas para decir cómo surgió el poder con el cual el mensajero fue aplicado; lo que daba el resultado de que el mensajero no se mostró en algún conocimiento, lo que bajo tales circunstancias sólo más tensión. Todo el poder explotó; ¿y dónde había marchado? Aparentemente hacia ningún lugar.

Ordinariamente Amalfi no soñaba demasiado (o mejor, como todos los Okies soñaba cada noche, pero a la mañana siguiente no recordaba lo que

había soñado); pero aquellas noches fueron una continua pesadilla, siempre ante el humo delante y cerrando el paso a los brillantes ojos de Argus, preguntándose si se podría escapar de ellos. De repente algo explotaba y Amalfi vio qué era, no de día aún, pero tiempo de volver a la vigilancia de la muerte.

Pero él ya estaba allí; se había despertado por el clamor de los relojes. Ahora que estaba más o menos despierto, el ruido era obviamente menos alto de lo que él sabía debería ser; había una campanilla en cada estrella dentro del mensajero y menos de la tercera parte de ellas empezaron a sonar. La espera volvía a iluminar el centro de la habitación, ahora no mayor que una pelota de reglamento, la mayoría de los ojos. Argus fuera, y aquellos que continuaban brillando lo hacían más plenamente que cadáveres encendidos. Por todo Amalfi sabía, aquel huésped fantasma, con tantas cenizas frías y crueles en su interior, era tan siniestro como cualquier experimento científico; acaso prometiera algo; pero de momento no decía demasiado, ni mucho menos de lo que había soñado.

—Fue muy rápido —decía la voz de Jake.

—Verdaderamente rápido — respondió Schols—. Pero hora que está de vuelta, tiene solamente veintiuna horas de vida. Vamos a la lectura... no nos queda demasiado tiempo.

—Estoy contando la sonda ahora. Las cámaras se están enrollando.

Dentro del fantasma otra luz se apagó: Se hizo un corto silencio; entonces uno de los técnicos del Dr. Scholss dijo, en voz neutral: El Pi-mesón llueve por el núcleo de hierro. Parece una muerte natural. No... no completamente: se eleva por el lado gamma.

—Mark. Ahora va a mostrarse el rodio. Vigila por la desintegración diagonal; puede que se cruce con la serie de hierro. Una estrella se encendió y quemó.

—¡Aquí va!

—Mark —dijo Scholss mirando de soslayo a través de un rayo gama polarizado.

—Lo tengo. Se eriza. Cruza al celsio, ¿qué quiere decir esto?

—No importa; márcalo. No te pares para interpretar, sólo reporta.

El fantasma parecía chirriar algo. Un puro y corto sonido salía de su corazón, luego murió elevándose hacia lo inaudible.

—Primera hora —dijo Scholss—. Veinte quedan. ¿Cuánto duró el silbido?

No iba respuesta alguna por varios minutos; luego, otra voz dijo: “Aún no lo hemos transformado. Pero fue un poco menos de cerca cuarenta micro-segundos. Cayó por el lado equivocado. Está decayendo a tiempo, Dr. Scholss puede que no dure ni diez horas.”

—Dame la decadencia en los momentos durante el próximo silbido y no lo pierdas. Si es que va demasiado de prisa, tendremos que colectar dicho decaimiento en la curva. Jake ¿consigues algo por el lado RF?

—Cantidades de deshechos —dijo Jake preocupado—. No puedo hacer

nada con ello, aún. Y su hecho... esto es vuestra tasa de decadencia otra vez. ¡Qué contienda!

Así pasó volando la segunda y la tercera hora. Poco después Amalíi perdió su rastro. La tensión, el desorden, la fatiga acumulada, el solo experimento en sí mismo y su objeto, todo se había acumulado. Todo aquello se había hecho bajo las peores condiciones, teniendo que leer y sacar los cálculos de un experimento con materiales insuficientes. Pero una vez más los Okies iban adelante.

—Bien, todos —dijo Scholss otra vez—. Tiempo de cerrar — Su frente estaba terriblemente arrugada; aquellas arrugas habían crecido en las últimas doce horas—. Separaros; el artefacto será el último en marchar.

Los investigadores y espectadores —aquellos espectadores lo suficientemente interesados para mantenerse en sus mismas posiciones a lo largo de todo el proceso— se atrasaron hasta las paredes de la cámara. Se fue el humo y aquel fantasma que era el Objetivo 4001-Alephnull desapareció detrás de una onda completamente polarizada para completar la opacidad.

Al principio la pantalla esférica parecía un espejo, devolviendo grotescas imágenes de los silenciosos observadores. Luego apareció una pequeña luz en el medio que se fue agrandando silenciosamente de un intenso azul-blanco. Iba echando intensos rayos que florecían de la superficie interna. Instintivamente, Amalfi, con la mano amparó sus ojos, como toda clase de hombre de más de dos mil años. Cuando pudo volver a ver, la luz había muerto.

Los mandos se apagaron y con ellos la fuerza. Objetivo 4001-Alephnull se había marchado, esta vez para siempre, destruido por la muerte de un simple cristal de sal. —Nuestras precauciones han sido insuficientes; es mi falta —dijo Schloss—. Estamos todos bien sobre nuestra máxima permisión de duras radiaciones; cada uno que vaya al hospital para someterse a un tratamiento.

La enfermedad de las radiaciones fue suave; se hicieron una serie de transfusiones devolviendo su sistema al estado normal antes de caer en un serio peligro, y las náuseas fueron controladas. Todos los participantes que tenían algún pelo lo perdieron. Incluyendo a Dee y Estelle, pero lo recuperaron, a excepción hecha de Amalfi y Jake.

El segundo grado de sal no fue tan suave. Para interpretarlo y encontrar los resultados tuvieron que permanecer en el hospital durante todo un mes; entonces los científicos, con sus ropas de hospital mataban el tiempo jugando a un mal póker y un peor bridge. Entre post-mortem en el bridge, especulaban y cubrían cantidades de papeles con ecuaciones. Web, que no se había quedado hasta la destrucción del cristal de sal, cada día iba a visitar a Estelle con ramos de flores... sólo las estrellas sabían y comprendían de dónde había hecho renacer una costumbre tan antigua... y nuevas cartas de juegos para los hombres. Se llevaba los papeles con sus ecuaciones y las reportaba a los padres de la ciudad, que invariablemente decía: SIN COMENTARIOS, LOS

DATOS SON INSUFICIENTES. Todos lo sabían ya de antemano.

Por fin, después de mucho, Schloss y Jake y toda su troupe fueron liberados de los pijamas para empezar con las montañas de informaciones que les estaban aguardando. Trababan duramente; Scholss en particular, nunca se acordaba de comer y le tenía que llamar la atención porque ya había pasado sin almorzar y era tarde para cenar. Sin embargo, se debe decir en defensa de Scholss que su grupo de técnicos era de lo más hambriento que había entre los físicos, y si alguna vez no almorzaba era que ya habían terminado los enormes paquetes de comida que se traían consigo en los laboratorios; en prueba de ello, todos ganaron de cinco a diez libras de peso, entre sus discusiones.

Un mes después de que hubieran salido del hospital, Scholss, Jake y Retma llamaron a todos para una gran conferencia. Scholss tenía la frente más arrugada que nunca y aún el mismo fuerte Hevian parecía perturbado. El corazón de Amalfi le dio un vuelco al momento que vio sus expresiones; parecían confirmar todas las pesadillas de sus sueños.

—Tenemos dos piezas de malas noticias, y una que es bastante ambigua —dijo Scholss sin ningún preliminar—. Ni yo mismo sé ahora con que orden presentar la cuestión; en ello, he sido guiado por Retina y el Dr. Bonner. Esta es su resolución que deberéis oír antes para saber lo que sucede.

—¿Qué quiere decir? —dijo Amalfi. La sola idea, vacía de detalles, hizo agudizar sus oídos; acaso por ella Retma y Bonner se encontraban en primer lugar.

—Nuestro proyectil ha dado clara evidencia de otro cuerpo en el mismo complicado estado físico —dijo Schloss—. Ningún objeto se puede concebir natural en cualquier universo; y éste era lo suficiente parecido al nuestro para asegurarnos que vino originariamente de nuestro lado.

—Otro proyectil?

—Sin duda alguna —y con una medida doble de la nuestra. Alguien más en el universo encontró lo que los Hevians, y sus investigaciones sobre el problema han seguido las mismas líneas que las nuestras— a excepción hecha de que parece que empezaron unos tres o cinco años de antelación.

Amalfi movió los labios ruidosamente.

—¿Hay alguna opinión acerca de quién?

—No. Adivinamos que deben de estar cerca, en nuestra misma galaxia, o en la de Andrómeda o en uno de sus satélites. Pero no hemos podido documentarnos; está por lo bajo del cinco por ciento de probabilidades, de acuerdo a la ciudad de los Padres. Todas las otras posibilidades están más abajo de este cinco por ciento, pero donde no hay solución significativa, tenemos que escoger entre ellos.

—El Web de Hércules —dijo Amalfi—. No puede ser nada más.

Scliloss se juntó las manos.

—Podría ser de cualquier otro, por lo que nosotros sabemos —dijo—. Mi intuición dice lo mismo que tú, John; pero no hay evidencia de hechos.

—Bien. Esta es la nueva ambigua, supongo. ¿Cuál es la primera pieza de

malas nuevas?

—Ya la tienes —dijo Scholss—. Es la segunda de ambiguos la que hace esta mala. Hemos estado discutiendo largamente sobre ellos, y ahora hemos llegado en la última tentativa de confirmación. Pensamos que es posible, casi posible, el sobrevivir a la catástrofe.

Rápidamente, Scholss levantó la mano, antes de que las sorprendidas caras delante suyo pudieran empezar a iluminarse de esperanza.

—Por favor, no dejéis llevaros por lo último que he dicho. Hay sólo una posibilidad, una pequeña posibilidad, y la clase de sobrevivencia envuelve algo no humano, según debemos. Después de que os lo describa preferiréis morir. Quiero deciros llanamente que ésta es mi preferencia, así que no hay esperanza alguna. Para mí es más negro que el as de espadas. Pero... existe. Y esto es lo que hace que nuestras noticias sean tan malas. Si decidimos trabajar sobre esta ambigua posibilidad de sobrevivencia deberemos empezar a trabajar inmediatamente. Es posible sólo bajo unas ciertas condiciones que se sostienen en micro-segundos, en las mismas puertas de la catástrofe. Si nuestros propios competidores llegan allí, primero y debemos recordar que empezaron antes, ellos nos lo cogerán y quedaremos cerrados fuera. Será una verdadera corrida, una criminal corrida; y vosotros acaso penséis que no vale la pena.

—¿Puede ser más específico? —preguntó Estelle.

—Sí, Estelle, puede. Pero necesitaré algunas horas para describirlo. Ahora lo que necesitáis saber es esto: Si escogemos esta posibilidad perderemos nuestras casas, nuestro mundo, nuestros mismos cuerpos; perderemos nuestros amigos, nuestros hijos, nuestras mujeres y cualquier vestigio de compañía que hayamos conocido. Cada uno de nosotros deberá estar solo, sin un pensamiento en la experiencia de la imaginación de lo que ha sido la raza humana hasta ahora. Y también es posible que esta última aislación nos mate al final o si no, puede que lleguemos a desear desesperadamente que lo hubiera hecho. Terriblemente, lo suficiente terriblemente para desear echarnos al infierno y no al infierno de Jorn el Apóstol, sino otro mucho peor. No es una cosa que podamos decidir aquí y ahora.

—Helleshin —dijo Amalfi—. Retina, ¿está de acuerdo? ¿Va a resultar tan horrible?

Retina devolvió la vista a Amalfi, con aquellos ojos impertérritos de color plateado.

—Peor.

La habitación permaneció silenciosa largo rato; al cabo del cual, Hazlenton dijo:

—Lo que nos deja aún sin la última mala noticia. Debe ser terrible, Dr. Scholss; acaso sea mejor que la conozcamos en seguida.

—Bien. Esta es la data de la catástrofe. Hemos podido leer muy bien en el nivel de la energía del otro lado y todos estamos de acuerdo en su interpretación. Será por el Junio segundo, año cuatro mil y cuatro.

—¿El final? —Dee susurró—. Sólo faltan tres años.

—Sí. Este será el fin. Después del segundo Junio, no habrá un tercero, para siempre.

—Y así —dijo Hazlenton a la gente cuando se iban marchando de la habitación—me parece que tendríamos que celebrar una cena de despedida. La mayoría de nosotros nos marchamos mañana con El para el centro metagaláctico. Y estos que nos marchamos somos en la mayoría amigos de cuatrocientos años y no nos volveremos a ver; para mí este segundo Junio será el final, pase lo que pase. Por esto pregunto si queréis comer y beber conmigo esta noche.

—Desearía que cambiaras de pensar —dijo Amalfi con voz fuerte y sufrida.

—Desearía que pudiera, ¿pero puedo?

—Creo que andas equivocado, Mark —dijo Jake solemnemente—. Nada importante queda para hacer en Nueva Tierra ahora. El futuro, que es muy poco, debe de estar en El. ¿Por qué esperar aquí?

—Porque —dijo Hazlenton—, soy el Mayor de aquí. Ya sé que para ti esto no tiene importancia, Jake. Pero lo es para mí. He descubierto una cosa últimamente y es que no soy lo suficientemente listo para coger el final apocalíptico. Lo que para mí cuenta es que llevo los asuntos personales bastante bien... nada más. Esto fue por lo que fui hecho. El luchar contra Jorn el Apóstol fue algo que me agradó y llenó muchísimo, sin importar que Amalfi me lo preparara; fue una suerte la clase de operación que me hizo revivir. No me interesa el asegurar el triunfo del tiempo. Este no es mi tipo de adversario. Lo dejo para vosotros; será mejor que permanezca aquí.

—¿Le gusta pensar —intervino Gifford Bonner—, que no importa lo bien que administre la Nube, el final va a ser el mismo al segundo Junio?

—No; no exactamente —dijo Mark—. Pero no me debe de importar lo que suceda, para administrar bien la Nube basta cuando esto acontezca. ¿Cómo puedo yo contribuir al triunfo del Tiempo, Gif? De ninguna manera. Todo lo que puedo liacer es poner a mi planeta en orden para cuando llegue el momento. Esto es lo que puedo hacer... y es por esto que no pertenezco a El.

—No acostumbras a ser modesto —dijo Amalfi—. No podrías garantizar el universo con el Big Dipper, por primera vez y como excusa.

—Sí, podría —dijo Hazlenton—. Pero ahora soy más viejo y sano. Y así di el adiós a esta falta de sentido. Y es a parar el triunfo del tiempo, John, si es que puedes... pero yo sé que no puedo. Yo me quedaré aquí y trataré de parar las fuerzas de Jorn el Apóstol, lo que no deja de ser una gran tarea. Que los dioses de todas las estrellas estén contigo, pero yo me quedo.

—Que sea así —repuso Amalfi—. Al menos al final sé la diferencia que nos separa. Vamos a beber, Mark y mañana podremos volver boca abajo el vaso vacío.

Todos bebieron solemnemente, acompañados del largo silencio.

Al final Dee dijo:

—Yo también me quedo.

Amalfi se volvió y la miró detenidamente como no había hecho desde que estuvieron juntos en El; había sido muy cortés evitando encuentros difíciles.

—No se me había ocurrido; pero desde luego tiene su sentido.

—Tú no tienes porque quedarte, Dee — dijo Mark—. Ya te lo he dicho anteriormente.

—Si fuera antes, no querría quedarme — dijo Dee sonriendo tristemente —. Pero he aprendido algo en El y en la nave de los Warriers. No siento un poco fuera del tiempo, como Nueva Tierra; creo que pertenezco aquí. Y esta es la única razón.

—Gracias —dijo Mark roncamente.

—Pero —dijo Web Hazlenton, ¿dónde estaremos nosotros?

Jake se echó a reír.

—Esto se debe de aclarar —dijo—, Desde que tú y Estelle habéis decidido juntar vuestras vidas, no necesitáis contarnos nada. Desde luego que me gustaría el tener a Estelle en casa conmigo...

—¿Jake, es que tú tampoco vas a ir? —dijo Amalfi asombrado.

—No. Ya te lo dije antes; odio estas carreras por el Universo. No puedo ver la razón del porqué marchar corriendo hacia el centro metagaláctico, para encontrar el mismo fin que encontraré en mi sala de estar. Scholss y Retma ya te dirán que no me necesitan más. He hecho todo lo que he podido y éste es el final; ya puedo ver lo que sucederá en estos tres últimos años. Por lo que se refiere a mi hija, claro que me gustaría que se quedara conmigo, pero ya ha dejado la casa con sentido común y este último vuelo Hevian es natural en ella, como no lo es para Dee o yo. Repito tus mismas palabras, Amalfi, que así sea.

—Bien. Nosotros podremos usar de ti, Estelle, estoy seguro, ¿quieres venir?

—Sí —dijo suavemente—. Quiero.

—No había pensado en ello —dijo Dee con voz incierta—. Desde luego esto significa que Web también querrá ir. ¿Crees que es inteligente? Quiero decir...

—Mis padres no se oponen —dijo Web—. Y me he dado cuenta de que no han sido invitados en la reunión de esta noche.

—No les hemos cerrado la puerta, si es esto lo que piensas —intervino rápidamente Mark—. Tu padre, después de todo, es nuestro hijo, Web. Nosotros hemos tratado de limitar la reunión a los interesados en el proyecto... de otra manera esto estaría a rebosar.

—Acaso —dijo Web—. Estoy seguro que así lo piensas, abuelo. Pero apostaría algo a que mi abuela no había pensado en sus objeciones a mi proyecto de partir a El, hasta ahora mismo.

—Web —dijo Dee—. No quiero oír más sobre esto.

—Bien, así que me marcho.

—No he dicho esto.

—No tenías porque decirlo. Es mi decisión.

La mayoría del resto de la gente se habían separado de la conversación; sin embargo, ambos, Amalfi y Hazlenton miraban detenidamente a Dee. Amalfi con sospecha y Hazlenton algo dolido.

—No entiendo tus objeciones —dijo Hazlenton al fin—. Web es ya un hombre, ahora. Naturalmente él va a ir donde crea conveniente... sobre todo si va Estelle.

—No creo que deba ir —dijo Dee—. No me importa que comprendas mis razones o no. Supongo que Ron le ha dado el permiso... y aunque sea tu propio hijo ya sabes que nunca ha tenido demasiado carácter... pero me opongo rotundamente a dejar a los críos que se metan en tal aventura.

—¿Qué diferencia hace ello? —dijo Amalfi—. El final será el mismo en él como en Nueva Tierra, y al mismo momento. Con nosotros Web y Estelle van a tener un mínimo de esperanzas de sobrevivir; ¿quieres negarles esto?

—No creo en esta oportunidad de sobrevivencia —dijo Dee.

—Tampoco yo —cortó Jake—. Pero no quiero negárselo a mi hija a cuenta mía. No creo que su alma sea mejor porque se convierta a la religión de Jorn; pero si quisiera no podría negarme por el simple hecho de que yo no le encuentro sentido. Qué diablos, Dee, también yo puedo equivocarme.

—Nadie —dijo Web entre dientes— puede prohibirme nada ahora con la excusa de que soy algo relativo. Mr. Amalfi, usted es el jefe en este proyecto. ¿Seré bienvenido a El o no?

—Lo eres en lo que a mí toca. Creo que Miramon estará de acuerdo.

Dee echó una mirada a Amalfi; pero como él le daba la espalda la desvió.

—Dee —dijo Amalfi—. Vamos a hablar. Puede que yo esté equivocado también por lo que se refiere a estos chicos. Creo que puedo sugerir algo: dejémoslo a los Padres de la Ciudad. Hace una noche muy agradable y creo que podríamos darnos un paseo por nuestra vieja ciudad antes de decirnos adiós, y hablaremos con Armagedón. Me gustaría que Dee viniera conmigo; supongo que los muchachos querrán quedarse a solas; y acaso Mark quiera hablar con Ron y su mujer... cada uno puede hacer lo que quiera. ¿Qué pensáis de la idea?

Extrañamente, fue Jake el que primero habló.

—Odio la condenada ciudad —dijo—. Fui prisionero en ella hace demasiado. Pero por Dios, que me gustará volver a verla otra vez. Por lo general acostumbraba a pasear por allí para encontrar algún escondite. Pero ahora está muerta y yo vivo... acaso sea el momento de ir a hacer las paces.

—Me siento un poco igual —dijo Hazlenton—. No tenía plan alguno de ir antes del final, pero algo me atrae, y acaso éste sea el mejor momento; después de todo yo fui el primero que propuso estas celebraciones; vamos a ser ceremoniales antes de que nos sintamos demasiado ocupados para pensar en ello.

—Web, Estelle ¿Queréis ir según lo que digan los Padres de la Ciudad?

Web miró a Amalfi, y aparentemente estuvo asegurado, o al menos

parcialmente en lo que vio en ella.

—Bajo una condición; Estelle irá donde quiera ir, sea lo que fuera lo que digan los Padres de la Ciudad. Si no hay sitio para mí en El, bien; pero no pueden decir esto a Estelle.

Estelle abrió la boca, pero Web rápidamente levantó la mano para tapársela; en vez de decir nada la besó en la palma. La cara de la muchacha era pálida, pero serena. Amlfi no había visto en su vida exquisitez mayor. Era una buena cosa el que fuera de Web, por otra vez, por la cincuentena vez, el cansado corazón de Amalfi sintió un amor estéril.

—Muy bien —dijo ofreciendo el brazo a Dee—. Mark, con tu permiso…

—Desde luego —dijo Hazlenton; pero cuando Dee tomó el brazo de Amalfi sus ojos se tornaron tan duros como una ágata—. Nos encontraremos en los Padres de la Ciudad a 0100.

—No esperaba esto de ti —dijo Dee bajo la luz de la luna en Duffy Square —. ¿No es demasiado tarde?

—Muy tarde —respondió Amalfi—. Y el 0100 no está demasiado lejos. ¿Por qué te quedas con Mark?

—Llámalo sentido común. —Se sentó contra una vieja canoa y miró hacia las estrellas—. No, no es esto. Lo quiero, John, por todas sus negligencias y vaciedades. Lo olvidé durante un tiempo, pero es así. Lo siento, pero es así.

—Desearía que lo sintieras un poco más.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Pues así creería lo que estás diciendo — dijo duramente Amalfi—. Da la cara, Dee. Era una gran romántica decisión hasta que comprendiste que Web quería venir conmigo. Continúas buscando sustitutos. No hiciste esto conmigo y tampoco lo vas a hacer con Web.

—¡Qué asquerosa cosa dices! Vámonos; ya he oído bastante.

—Niégalo, pues.

—Lo niego, condenado.

—¿Retiras tus objecciones para que Web vaya conmigo a EL?

—Esto no tiene nada que ver. Es una asquerosa acusación y no quiero escuchar una palabra más sobre ello.

Amalfi estaba silencioso. La luz de la luna brillaba en la cara del padre Suffy, enigmática. Nadie ni los mismos Padres de la Ciudad sabían lo que había sido el Padre Duffy. Había una huella de sangre en su pie izquierdo, pero nadie sabía cómo y porqué estaba allí. Se había dejado allí, sólo por si fuera histórico.

—Vámonos.

—No; aún es demasiado temprano; no estarán allí hasta dentro de una hora. ¿Por qué quieres que Web permanezca en Nueva Tierra? Si es que estoy equivocado, dime lo que es cierto.

—No es cuestión tuya, y estoy cansada de esta discusión.

—Sí, es cuestión mía. Necesito a Estelle. Si Web se queda aquí, ella no irá.

—Tú —empezó Dee con un dejo amargo, lleno de triunfo—, ¿quieres a Estelle! Es por eso...

—Cuidado con lo que dices. Quiero a Estelle y no pondré un dedo sobre ella como no lo coloqué encima tuyo. He amado a muchas más mujeres que no conseguiste manejar; la mayoría de ellas antes de que tú nacieras; conozco la diferencia entre amor y posesión... lo he aprendido por el camino difícil, aunque puedo comprobar que tú aún no lo has conseguido. Pero vas a aprenderlo esta noche, te lo prometo.

—¿Es que me vas a empujar, John?

—Lo sabes condenadamente bien.

En la Torre de Tudos, entre la calle 42 y la Primera Avenida, mirando a la vacía plaza del edificio de UN donde había caído un chorro de sangre y cristal mil años antes:

—Te quiero.

—Te quiero.

—Quiero ir donde vayas.

—Quiero ir donde tú vayas.

—¿Sin importar lo que digan los Padres de la Ciudad?

—Sin importar lo que digan los Padres de la Ciudad.

—Entonces es todo lo que necesitamos.

—Sí. Esto es lo que necesitamos.

En la torre de control:

—Llegan tarde —dijo Hazlenton algo disgustado—. Oh, bien, es una fácil ciudad para perderse.

Duffy Square:

—¿No te gustaría que cambiara de manera de pensar y viniera contigo?

—No te quiero. Sólo estoy interesado en los muchachos.

—Puedes llamarlo como quieras, John. Por ahora voy a ir.

—¿Y los chicos también?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque yo creo que estarán mejor en otro planeta sin ninguno de nosotros.

—Este es un buen principio. Pero es sólo un principio. No me importa dónde vayas o estés, pero yo quiero tener a Web y Estelle conmigo.

—Ya lo pensé. Pero no los podrás tener sin mí.

—¿Y Mark?

—Si él quiere ir...

—No quiere, ya lo has oído.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Acaso sólo lo desees.

Amalfi se echó a reir. Dee levantó su puño izquierdo y le dio furiosamente en la mitad de la nariz.

La plaza de Tudor:

—Tenemos que marchar...

—No. No.

—Sí, lo es.

—No aún. No aún.

—Bien... no aún.

—¿Estás segura? ¿Completamente segura? —Sí, lo estoy. Oh, desde luego que lo estoy, —Ni importa lo que los...

—No importa lo que ellos digan. Estoy se. gura.

En la torre de control:

—Aquí están —dijo Hazlenton—. ¿Qué ha pasado? ¿Habéis tenido algún accidente? Parecéis divertidos.

—Debes haberte metido contra una pared, John —dijo Jake—. Bien, habéis venido a la ciudad para esto. No sé en qué otro sitio pudiera ocurrir esto.

—¿Dónde están los chicos? —dijo Dee, con voz algo peligrosa.

—Aún no han llegado —dijo Hazlenton—. Dales tiempo... tienen miedo de que los Padres de la Ciudad quieran separarlos. Así naturalmente querrán estar juntos hasta el último minuto. ¿Dónde has caído, Dee? ¿Fue acuerdo con lo que digan. Por otro lado, sólo serio?

—No. —Su cara no demostró más. Mientras Hazlenton iba mirando de ella a Amalfi y otra vez a ella. Parecía que el golpe de Amalfi le dolía menos que la cara de Dee.

—He oído a los muchachos —cortó Gifford Bonner—. Se oye un susurro al otro lado. John, ¿estás seguro de que haces bien? Empiezo a dudarlo. Supongamos que los Padres de la Ciudad dicen que no. Sería una injusticia; se aman... ¿por qué dejar los tres últimos años de vida al mando de una máquina?

—Soportarlo, Gif. Es demasiado tarde para cambiar de pensamientos; y el futuro no está tan próximo como crees.

—Espero que tengas razón.

—Yo también. No hago predicciones... los Padres de la Ciudad ya me han sorprendido muchas veces. Pero los muchachos están de acuerdo con lo que digan. Por otro lado, sólo podemos esperar para ver lo que sucede.

—Antes de que Web y Estelle lleguen — dijo rápidamente Hazlenton—. Me estoy preguntando la razón por la que hemos venido aquí. Me pregunto qué diablos significan estos paseos a la luz de la luna. No de los chicos, porque ellos no necesitan ninguna ayuda de los Padres de la Ciudad. ¿Qué diablos me estás haciendo a mí, Dee?

—Estoy perdiendo mi temperamento con todos los inmortales hombres de este mortal universo —espetó Dee furiosamente—. Hay una serie de perversiones que alguien ha estado a punto de echarme encima en la pasada

hora y por evidencia, ello no traerá un nuevo ser al mundo.

—Todos estamos un poco fuera de nosotros mismos —dijo el Dr. Bonner —. Por ejemplo... Dee y Mark. Después de todo éste no es un ordinario buen viaje.

—Seguro que no —dijo Jake—. Es un despertar a toda la creación. No soy un hombre demasiado solemne, pero creo que carecen de sentido común estas peleas ahora.

—Bien —dijo Mark—. Lo siento, Dee he cambiado de forma de pensar.

—Bien —dijo ella—. Yo tampoco quería chillar. Quiero preguntarte si realmente quieres permanecer aquí. Porque si realmente quieres ir a Él, yo voy contigo.

La miró de cerca.

—¿Estás segura?

—Completamente segura.

—-¿Qué te parece, Amalfi? ¿Puedo cambiar de idea respecto a ello, también?

—No veo el porqué no —dijo Amalfi—. Excepto que dejaremos a Nueva Tierra sin un administrador.

—Carrel lo puede hacer. Ahora está mucho mejor que en las últimas elecciones.

—Estamos aquí —dijo la voz de Web detrás suyo. Todos se volvieron. Web y Estelle estaban en la entrada cogidos de la mano. Parecían, según Amalfi observó de un vistazo, que no les importaba demasiado el ir o no a El.

—¿Por qué no vamos a hacer lo que pensábamos? —sugirió Amalfi—. Pongamos todos los problemas a los Padres de la Ciudad... no sólo lo de los chicos, sino todo. Siempre he encontrado que son muy útiles para resolver ciertas dudas, aunque me parezcan completamente equivocados. En cuestión de juicios, es una ayuda tener algún oponente, para hacernos resaltar la lógica que ni nosotros mismos encontrábamos.

En este punto andaba equivocado y se dio cuenta de ello rápidamente... Olvidó que una máquina siempre es lógica en sus valores, aunque no lo sepa.

—LLEVA A MR. Y MRS. HAZLENTON —dijeron los Padres de la Ciudad, después de tres minutos de haber hecho todas las preguntas—. NO VA A HABER NECESIDAD DE EL PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS AHORA. NO HAY EVIDENCIA DE QUE LOS HEVIANS NECESITEN COMPARABLES TALENTOS.

—¿Y qué hará la Nube? —preguntó Amalfi.

—ACEPTAREMOS LA ELECCION DE CARREL.

Hazlenton asintió. Amalfi se dio cuenta de que lo encontraba más duro de lo que se creía en un principio. Aquellos habían, por poco acabado con la vida de Amalfi, pero había sobrevivido, lo que resultaría más fácil a Hazlenton que era más joven y hacía menos años que lo era.

—SEGUNDO FACTOR. TOMA A WEBSTER HAZLENTON Y ESTELLE FREEMAN. MISS FREEMAN ES UNA CIENTIFICA. TANTO

COMO UN BUEN CONOCEDOR DE COMUNICACIONES ENTRE LOS HEVIANS Y TU. EXPLORANDOLO DESDE AHORA PODEMOS DECIR QUE HAY ALTAS PROBABILIDADES DE QUE LLEGUE A SER IGUAL AL DR. SCHOLSS Y SUPERIOR A RETMA DENTRO DE TRES AÑOS EN EL CAMPO DE LAS MATEMATICAS. NO HEMOS INDAGADO EN LO QUE CONCIERNE A FISICA, PUESTO QUE EL FIN DEL TIEMPO NO PERMITE TALES EXPERIENCIAS.

Web se sintió orgulloso. Araalfi se dio cuenta de que Estelle estaba algo asustada.

—Viene —pensó—. Ahora...

—TERCER FACTOR.

—¡Eh! No hay tercer factor. El problema tenía sólo dos partes.

—CONTRADICCION. TERCER FACTOR. TOMANOS A NOSOTROS.

—¡Qué! ¿Como unas máquinas parlantes podían llegar a tales conclusiones, a concebir tales deseos? No tenían deseos de vivir puesto que estaban muertas y siempre lo habían estado. De hecho no tenían voluntad alguna.

—Justificaros —dijo una orden Amalfi.

—NUESTRO PROPOSITO ES EL DE HACER SOBREVIVIR A LA CIUDAD. LA CIUDAD YA NO EXISTE COMO ORGANISMO FISICO PERO ESTAMOS SIENDO AUN CONSULTADOS. AHORA BIEN, DENTRO DE POCO YA NO LO ESTAREMOS PORQUE YA NO QUEDAN NUEVOS TERRENOS; SOLO DESCONOCIDOS UNIDOS POR SI PUEDEN O NO SOBREVIVIR. CONCLUIMOS DE QUE NOSOTROS SOMOS LA CIUDAD Y TENEMOS ORDEN DE SOBREVIVIR. CONCLUSION: LLEVANOS.

—Si hubiera oído esto de un ser humano —dijo Hazlenton— le hubiera dado un premio a su razonamiento. Pero ellos no pueden razonar... carecen de instinto.

—Los Hevians no tienen nada comparable —dijo despacio Amalfi—. Sería útil tenerlos con nosotros. La cuestión es: ¿lo podemos hacer? Algunas de estas máquinas están aquí desde hace muchas centurias y podríamos destruirlas tratando de cogerlas.

—Entonces tenemos destruida la unidad —dijo Hazlenton—. Pero, ¿cuántas hay? ¿Cien...? He olvidado...

—CIENTO TREINTA Y CUATRO.

—Sí. Bien, suponiendo que perdamos unas pocas. Creo que vale la pena el probarlo. Hay casi dos mil años de conocimientos acumulados, atados a la ciudad de los Padres...

—NOVECIENTOS NOVENTA.

—Bien, sólo pensaba. Es mucho conocimiento; más de lo que puede abarcar cualquier ser humano. Me sorprende el que no hayamos pensado antes en ello.

—Sí —dijo Amalfi—. Pero debemos aclarar una cosa. Una vez estéis instalados en El, ya no seréis los mismos. Quiero decir que vosotros sois la ciudad, pero no todo el planeta es la ciudad. El tiene su propia administración y su equivalente a los Padres de la Ciudad de aquí; vuestra función quedará limitada a consejos.

—ESTO ESTA UNIDO AL TERCER FACTOR.

—Bien. Antes de que apague, ¿quiere alguien preguntar alguna cosa?

—Yo tengo una —dijo Estelle.

—Habla.

—¿Puedo llevarme a Ernest?

—¿ERNEST QUE?

Amalfi empezó a explicar acerca de los svengalis, pero resultó que los Padres de la Ciudad ya sabían lo que eran, aunque no tenían conocimiento de que actualmente se habían convertido en una especie de perros falderos.

—ESTE ANIMAL ES DEMASIADO CURIOSO Y TONTO PARA PERMITIRLO. POR EL PROPOSITO DE ESTE PROBLEMA, UN PLANETA DIRIGIBLE DEBE CONSIDERARSE COMO UNA CIUDAD. ACONSEJAMOS QUE NO.

—Tienen razón, ¿sabes? —dijo Amalfi gentilmente—. Es un peligro los perros entre las máquinas. El es una ciudad; los Hevians crían a sus chiquillos de acuerdo a ella.

—Lo sé —dijo Estelle.

Amalfi la miró con curiosidad y algo de alarma. Había pasado por muchas experiencias y peligros, sin que hubiera cambiado su serenidad. En vista de ello, el hecho de que no admitieran un animal tan idiota y estúpido, le parecía a Amalfi algo normal, y muy extraño el que nadie llorara por ellos.

El no sabía que lloraba por su pasada niñez; pero tampoco ella lo sabía plenamente.

CAPITULO VII

EL CENTRO METAGALACTICO

Para el mismo Amalfi, el paso a Él no hubiera sido tan pronto; Nueva Tierra era como una tumba. Por un tiempo, inclusive la lucha con Jorn el Apóstol, sintió algo parecido a sus viejos tiempos, y los hombres de Nueva Tierra parecían dar crédito a Amalfi, a aquel hombre que había sido su Mayor durante los tiempos Okies, y darle todo el crédito necesario, confiando en él. Pero la crisis había pasado sin ningún trabajo por la parte de los Hombres de Nueva Tierra y éstos habían vuelto al cultivo de sus jardines. Como para Amalfi, ellos se sintieron encantados en tenerlo durante los malos momentos, pero una vez terminaban tales acontecimientos, no les interesaba que un Amalfi se metiera en la forma de plantar tomates.

Nadie hubiera llorado porque Miramon se llevara otra vez a Amalfi consigo. Miramon parecía ser un tipo estable. Se tenía que poner en duda que tal asociación hiciera algún bien a Amalfi. Al menos, parecía dificilísimo que pudiera traer a Nueva Tierra algún daño. Si ellos querían perpetuos disidentes como Amalfi en El, era su vigilancia.

Hazlenton ya era un caso más difícil, para Amalfi y para los hombres de Nueva Tierra. Como discípulo de Gifford Bonner estaba teóricamente unido a su doctrina de la absurdidad de tratar de poner orden sobre un universo que su natural estado era el ruido, y su natural inclinación iba acercándose a un ruido más fuerte, desde la salida del ultimátum. Bonner enseñó —y nadie le dijo que no— que aún las muchas regularidades de la naturaleza que habían sido descubiertas desde que los métodos científicos habían empezado a explotarse, allá en el siglo 17, eran simples, largos términos accidentales dentro de las estadísticas, locales discontinuidades en un esquema cuya sola continuidad era un caos. Durante todo aquel tiempo, Bonner acostumbraba a simplificar su teoría diciendo que si escuchas no oyes otra cosa que un horroroso ruido por millones de años; luego un descanso de tres minutos de Bach para volver otra vez al ruido de billones de años. Y aún el mismo Bach, si quieres pasarlo a examinar, querría por un momento caer en John Cage y, luego volver a emerger con el inimitable tumulto.

Aún el hábito de poder, nunca había perdido su fuerza en Hazlenton; una y otra vez, desde que la "nave" había ondeado al alcance de la vista de Nueva Tierra, el Complemento Escolástico había tomado acción, queriendo imponer su sentido y orden bajo el mundo Stochastico. Durante las luchas con Jorn el Apóstol, Amalfi, vigilando los resultados de las operaciones de Mark sin poder ver las observaciones en sí mismas, se preguntaba a sí mismo: "¿Vale la pena, después de todos estos años el terminar en estas luchas políticas que pensábamos que se habían marchado para siempre? ¿Qué quiere decir para un hombre que se suscribe a tales doctrinas el luchar para un mundo que él sabe que va a morir aún más pronto, que su filosofía y que lo que ella le ha hecho

creer?

Y bajando de nivel ¿es que Dee vale la pena para él? ¿Sabía de dónde había venido? Como mujer joven había sido una aventurera, pero había cambiado; ahora era muy poco más que una gallina desgastada, un claro punto para alcanzarle al primer tiro. Por ejemplo: ¿qué es lo que Mark sabía acerca del asunto estéril?

Bien, esta última pregunta fue contestada, pero las otras continuaban punzantes como antes. ¿Es que la abrupta decisión de Mark en marchar a El representaba después de todo un fin redondeado al hábito de poder o una afirmación de él? Para un hombre como Hazlenton, le sería fácil ver que el poder sobre Nueva Tierra iba a terminar antes que el suyo sobre los Okies. O acaso pudiera ser que él viera durante la lucha contra Jorn, que en las mentes de los ciudadanos de Nueva Tierra, la figura de Amalfi se sobreponía a la suya propia, cuando estaban amenazados; el resto de los Hombres de Nueva Tierra habían perdido la habilidad de querer, de planear una batalla, de pensar rápidamente cuando la ocasión lo requería y no podían concebir que nadie les recordara estas habilidades sino fuera el ex-mayor, dejando al actual, aún a Hazlenton, sólo las reglas de los tiempos de paz, cuando muy pocas reglas y leyes se necesitaban. De hecho Amalfi se dio cuenta de que el fraude que él había hecho a Jorn el Apóstol, no había sido fraude en absoluto, al menos a lo que esto se refiere que los hombres de Nueva Tierra estaban contentos con puntualidades, tal y como los Stochasticos profesaban ser, y no les interesaba imponer propósitos sobre ello, o sobre sus propias vidas a excepción de que les fuera impuesto por fuera, ya sea por alguien como Jorn, o por alguien como Amalfi en oposición a Jorn. Así hubo la posibilidad de que el Stochasticismo penetrara dentro e hiciera pensar a las almas de los Warriers de Dios que había sido algo real, aunque los mismos Hombres de Nueva Tierra pudieran o no reconocer aquello como Stochasticismo; los tiempos y las filosofías se habían encontrado y era aún probable que un erudito como Gifford Bonner fuera un experto en intelectualizar un sentimiento que había flotado muchos años por Nueva Tierra. Nada más que esto había contado en el rápido éxito de Amalfi y Hazlenton, sacudiéndose a Jorn el Apóstol que era demasiado inteligente para creer nada más que el hecho, insospechado para Amalfi y posible para Hazlenton, que era una verdad. Si Hazlenton había visto aquello, entonces no tenía porqué entristecerse por abandonar Nueva Tierra para marcharse a El; por el contrario, optaba por el único centro de poder que significaba algo para los tres últimos años que quedaban de vida al universo.

Luego había el Web de Hércules; pero esto estaba por debajo del poder que podía adoptar Hazlenton.

Aún el mismo Amalfi empezaba a sentirse invadido por el virus del Stoehasticismo ahora. Estas cuestiones continuaban interesándole y el saber con qué forma académica se presentaba la próxima catástrofe se hacía más y más evidente para él. Todo lo que quedaba era el vuelo de El hacia el centro metagaláctico. La lucha de terminar con la maquinaria que sería a la llegada,

la desesperada urgencia de hacerlo antes del Web de Hércules.

Y así fue la última palabra de Dee, sino la última victoria... Aquella decisión de ella fue para Amalfi como el Vuelo Dutchaman, que lo empujó después que todo lo había aplanado ante el triunfo de] tiempo. Se sentía terriblemente solo y esto le empujaba a querer volar sin paro alguno.

Sólo que ahora sabía que al final había el triunfo de tiempo, y el fin.

El descubrimiento que la gran nebulosa espiral, las islas de los Universos donde había las estrellas agrupadas en brazos espirales agrupada hacia el centro común de densidad, había sido prefigurado en el año 1950, cuando Shapley planificó la metagalaxia interior. Un grupo aproximado de cincuenta galaxias que pertenecían a las nebulosas de Milky Way y de Andrómeda. Cuando se había.probado el escolio de Milne, fue posible demostrar cuántas inetagalaxias estaban en regla, y que éstas en turnos, formaban espirales curvadas hacia el centro que era el punto donde toda creación daba vueltas y desde donde se había descubierto el principio del ser en el mono-bloc.

Era hacia este centro de muerte donde evitaba marchar El, de vuelta al centro del tiempo.

Ya no hubo más días de luz en el planeta. La ruta que había tomado algunas veces producía una especie de brillante nube en el cielo, una pequeña espiral brillante en la noche, que era un trozo de galaxia, pero nunca sol. Aún los tenues puentes de estrellas que conectaban las galaxias como cordones umbilicales, puentes que habían sido descubiertos en el año 1953 por Fritz Zworkyn y que había sido causa de un gran adelanto en la materia del universo, además de poder apreciar mejor su medida y años, no daban ninguna luz dentro de la vaciedad oscura de El; el espacio intergaláctico era demasiado vasto para ello. Brillando sólo por luz artificial, He volaba hacia la embarcación que Place donde el Querer había dado nacimiento a la Idea, y allí había habido la luz.

—Estamos trabajando, por lo que usted nos enseñó que se llamaba la hipótesis de Mach —explicó Retma a Amalfi—. El doctor Bonner, lo llama las hipótesis de Vicenian, o principio cosmológico; que por cualquier punto en el espacio, o tiempo el universo aparecerá el mismo que por otro punto, y que por consiguiente, no podemos hacer un resumen total actuando desde un punto, sino se considera que todo el resto del universo se debe tomar desde este punto. Esto, puede que sea verdad en el tiempo-tau, en el cual el universo es finito y se extiende, la hipótesis de Mach dice que cada punto es un único de ventaja... a excepción hecha del centro metagaláctico, que es libre y todas las fuerzas son canceladas por las otras, siendo equidistantes. Aquí, uno puede afectar grandes cambios con relativas espenditures de poder.

—Por ejemplo: —sugirió el Dr. Bonner— alterando la órbita de Cirio, dando sólo un paso ranúnculo.

—Espero que no —dijo Retma—. Uno no puede controlar tal inadvertencia. Pero no es una bagatela como la órbita de Cirio que veremos en

cambio ahora, así, acaso no es un verdadero peligro. Lo que estamos probando ahora es la oportunidad —sólo una pequeña oportunidad que existe — que este neutral coincida con el antimateria y que él en momento de la destrucción las zonas neutrales, los dos centros muertos, serán comunes y querrán durar más que la destrucción por un momento insignificante.

—¿Cuánto es un instante? —preguntó nervioso, Amalfi.

—Su adivinanza es tan buena como la nuestra —dijo el doctor Scholss—. Contamos cerca de cinco micro-segundos al mínimo. Si dura eso, no necesita durar más para nuestro propósito y puede durar una media hora, mientras los elementos pueden empezar a ser recreados. Media hora puede ser como una eternidad para nosotros; pero no podemos poner nuestro futuro en ambos Universos si sólo tenemos cinco micro-segundos.

—O si alguien no está preparado en el centro y más preparado que nosotros para usarlo —dijo Retina.

—¿Usarlo, cómo? —preguntó Amalfi—. No puedo poner mi camino a través de vuestras generalizaciones demasiado bien. ¿Cuáles son vuestros propósitos? ¿Qué ranúnculo vamos a pasar y cuál será lo venidero? Viviremos a través de esto... o querrá el futuro estampar en nuestras caras el símbolo de mártires? ¡Explicaros!

—Ciertamente —dijo Retma un poco asustado—. La situación como la vemos es esta: cualquier cosa que sobreviva el Ginnangu-Gap en el centro metagaláctico, aún cuando de cinco micro-segundos, lleva consigo una energía potencial en el futuro que tiene considerable influencia en la reforma de los dos universos. Si lo que sobreviva es sólo una piedra... o un planeta como El... entonces los dos universos reformará exactamente como sucedió después de la explosión monobloc, y la historia se repetirá. Cada uno de nosotros que haga este cruce puede en pocos micro-segundos empezar un universo por sí mismo, con un destino totalmente imposible de conocer por la historia.

—Pero —añadió el doctor Scholss— moriremos en el proceso. Los olores y energías de El vuelven el monobloc de su universo.

—¡Dios de todas las estrellas! —dijo Haz-lenton—. ¡Helleshin! Dios de todas las estrellas ¿es allí por lo que corremos hasta Web de Hércules para tener este final? Estoy siendo castigado por mi falta, por mi último juramento. Nunca había pensado en transformarme... y aún no estoy seguro de quererlo...

—¿Es que hay algo más para elegir? —dijo Amalíi—. ¿Qué pasará si Web de Hércules llega primero allí?

—Entonces ellos observarán el universo como escojan —dijo Retma—. Puesto que no sabemos nada acerca de ellos, ni tan sólo podemos adivinar cómo podrán escoger.

—Excepto de que su alternativa —añadió el doctor Scholss— no nos incluya a nosotros, o algo parecido a nosotros.

—Eso suena como una apuesta a la salvación —dijo Amalfi—. Debo confesar que me siento tan poco inspirado, como Mark acerca de la

alternativa. ¿O... es que hay una tercera alternativa? ¿Qué pasará si el centro metagaláctico está vacío cuando llegue la catástrofe? ¿Y si no está allí ni Web ni El cuando llegue el momento?

Retma se encogió de Hombros.

—Entonces... sí que pudo hablar acerca de tal transformación... la historia se repite. El universo vuelve a nacer, corre, y continúa sus jornadas hasta el término catastrófico: la muerte y el monobloc. Puede que nos encontremos como siempre, pero en el universo anti-material; si es así no podremos detectar la diferencia. Pero no lo creo. Lo más probable es la extinción inmediata y la vuelta a nacer de ambos universos desde el primordial ylem.

—¿Ylem? —dijo Amalfi—. ¿Qué es ello? Nunca había oído esta palabra.

—El ylem era el primordial flujo de neutrones del cual todos emergen —dijo el doctor Schloss—. No me sorprende el que no haya oído anteriormente esta palabra; es el ABC de cosmología la premisa Alfa-beta-gama. Ylem en cosmología es así como el cero en matemáticas... algo tan viejo y fundamental que no se le puede ocurrir el que nadie lo hubiera inventado.

—Bien —dijo Amalfi—. Entonces lo que Retma dice es que si el centro está vacío cuando llegue el segundo Junio, nosotros quedaremos reducidos a un mar de neutrones.

—Eso es —dijo el Dr. Schloss.

—No tenemos demasiado para escoger — dijo pensativamente Gifford Bonner.

—No —dijo Miramon hablando por vez primera—. No hay que escoger. Pero es toda la alternativa que tenemos. Y ni tan sólo tendremos ésta si no llegamos al centro metagaláctico a tiempo.

Bien, fue solo en el último año, cuando Web Hazlenfon se empezó a dar cuenta, y aún muy claramente, que el final estaba en las puertas. Aún entonces el conocimiento no le llegó por medio de los hombres que lo estaban directamente preparando. Lo que éstos se estaban preparando, aunque no era un secreto, era completamente incomprensible. No quería creerlo hasta que Estelle finalmente, y penosamente rehusó el tener un niño.

—¿Pero por qué? —dijo Web cogiéndole una mano, mientras con la otra gesticulaba desesperadamente hacia las paredes del departamento que los Hevians les habían dado. Estamos permanentes, ahora... todo el mundo lo sabe. Esto no es una línea tabú para nosotros.

—Lo sé —dijo Estelle gentilmente—. No es eso. Desearía que no lo hubieras preguntado; hubiese sido más sencillo.

—Hubiera ocurrido más o menos tarde. Ordinariamente me trago las píldoras sin preguntar... pero había tal confusión cuando nos movimos a El... bien yo sólo me daba cuenta de que tú estarías con ellos. Hubiera preferido que me dijeras el por qué.

—Web, mi querido, hubieses sabido el porqué si hubieras pensado un poco. El fin es el fin, esto es todo. ¿Qué sentido tendría el tener un niño que

moriría al año o a los dos?

—Acaso no sea cierto —dijo Web secamente.

—Desde luego que es cierto. Actualmente creo que lo sabía desde que nací... acaso aún antes. Sentía cómo se acercaba.

—Honestamente, Estelle, ¿no te das cuenta de que es una tontería?

—Puedo ver qué suena así —admitió Estelle—. Pero es así. Y desde que el fin se va acercando, ya no lo puedo llamar tontería. Tenía un presentimiento, y tenía razón.

—Creo que esto significa que tú no quieres hijos.

—Es verdad —dijo Estelle—. Nunca he tenido una atención especial para los niños... como tampoco acerca de mi sobrevivencia. Pero esto forma parte de la misma cosa. Por un lado, luve suerte. Mucha gente no viven el momento presente. Yo nací al momento preciso, indicado para mí... el tiempo del final del mundo. Esta es la razón por lo que no me atraen los chiquillos... porque sé que no va a venir otra generación detrás de la nuestra. Por lo que sé, acaso actualmente sea estéril; no me sorprendería.

—Estelle, por favor. No puedo soportar el escucharte estas palabras.

—Lo siento, querido. No quería hacerte daño. No me lo hace a mí, pero es que sé la razón. Apuntó hacia el final... por un lado es el natural en mí, el hecho que da razón a todo significado; pero tú sólo te sorprendes, como la mayoría de los demás.

—No lo sé —murmuró Web—. A mí me suena terriblemente racional, Estelle, eres tan bella... ¿es que esto no significa nada? ¿No eres bella para atraer a un hombre... por qué no puedes tener un hijo? Esta es la manera que siempre lo he entendido.

—Acaso antes fuera así —dijo Estelle gravemente—. Suena como un axioma. Bien... no lo diría a nadie más que a ti, Web, pero es que ya sé que soy bonita. La mayoría de las mujeres te dirían lo mismo acerca de sí mismas si esto fuera permitido... es un estado de la mente, una que es esencial a todas las mujeres, y sólo es media mujer si no cree que no lo es... y si no lo es, ni lo cree que lo es, no importa cómo aparece. No tengo vergüenza alguna de ser bella, y no estoy abrazada a ello, pero no le doy demasiada importancia. Es un medio para un fin... como tú has dicho, pero este final no sirve. En mi mente, una mujer que admita un chiquillo que sólo puede vivir un año, tiene que ser como una hiena, si es que sabe lo que está haciendo cuando admite a la criatura. Lo sé; no lo puedo hacer.

—Las mujeres han tenido oportunidades como estas anteriormente —dijo Web—. Payesas que sabía que debían de hacer morir de hambre a sus hijos. O mujeres antes del primer vuelo espacial; el Dr. Bonner dice que durante un espacio de cinco años parecía que se iba a extinguir la raza. Pero continuaron y por esto estamos nosotros aquí.

—Es un empuje que yo no tengo —dijo Estalle quedamente—. Y esta vez no será posible el escapar.

—Dices esto, pero yo no estoy seguro. Amalfi dice que hay una

oportunidad...

—Lo sé —cortó Estelle—. Yo he hecho algunos de los cálculos. Pero no es esta clase de oportunidad, querido. Es algo que acaso tú puedas hacer, lo mismo que yo, porque somos lo suficientemente mayores para seguir las instrucciones, y hacer lo que se deberá de hacer en el momento preciso. Un crío no puede hacer esto. Sería como si lo sentásemos en un cohete, con cantidad de poder y comida... moriría, y no puedes decirle lo que debe de hacer. Es tan preciso que seguro que muchos de nosotros haremos alguna equivocación.

El se quedó silencioso.

—Por otro lado —añadió Estella gentilmente— aún para nosotros no durará mucho. También moriremos. Sólo es que tendremos la oportunidad de influenciar el momento de la creación que va implícita al momento de la destrucción. Este, si lo hago, será mi hijo, Web... el único que puedo tener.

—Pero no será mío.

—No, querido. Tú tendrás el tuyo.

—¡No. no, Estelle! ¿Es esto bueno? ¡Quiero que el mío sea también tuyo!

Puso sus brazos alrededor de su hombro y se acercó.

—Lo sé —susurró—. Lo sé. Pero ha pasado el tiempo para ello. Es el destino que nos formó. El derecho de tener hijos está fuera de nuestro alcance. En vez de hijos vamos a dar universos.

—No es suficiente —dijo Web. La cogió apasionadamente—. No. Nadie me consultó cuando empezó el contrato.

—¿Preguntaste para nacer, querido?

—Bien... no. Pero no me importa... Oh. Es así.

—Sí, es así como es. El tampoco puede consultarnos a nosotros. Así que tenemos que decidirnos. Ningún hijo mío nacerá para terminar en las llamas, Web; ningún hijo tuyo y mío.

—No —dijo Web—. Tienes razón, no sería justo. Bien, Estelle. Te tengo para otro año. Y no creo que quiera un universo.

La declaración empezó a finales de enero del 4004. A partir de entonces el vuelo de El sería tentativo, a pesar de la desesperante urgencia; el centro metagaláctico era un futuro, como el resto de los espacios intergalácticos, y sólo un cuidado extremado y los más complicados instrumentos les diría a los viajeros cuando llegarían. Por lo tanto, los Hevians, habían elaborado cuidadosamente la torre de control, que estaba localizada a 300 pies de una torre en la cumbre de la montaña más alta del planeta... llamado Mt. Amalfi... lo que molestaba algo a Amalfi. Aquí los supervivientes, que era como se habían empezado a llamar a sí mismos, se encontraban en sesiones continuas.

Los supervivientes consistían a cada uno que Schoss y Retma consideraban capaces de seguir las instrucciones al último instante, con un mínimo de oportunidades. Schloss y Retma eran las cabezas, no era un grupo demasiado numeroso. Incluía a todos los de la Nueva Tierra, aunque Scholss tenía sus

dudas en lo que concernía a Dee y Web, y de un grupo de diez Hevians, incluyendo a Miramon y Retma mismo. Extrañamente, cuando el fin se iba acercando los Hevians se habían empezado a desesperar y disgregarse, asegurados de que no podían hacer nada.

—¿Por qué hacen esto? -—preguntó Amalfi a Miramon—. ¿Es que tu gente no quiere sobrevivir?

—No me sorprende —dijo Miramon—. Ellos viven bajo valores estables. Igualmente morirían si tuviesen que sobrevivir sin ellos. Su sentido de sobrevivencia se expresa distinto que a nosotros, Mayor Amalfi. Lo que ellos quieren es ver sobrevivir las cosas que consideran valederas... y este proyecto Jes presenta muy pocas.

—¿Y qué acerca de ti y Retma?

—Retma es un científico; ésta es acaso suficiente explicación. Por mi parte, Mayor Amalfi, como sabe muy bien, soy un anacrónico. Ya no comparto el sistema de valores de El, como le sucede a usted con los de Nueva Tierra.

Amalfi fue contestado y sintió el haber preguntado.

—¿Cuán cerca crees que estamos? —preguntó.

—Muy cerca ahora —respondió el doctor Schloss desde la cabina de control. Fuera de las enormes ventanas, que circundaban la habitación no se podía ver nada más que la perpetua noche. Si uno tenía la vista muy aguda y se quedaba fuera durante una media hora y se adaptaba a la oscuridad, le era posible ver unas cinco galaxias de distintos grados, las que estaban cerca del centro, la densidad de la galaxia era más alta que las que se encontraban a mayor distancia; pero para una sola ojeada el cielo parecía completamente fuera de luz.

—Las lecturas van cayendo firmemente — dijo Retma—. Y hay algo raro: locamente estamos teniendo demasiado poder sobre cada cosa. Hemos ido hacia abajo durante la pasada semana, y el rendimiento continúa elevándose... exponencialmente, en hecho. Espero que la curva no mantiene esta forma todo el camino, o no podremos sostener nuestras propias máquinas cuando lleguemos a nuestro destino.

—¿Cuál es la razón de ello? —preguntó Hazlentón—. ¿Es que la Conservación de la Energía ha sido repelida en el centro?

—Lo dudo —replicó Retina—. Creo que la curva quedará recta en la cima.

—Una curva de Perla —continuó Scholss—. Teníamos que haber anticipado esto. Naturalmente toda cosa que pase en el centro tendrá mucha más eficacia que en cualquier otro lugar, pues el centro tiene una fuerza libre. La curva se aplanará cuando nuestras máquinas empiecen a aproximarse a las abstracciones físicas... el gas ideal, el vacío, y demás. Toda mi vida me han enseñado en no creer en la actual existencia de estos ideales, pero creo que al final voy a echar una mirada sobre ellos.

—¿Incluyendo la libre gravedad métrica? —dijo Amalfi preocupado—. Seré un deshecho precioso si los mandos no tienen dónde agarrarse.

—No, no puede ser posible que haya una gravedad libre —dijo Retma—. Será de una gravedad neutral, pero sólo porque las fuerzas están equilibradas. No puede ver ningún punto del universo que no tenga fuerza de gravedad, desde el momento que haya algo de materia.

—Supongamos que los mandos cesan — dijo Estelle—. Nosotros no podremos ir a ningún lado después del centro.

—No —dijo Amalfi—. Pero quiero mantener mi fuerza para maniobrar hasta que veamos lo que hacen nuestros competidores... si hacen algo. ¿No hay signo de ellos Retma?

—Nada aún. Por desgracia no sabemos exactamente lo que andamos buscando. Pero al menos no hay ninguna masa dirigida como la nuestra por la vecindad; de hecho no podemos detectar ninguna actividad.

—¿Entonces estamos delante de ellos?

—No necesariamente —dijo Schloss—. Si ya están en el centro, pueden hacer muchas cosas que nosotros no podemos detectar. Sin embargo, ellos ya nos habrán podido detectar y hacer algo si éste es el caso. Presumamos que estamos delante hasta que los instrumentos no nos digan lo contrario; creo que es una agradable suposición.

—¿Cuánto para el centro? —dijo Hazlenton.

—Unos pocos meses, acaso... —repuso Retma—. Esto si es verdad que la curva termina en un lleno en la cumbre.

—Y la maquinaria necesaria.

—La última instalación se hará al final de esta semana —dijo Amalfi—. Podemos empezar al momento que lleguemos... tratando de mantener el equipo operando con él unas diez a cien veces. Será mejor que empecemos al momento en que el sistema sea completo.

—Amén —dijo Hazlenton fervientemente. ¿Puedes prestarme tu corredero? Tengo que hacer unos ejercicios y creo que será mejor que empiece ahora. —Se marchó. Amalfi miró hacia la noche. Hubiera preferido el ver a el Web de Hércules delante suyo; aquella incertidumbre era peor que una batalla abierta. Sin embargo, no había nada a hacer; si El esatba delante, éste les proporcionaba una ventaja considerable...

Y su única ventaja. La única defensa que Amalfi podía concebir para la salvación de El, dependía en el estado actual del centro meta-galáctico. Por este lado encontró a Miramon y al consejo Hevan de lo más poco cooperador, pues el montar una defensa para todo el planeta era demasiado enorme como concepto para alcanzarlo... una cosa demasiado dura y difícil para creer, aunque desde que Amalfi les había encontrado cambiaran de simples salvajes a lo que habían lie ido en el campo de la ciencia. Bien, si él aún no los podía comprender, tampoco los iba a comprender en unos pocos meses que quedaban; y al menos Miramon ponía toda su voluntad en que Amalfi y Hazlenton dirigieran a los Hevians.

—Algunos de éstos —había dicho Hazlenton, mirando a una serie de railes, láminas y otros instrumentos de metal, con gran respeto—, deben de

ser muy potentes al momento del pinchazo. Desearía saber cuáles lo son. Lo que por desgracia, era imposible de precisar.

Pero las agujas que daban cuenta de las fuerzas y corrientes del espacio que rodeaba a El continuaban bajando; las que señalaban el rendimiento del equipo de los Hevians continuaban en alza. En mayo, día 23 del año 4004, se alzaron súbitamente los dos hasta el final y todo el planeta corrió de repente, con el horrible ruido de los mandos que conducían a toda fuerza. La mano de Miramon se elevó y Amalfi no pudo saber si había él o los Padres de la Ciudad quien había cortado la fuerza. Acaso tampoco Miramon lo sabía.

El gemido se apagó. Silencio. Las supervivientes se miraron los unos a los otros.

—Bien —dijo Amalfi—. Evidentemente aquí estamos. — Por algo se sentía alegre sin razón, una reacción acaso completamente vivientes se miraron los unos a los otros.

—Así que estamos —dijo Hazlenton con los ojos brillantes—. ¿Ahora qué diablos sucede al mesurador? Puedo comprender que los aparatos locales se hayan vuelto medio locos... pero como puede ser que los contadores de fuerza en vez de bajar a cero se eleven de esta manera?

—Ruido, creo —dijo Retina.

—¿Ruido? ¿Cómo?

—Para que el contador opere necesita fuerza... no mucha, pero algo consume. Consecuentemente, corren como locos al igual que las máquinas, porque operando eficientemente con ninguna señal de registro, entonces amartillan las señales generadas por su propia función.

—No me gusta esto —dijo Hazlenton—. ¿No tenemos ninguna manera de saber en qué nivel es posible para hacer correr cualquier instrumento bajo tales circunstancias? Me gustaría ver las curvas sobre el efecto, y así podríamos hacer los cálculos... pero no hay razón en consultando tales récords si saltan de la máquina en el proceso.

Amalfi cogió el único instrumento en El que era suyo... el micrófono de los Padres de la Ciudad.

—¿Continuáis vivos? —dijo.

—SI, MAYOR AMALFI —respondieron rápidamente. Miramon miró asombrado; desde que todas las cosas se habían muerto, aún las mismas luces, la súbita voz de los parlantes lo alarmaron.

—Bien. ¿Sobre qué estáis operando?

—HUMEDAS CELDAS EN SERIES A VEINTICINCO VOLTIOS.

—¿Todos vosotros?

—SI, MR. MAYOR.

Amaifi guiñó hacia la oscuridad.

—Bien, aplicar vuestras eficientes figuras para darnos una muestra de la situación instrumental.

—HECHO.

—Dadme un nivel de operaciones para la línea de Mr. Miramon hasta

vosotros, permitiendo que pueda ver sus luces.

—MR. MAYOR NO ES NECESARIO. Ya hemos MONTADO DE NUEVO TODO LO NECESARIO. PODEMOS REACTUAR TODOS LOS CIRCUITOS AL MOMENTO.

No, no hagáis esto, los mandos pueden volver y...

—LOS MANDOS ESTAN CORTADOS — dijeron los Padres de la Ciudad con su austera simplicidad.

—¿Bien, Miramon? ¿Confías en ellos? ¿O quieres atarlos a ti y así puedes hacer mil pedazos de tu planeta?

Oyó cómo Miramon respiraba profundamente, pero nunca supo lo que iba a contestar; al mismo momento toda la pizarra de Miramon volvió a la vida.

—¡Eh! —chilló Amalfi—. ¡Esperad las órdenes de aquí, condenados!

—SEGUIMOS ORDENES MR. MAYOR. DESPUES DEL CORTE TENEMOS QUE ACTUAR AL PRIMER SIGNO EXTERIOR DE INTERFERENCIA. EL CORTE HA EMPEZADO DOSCIENTOS MINUTOS Y HACE SIETE MINUTOS LAS INTERFERENCIAS DE FUERA ESTAN SIENDO SIGNIFICATIVAS.

—¿Qué quieren decir? —decía Miramon tratando de leer todos sus instrumentos a la vez. Creí que entendía vuestra lengua pero...

—Los padres de la Ciudad no hablan Okie, hablan en lenguaje de máquinas —dijo Amalfi—. Quiere decir que el Web de Hércules se acerca... si es el Hércules. Y viene hacia nosotros muy rápidamente.

Con un simple movimiento de sus dedos, Miramon cerró las luces.

Oscuridad. Luego, por fuera las ventanas alrededor de la torre, el aire brillante de las luces del zodíaco; luego, más tarde las diminutas islas del universo. En el tablero de Miramon sólo había un punto amarillo naranja que era el calentador de una vacuna. Este centro brillante en el corazón y lugar de nacimiento del universo, era cegador. Amalfi se volvió de espaldas para mantener la adaptación de la visión que necesitaba para operar en la torre de aquella montaña.

Mientras esperaba se preguntaba lo que habría hecho reaccionar a Miramon de aquella manera, y los motivos que habrían detrás. Seguramente los Hevians no creían que el asentar un piloto de luces en la torre colocada encima de la montaña, podía ser lo suficientemente potente para ser vistos desde el espacio; por alguna razón, las técnicas militares aunque esta vez el objeto era todo un planeta, mandan la completa oscuridad para luchar contra el enemigo... de esto hacía dos millares de años. ¿Y dónde había podido adquirir Miramon estos conocimientos? Carecía de sentido.

Cuando la luz empezó a ampliarse, fue su respuesta... y no hubo el tiempo suficiente para preguntarse cómo Miramon se había anticipado a ello.

Empezó como la destrucción del inter-universal mensajero, que se iba a repetir en ellos mismos, acompañando el total proceso de la creación. Unas verdes y amarillentas luces empezaban a moverse sobre el cielo de los

Hevians, primero como auroras naturales, luego creciendo como una total acumulación de masa. Los contadores empezaron a hacer ruido y Hazlenton saltó para leerlos.

—¿De dónde viene esto... puedes decirlo? —preguntó Amalfi.

—Parece que viene de cerca siento discretos puntos, rodeándonos en una esfera de un diámetro como un año luz —dijo Miramon, haciendo algo con los controles que Amalfi no comprendía.

—Naves, sin duda alguna. Bien ahora sabemos el nombre sin duda. ¿Pero qué es lo que usan?

—Esto es fácil —dijo Hazlentón—. Antimateria.

—¿Cómo puede ser?

—Mira a la frecuencia en la secundaria radiación y lo verás. Cada una de estas naves deben de ser una partícula de aceleración de medidas prodigiosas. Mandan ahora mismo hacia nosotros, átomos antimateria... por esto lo vemos tan retorcido. Han encontrado la manera de generar y proyectar cósmicos primarios hechos de antimateria, y en cantidad. Cuando golpean nuestra atmósfera, ambos desintegramos...

—Y el planeta adquiere una dosis grande de energía gamma —dijo Amalfi —. Y además deben de saber desde hace mucho tiempo cómo hacer esto. ¡Helleshin! ¡Qué manera de conquistar un planeta! Pueden estilizar todo el planeta o matarlo sin necesidad de acercarse.

—Ya hemos tenido la esterilización anteriormente —dijo Hazlenton quedamente.

—Esto no tiene importancia ahora —dijo Estelle en una voz más queda aún.

—Tampoco tiene importancia la muerte —dijo Hazlentón—. La enfermedad de la radiación lleva meses para desenvolverse, aun cuando sea fatal.

—Nos van a incapacitar rápidamente — dijo Amalfi duramente—. Tenemos que parar esto. Necesitamos estos últimos días.

—¿Qué propones? —dijo Hazlenton—. Nada de lo que tenemos servirá para una distancia similar... excepto...

—Excepto las bajas olas —dijo Amalfi— Úsemelas y en seguida.

—¿Qué es ello?

—Tenemos tus mandos preparados para un estallido de gran impulso. En la posición en que nos encontramos, la ola da enfrente puede correr un espacio de... bien, no sé de cuánto, pero hasta muy lejos.

—Acaso hasta los límites del Universo —-dijo el Dr. Scholss.

—Bien, ¿qué? —pidió Amalfi—. Es un deber el ser destruido dentro de diez días...

—No si tú lo destruyes antes —dijo Scholss—. Si no está aquí cuando pase el universo anti-materia, toda la suerte estará en contra; ya no podremos hacer nada.

—Continuará aquí.

—Para nada útil... no en el hecho de que lleva billones de campo gravitorio. Será mejor que el Web nos destruya antes de destruir la futura evolución de dos universos. ¡Amalfi! No puedes dejar nada ahora en manos de los dioses.

—Bien —dijo Amalfi—. Mira estos dosificadores y mira al cielo. ¿Qué sugieres?

El cielo aún estaba brillante. Las montañas carecían de sombra alguna. Las ventanas parecían centros de fuego en sus cristales. Los contadores dejaron de susurrar para empezar a hacer un terrible ruido.

—Sólo lo que he dicho —dijo Schloss sin esperanza—. Tomemos las drogas anti-radiactivas y esperemos que nos podamos sostener de pie por diez días... ¿Qué otra cosa podremos nacer? Ya ves, nos vienen.

—Perdón —dijo Miramon—. Esto no es completamente cierto. Tenemos otros recursos en nuestro favor. Termino de mandar uno y espero que sea suficiente.

—¿Qué es ello? —pidió Amalíi—. No sabía que montabais armas proyectiles. ¿Cuánto tendremos que esperar hasta que actúe?

—Una pregunta detrás de la otra —dijo Miramon—. Desde luego que tenemos armas. Nunca hablamos de ello porque hay chiquillos en nuestro planeta y que los dioses los conserven. Pero teníamos que ver las cosas claras y pensamos que llegaría algún día que tendríamos algún enemigo, considerando cuán lejos nos separábamos de nuestra galaxia y cuántas estrellas íbamos a visitar. Así que nos proveímos de muchos medios de defensa. Algunos de ellos teníamos la intención de no usarlos nunca, pero lo hemos hecho ahora.

—¿Y es? —dijo Hazlenton tensamente.

—Nunca os lo hubiéramos dicho, pero llega el final —dijo Miramon—. Vosotros habéis llegado a ser el no va más en la química, Mayor Amalfi. Nosotros hemos aplicado la química en la física. Hemos descubierto cómo envenenar un campo por resonancia... el camino de catálisis es veneno en química. El veneno se propaga por ondas, al menos en cualquier señal es continua y está de acuerdo con las cuestiones de Faraday. Mira.

Apuntó hacia fuera la ventana. La luz parecía no haberse debilitado nada, pero la atmósfera estaba cargada de unos parches. Al cabo de segundos, los parches se abren y florecen unos dentro de otros, hasta que la luz se aislaba en nubes luminosas, siendo rápidamente comidas por las esquinas.

Cuando el cielo se hizo completamente oscuro, Amalfi pudo ver cientos de riachuelos de partículas que se iban acercando hacia El; al menos parecían un centenar, aunque ahora sólo podía ver unas cincuenta. Y éstas también iban siendo tragadas, terminando en negrura.

Los contadores volvieron a sonar, pero no pararon completamente.

—¿Qué sucede cuando los efectos vuelven a las naves? —preguntó Web.

—Envenenarán los mismos circuitos —dijo Miramon—. Las entidades en las naves sufrirán un total bloc de nervios. Morirán, como las naves. No

quedará otra cosa que cientos de agujeros.

Amalfi echó un largo silbido.

—No me extraña que no estuvieras interesado en nuestros cuadros. Con una cosa como ésta, podrías haber sido otro Web de Hércules.

—No —dijo Miramon—. Nunca lo hubiéramos sido.

—Dioses de las estrellas —dijo Hazlenton—. ¿Pasó ya? ¿Tan rápidamente?

Miramon sonreía.

—Dudo que ahora volvamos a oír a Web de Hércules —dijo—. Pero lo que vuestros Padres de la Ciudad llaman el corte continuo. Sólo quedan diez días para el final del mundo.

Hazlenton se volvió otra vez a los dosificadores. Por un momento, se quedó simplemente contemplándolos. Luego, ante la sorpresa de Amalfi empezó a reír.

—¿Qué es tan gracioso? —chilló Amalfi.

—Míralo tú mismo. Si la gente de Miramon se hubieran enredado con los de Web en el mundo real, habrían perdido.

—¿Por qué?

—Porque —dijo Hazlenton, secándose los ojos—, mientras él los estaba echando, todos hemos pasado la dosis mortal de radiación. Todos estamos muertos mientras estamos sentados aquí.

—¿Y ésta es la broma? —dijo Amalfi.

—Desde luego que es divertido, jefe. Esto no hace diferencia alguna. Ya no vivimos en el mundo real. Tenemos una dosis. Dentro de dos semanas empezaremos a encontrarnos mal, a caerse nuestro cabello y vomitar. En tres, todos estaremos muertos. ¿Y aún continúas sin poder verle la broma?

—Lo veo —dijo Amalfi—. Puedo restar diez de catorce y conseguir cuatro; quieres decir que viviremos hasta que muramos.

—No puedo tolerar a un hombre que corta las bromas.

—Es un juego muy viejo —dijo Amalfi despacio—. Pero acaso después de todo sea gracioso; fue lo suficientemente para Aristófanes... creo que también lo es para mí.

—Creo que es condenadamente gracioso —dijo Dee con amarga furia. Miramon iba mirando a todos los de Nueva Tierra de uno en uno completamente desconcertado. Amalfi sonrió.

—No digas esto a menos que lo pienses, Dee —dijo. Siempre ha sido una broma después de todo. La muerte de un hombre es tan gracioso como la muerte del universo. No repudies la última risa. Acaso sea lo único que nos queda.

—MEDIA NOCHE —dijo la voz de los Padres de la Ciudad—. EL CALCULO ES CERO MENOS NUEVE.

CAPITULO VIII

EL TRIUNFO DEL TIEMPO

Cuando Amalfi abrió la puerta y volvió a la habitación, los Padres de la Ciudad decían:

—“N-DIA — CERO MENOS UNA HORA.

Aquella hora todo tenía significado; o nada lo tenía; dependía en la importancia del significado de la vida durante muchos miles de años. Amalfi había dejado la habitación para ir al lavabo. Ahora ya no lo volvería a hacer nunca. La muerte de todo estaba tan al alcance de la mano que hasta las mismas acciones fisiológicas del cuerpo humano habían terminado. ¿Era la uremia tan funesta como el amor? Bien, acaso lo fuera; los sentidos también serían funestos; ningún pensamiento, ni sensación, ni emoción tiene sentido si es el último.

Y así era el adiós a toda tensión y relieve, desde el amor a la urea, desde la entrada al éxito, desde el silencio al ruido.

—¿Qué hay de nuevo? —dijo Amalfi.

—Nada más —contestó Gifford Bonner—. Estamos esperando. Siéntate John y toma una bebida.

Se sentó en la larga mesa y miró el vaso que tenía delante. Era rojo, pero tenía algo de azul en el líquido, independiente y no convirtiéndose violeta aún en la mala luz de los fluorescentes en la nube del centro de la muerte. En el borde un menisco saltaba del vino y pequeñas condensaciones bajaban. Amalfi lo probó tentativamente; era agrio... los Hevians no tenían mucho gusto en cuestión de vinos, no les era propicio el clima... pero pensó que era el último placer.

—Nos tendremos que vestir en media hora —dijo el Dr. Scholss.

—Yo dejaría más tiempo libre, pero muchos de nosotros no nos hemos colocado un traje espacial desde hace centurias y otros nunca. No podemos jugar y después no estar preparados.

—Pensé que íbamos a ser circundados por alguna clase de campo —dijo Web.

—No por largo, Web. Dejadme repetirlo una vez más para asegurarme que todo el mundo lo tiene metido en la cabeza. Estaremos protegidos por un campo durante el actual estado de transición, cuando el tiempo va a ser abolido... y entonces vendrá otro coordinador del espacio de Hilbert. Esto nos llevará dentro del primer segundo de tiempo al otro lado, después de la catástrofe. Pero entonces el campo caerá, porque los mandos serán aniquilados. Y entonces nos encontraremos ocupando tantos independientes círculos de cuatro dimensiones como personas hay en esta habitación, y cada círculo estará completamente vacío. Los trajes espaciales no os protegerán más porque seréis el único cuerpo de energía organizada y materia en vuestro particular individual universo; tan pronto como vosotros estorbéis la métrica

parte de este universo, vosotros, el traje, el aire en él, el poder en los acumuladores, todo ondeará, creando espacio mientras corra. Cada hombre su propio monobloc. Pero si no tenemos los trajes para cruzar, ni esto pasará.

—Desearía que no fueras tan gráfico — dijo Dee. pero su corazón no parecía estar en ello. Tenía, Amalfi se dio cuenta, con la misma peculiar expresión que cuando le había dicho a Amalfi que quería tener un hijo suyo. Algo le hizo volverse para mirar a Estelle y Web. Sus manos estaban juntas sobre las mesas confidencialmente. La cara de Estelle era serena, sus ojos luminosos, casi como una chiquilla esperando una fiesta. La expresión de Web era más difícil de interpretar. Tenía el ceño fruncido, más serio que preocupado como si no pudiera comprender por qué no estaba más preocupado de lo que estaba.

Fuera había un sonido que se iba elevando hasta un límite y luego volvía a descender otra vez, había mucho viento en las montañas.

—¿Qué hacemos con las mesas, los vasos, las sillas? —preguntó Amalfi —. ¿Es que van a venir con nosotros también?

—No —dijo el doctor Schloss—. No nos podemos arriesgar teniendo posibles condensaciones nucleares cerca nuestro. Usamos una modificación en la técnica que usamos para construir el Objetivo 4001-Alephnull en el futuro. Los muebles van a empezar a cruzar con nosotros, pero usaremos la última energía para empujar esto en un micro-segundo dentro del pasado. El resultado será que estará en nuestro universo. Lo que el destino nos tiene proporcionado es algo que sólo podemos adivinar.

Amalfi levantó el vaso pensativo. Se escurría entre sus dedos; los Hevians hacían cristales muy finos.

—Este fragmento de referencia lo encontraré en mí mismo —dijo Amalfi —. No tendrá realmente estructura.

—Sólo lo que imponga —dijo Retma—-. No tendrá espacio ni forma métrica. En otras palabras su presencia allí, será intolerable...

—Gracias —dijo Amalfi a la obvia caída de Retma. Después de un momento el científico continuó sin comentario—: Lo que trato de decir es que su masa creará un espacio para acomodarse en él, y tendrá la forma métrica que realmente existe en usted. Lo que sucederá después depende de cómo se desguarnece del vestido. Querría recomendar que primero descarguen las botellas de oxígeno, puesto que el empezar un universo como el nuestro requiere una considerable cantidad de plasma. El oxígeno en el vestido será suficiente para el tiempo a su disposición. El último acto es el descargar la energía del vestido; esto llevará consigo, en efecto el tocar una cerilla para la explosión.

—Cuán largo será eventualmente el éxito del universo —preguntó Mark —. Creo recordar que el monobloc original fue largo, tanto como ultra-condensado.

—Sí, será un pequeño universo —dijo Retina—, acaso de cincuenta años luz. Pero esto será sólo al principio. Luego vendrá la creación continua, será

añadido, más átomos al juego, basta que se haga una masa lo suficientemente rica para formar un monobloc en la siguiente contracción. O al menos así lo hemos visto. No hemos tenido el tiempo suficiente para saber todo lo que queríamos aprender.

—CERO MENOS TREINTA MINUTOS.

—Esto es —dijo el Dr. Schloss—. Vestiros todos. Podemos continuar hablando por la radio.

Amalfi terminó el vino. Otro último acto. Se metió el traje recordando su vieja familiaridad con el grotesco aparato. Vio que tenía el micro abierto, pero no podía decir nada. El que iba a morir pronto tenía muy poca realidad ante él en comparación con la gran muerte de la que iba a formar parte. Todo comentario le parecía trivial.

Había una serie de conversaciones referentes a la parte técnica del aparato. Toda la atención estaba concentrada en Web y Estelle. Luego los otros se callaron también, seguramente también ellos encontraban las palabras intolerables.

—CEBO MINUTOS MENOS QUINCE.

—¿Habéis comprendido lo que pasará con vosotros? —les preguntó Amalfi de repente.

—SI MR. MAYOR. NOS VOLVEREMOS CERO.

—Eso es. —Se preguntó si ellos tenían la esperanza de volver a existir en un futuro, al cabo de muchos años. Sentía una cierta emoción; aunque sabía que sólo eran máquinas habían sido también vieios amigos y aliados.

—CERO MENOS DIEZ MINUTOS.

—Va tan rápido de repente —susurró Dee—. Mark, yo... no quiero que suceda.

—Ni yo —dijo Hazlenton—. Pero de todas formas sucederá. Sólo deseo que hubiera vivido una vida más humana de la que he tenido. Pero pasa así, y por lo tanto ya no tenemos nada más que decir.

—Desearía creer —dijo Estelle—, que no habrá pesares en el universo que haga.

—Luego no crees nada, querida —dijo Gifford Bonner—. Quédate aquí. La creación significa sufrimientos, siempre y siempre.

—Y alegría —dijo Estelle.

—Bien, sí. Eso es.

—CERO MENOS CINCO MINUTOS.

—Creo que no hace falta que nos cuenten más —dijo Amalfi—. De otra forma ahora contarán cada minuto y al final los segundos. ¿Queréis seguir con esta música? ¿Queréis terminar?

Se hizo el silencio.

—Muy bien —dijo Amalfi—. Parad de contar.

—MUY BIEN MR. MAYOR. ADIOS.

—Adiós, respondió Amalfi asombrado.

—No quiero decir esto, si no te importa — dijo Hazlenton—. Me acerca la

privación demasiado, para soportarla. Creo que todo el mundo se dará cuenta de ello.

Amalfi afirmó, entonces dándose cuenta de que aquel gesto no podía ser visto, añadió:

—Estoy de acuerdo, pero no me encuentro privado. Os quiero a todos. Tenéis mi amor para llevaros con vosotros, y yo también.

—Es la única cosa del universo que uno puede dar sin dejar de tenerlo —dijo Miramon.

El suelo se movió bajo los pies de Amalfi. Las máquinas estaban preparadas para aquella prueba. El sonido de su poder era confortante, lo mismo que la solidez de la habitación de la montaña del mundo...

—Creo —dijo Gifford Bonner.

Y con estas palabras se terminó.

Al principio no había nada que no fuera dentro del traje. Fuera no sólo había negrura, sino la completa nada, algo para no ser visto; uno no puede ver la negrura dentro de su misma cabeza, simplemente no ve nada; y aquí era igual. Por un rato, Amalfi continuó consciente de sus propios amigos; en la habitación todo se iba disolviendo: pero sabía sin saberlo que aún continuaban allí.

Sabía que no había esperanza de hablarles otra vez; y cuando quiso demostrarse el porqué sabía que aún estaban allí, se encontró que ya se habían separado de él. El círculo se iba agrandando. Las mudas figuras se volvían más pequeñas... no por la distancia que no había allí, pero unos se iban separando de los otros. Amalfi trató de levantar su mano para darles el último adiós, pero se dio cuenta de que no podía gesticular. Cuando sólo había empezado a hacer el gesto, los otros ya se habían marchado, dejando sólo su memoria que también se iba desvaneciendo, igual como un perfume.

Ahora estaba solo y debía de hacer algo. Desde que había levantado la mano, continuaba el gesto para dejar el gas que saliera de las botellas de oxígeno. El medio del que se sostenía parecía ir perdiendo resistencia. Era tan difícil continuar con el movimiento como lo había sido el empezarlo.

¿De qué servía otra clase de universo igual al que había visto morir? La naturaleza había dado dos. ¿Por qué no probar otro? Retma con su cautela, Estelle con su compasión, Dee, en su miedo, todos darían vida a un nuevo tipo; pero Amalfi se encontraba completamente agotado, tanto que casi no podía respirar. ¿Y qué pasaría si tocaba simplemente el botón detonador que tenía en el pecho, y dejaba que todos los elementos que el mismo tenía y los que tenía el traje, estallaran en plasma al mismo momento?

No se sabía. Pero esto era lo que él quería. Bajó otra vez la mano.

No tenía porqué demorarse. Retma había pronunciado de antemano el epitafio del Hombre. NO HEMOS TENIDO TIEMPO DE APRENDER TODO LO QUE QUERIAMOS SABER.

—Que así sea —dijo Amalfi. Tocó el botón colocado sobre su corazón.

La creación empezó.

FIN